

# POR TIERRAS DEL PROFETA

Karl

May



12

LA PISTA DE UN BANDIDO

de

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), recorre, en unión de su fiel criado Hachi Halef Omar, el desierto del Sur de Argelia, con sus peligrosos «chots», y la Regencia de Túnez, y después de cruzar la Tripolitania, llega a orillas del Nilo, corriendo diversas aventuras.



Karl May

# La pista de un bandido

Por tierras del Profeta I - 12

ePub r1.2

Titivillus 15.04.16

Título original: *Die Spur eines Banditen*

Karl May, 1896

Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



# POR TIERRAS DEL PROFETA I

## Resumen del episodio anterior

El autor, llamado Kara Ben Nemsi (Carlos, hijo de los alemanes), ha recorrido, en unión de su fiel criado Halef Omar, desde el desierto del Sur de Argelia hasta Estambul o Constantinopla, entre interesantísimas y peligrosas aventuras. En Kbilli, el gran oasis argelino, han perdido el rastro de Hamd el Amasat, autor de varios crímenes, entre ellos los asesinatos del francés Galingré y del guía Sadek, devorado éste por uno de los terribles «chots» argelinos. Hasta Estambul llegan persiguiendo a otro criminal. Abraham Mamur, de cuyo poder arrancaron junto al Nilo a la joven Senitza, casada después con el rico comerciante Isla Ben Maflei. Abraham Mamur ha robado a Jacob, tío de Isla, y se ha dirigido a la capital turca, donde es jefe de una partida de forajidos. En Estambul se encuentra el autor con Omar, hijo del guía Sadek, quien va persiguiendo al asesino de su padre, y se pone a disposición de Kara Ben Nemsi para ayudarle en sus empresas. Kara Ben Nemsi, después de instalarse en un hotel con su amigo y compañero de viaje el inglés *sir* David Lindsay, va a hacer pesquisas al convento de los derviches «bailadores», uno de los cuales es pariente de Hamd el Amasat; y una vez que ha recogido otros informes en diversos lugares, subarrienda la casa del judío Baruch, que está pared por medio de la guarida de los forajidos, y desde la cual, separando unas tablas, logra ver todo lo que aquéllos hacen. Así se entera de que han capturado a un turco, a quien se proponen matar después de cobrar su rescate. Y en el momento en que se alejan los bandidos, penetra el autor, revólver en mano, en el aposento contiguo, después de separar las tablas.

# CAPÍTULO I

## El asalto

**U**na vez que me vi en el cuarto de al lado, me dirigí rápidamente al aposento en que habían encerrado al preso, y sin más vacilaciones descorrí el cerrojo y entré.

—No hagas ruido; vengo a libertarte —dije al secuestrado palpando sus ligaduras. Estas eran cuerdas, que corté y me guardé, y lo mismo hice con la mordaza, que era un pedazo de lienzo con muchos pliegues y le tapaba boca y nariz.

—¡*Machallah!* —exclamó aquel hombre levantándose rápidamente.

—¿Quién eres y cómo...?

—¡Silencio! —le interrumpí—. ¡Sígueme!

Le conduje afuera, eché el cerrojo y le metí en nuestra vivienda.

—¡*Hamdulillah!*<sup>[1]</sup> —exclamó Halef—. He pasado grandes angustias por ti; pero ha ido esto más de prisa de lo que esperábamos.

Sin contestar palabra, atornillé el sacacorchos de mi cortaplumas en la tabla de en medio de la otra parte, clavé el puñal en la viga y até ambos mangos con una cuerda, con lo cual las tablas quedaron tan firmes que desde la otra parte no podía notarse que hubiesen sido abiertas.

Pronto oímos otra vez pasos. Trajeron a un borracho, a quien echaron sencillamente al suelo para que durmiese su borrachera. Esto me convenció de que no abrirían por entonces el cuarto donde habían encerrado al turco, y seguido de éste y de mis compañeros me dirigí a nuestro aposento. Allí encendimos luz y contemplamos al libertado.

Era éste de regular figura y no tendría aún cincuenta años, pero sus facciones demostraban gran inteligencia.

—Por casualidad —le dije— hemos sido testigos de lo sucedido en la casa de al lado y hemos considerado deber nuestro socorrerte.

—¿Es que no sois de la cuadrilla de esos infames? —preguntó desconfiado.

—No.

—Yo sabía que querían matarme y pensaba que venías por mí porque había llegado la hora. ¿Quiénes sois vosotros?

—Yo soy alemán y éstos son amigos míos; árabes libres del Sahara. Este, Omar Ben Sadek, tiene una venganza de sangre contra uno que parece estar ligado con esos bandidos; por eso hemos alquilado esta casa contigua para poder acecharle. Aquí estamos desde hoy, y Alá ha querido que precisamente la primera noche hayamos podido impedir una mala acción. ¿Quieres decirnos tú quién eres?

Bajó sombríamente los ojos; luego sacudió la cabeza y contestó:

—Dejad que me calle. No quiero decir en esta ocasión mi nombre, que es conocido por muchos. Eres extranjero y te probaré que soy agradecido, aunque no te dé mi nombre.

—Respeto tu voluntad y te ruego que no hables de agradecerme nada. ¿Has conocido a alguno de los que están en esa casa?

—No. Hay bastantes hospedados, y otros muchos que parecen ser algo más que hospedados. ¡Pronto haré examinar esa cueva!

—¿Lo lograrás? Es verdad que, según espero, el griego no se enterará de tu huida hasta el amanecer; podría, pues, sorprenderle la policía si no tiene la precaución de poner centinelas. Sin embargo, he sabido que muchos policías y funcionarios y hasta derviches visitan esa casa, y por tanto es dudoso que logres tu propósito por entero.

—¿Policía? —dijo con desprecio—. En un aposento he visto kavases sentados a quienes he conocido, pero que no me han mirado siquiera. No, no acudiré a la policía. Puedo revelarte que soy *zabit*<sup>[2]</sup>, aunque no necesitas saber el grado. Iré a buscar a mis *chenchiler*<sup>[3]</sup> y no tardará en quedar arrasada esa maldita cueva.

Lo celebraba y lo sentía al mismo tiempo. Si disolvía la cuadrilla era probable que precisamente los que nosotros buscábamos no estuvieran presentes y tuviéramos que buscarlos otra vez. Pero una vez suelta la piedra, había que dejarla rodar, y así le dije:

—Lo que te pido es que me enseñes los prisioneros que hagas. Quisiera saber si están entre ellos los hombres que buscamos.

—Los verás a todos.

—Permíteme una observación. A todo el que pretende entrar en esa casa se le pregunta qué quiere y sólo dejan entrar si contestan con la palabra *En Nasr*. Quizá eso te sirva de algo.

—¡Ah, sí, esa era la palabra que mi guía pronunció en el ventanillo inmediato a la puerta! Pero —continuó en tono de recelo— ¿cómo has sabido tú esa seña?

Por el tono en que me hablaba comprendí que su grado en el ejército no sería inferior y le contesté tranquilamente:

—Omar Ben Sadek ha estado al acecho y lo ha oído.

Le conté lo que convenía que supiera y luego proseguí:

—Lo más acertado sería que dividieras tu tropa. La mitad, por medio de ese santo y seña, podría apoderarse de la puerta, y el resto de tus soldados podría entrar por donde tú te has escapado. Sin embargo, esto deberá hacerse antes que lo otro, pues es muy natural que el centinela que tienen esos bandidos a la puerta dé la voz de alarma cuando vea a tus soldados en la calle, y así podrán escaparse sus compañeros.

—Muy bien pensado, seguiré tu consejo. ¿No tenéis un fez por ahí? Esos infames han descubierto la cabeza a un creyente y lo van a pagar caro.

—Te daré el mío y te prestaré dos pistolas para que no vayas desarmado.

—Gracias, franco. Te lo devolveré todo. Está alerta; que a más tardar, dentro de una hora estaré aquí.

Le acompañé hasta la puerta y se alejó apresuradamente, siguiendo la parte de

enfrente del callejón.

—*Sidi* —me preguntó Omar al volver adentro—, ¿me dejarán por mi cuenta a Abú En Nasr, que está al otro lado?

—No lo sé.

—¡Es que mi venganza es lo primero!

—Quizá el oficial no quiera saber nada de ella.

—Pues yo sé lo que tengo que hacer. ¿Te acuerdas del juramento que hice en el Chot Yerid, en el mismo lugar donde desapareció mi padre? Mira, he dejado crecer hasta hoy la barba y el cabello, y el enemigo a quien tengo ahora tan cerca no ha de escapáseme.

Entró en el *selamlík* y se sentó delante de las tablas que yo había sujetado. ¡Pobre de Abú En Nars si aquella noche se encontraba con el vengador!

Apagué la luz y con Halef fui a sentarme al lado de Omar. A la otra parte de las tablas debía de haber varias personas. Oí roncar a varios y gemir a uno, con ese gemido que suele escaparse cuando empieza a hacer su efecto el opio. Guardamos absoluto silencio y al cabo de tres cuartos de hora fui abajo, a la puerta de la calle, a esperar al oficial turco.

Había pasado ya más de una hora. A pesar de lo oscuro de la noche, vi acercarse sigilosamente por la otra parte del callejón una larga hilera de hombres. Seguramente habrían recibido instrucciones, pues mientras un grupo se detenía, otro, el que iba al frente, se encaminó directamente a nuestra casa. A la cabeza iba el oficial, vestido como antes, pero muy bien armado.

—¡Ah! ¿Nos esperabas? —me dijo a media voz—. Aquí están tus pistolas y tu fez.

Lo tomé todo de manos del que le seguía, que era un capitán. Mientras guiaba a su gente, que serían unos treinta hombres, él se detuvo a la puerta. Los tres aposentos estaban llenos cuando entró él, el último de todos. A pesar de lo carcomido de la escalera, subieron sin hacer ruido.

—Enciende la luz —me dijo en voz baja.

—¿Has cerrado la puerta de abajo? —le pregunté.

—El cerrojo está echado.

—¿Y has puesto guardias?

—¿Guardias? —dijo riendo—. ¿Para qué?

—Ya te he dicho que hoy es el primer día que habito aquí y por eso no conozco el terreno. Hay que prever el caso de que esos a quienes deseas prender atraviesen el patio para escaparse por mi puerta.

—Déjalo por mi cuenta —contestó después de haber reflexionado—; sé muy bien lo que he de hacer.

Cuando la luz se hubo encendido se situó frente a la pared de madera y dio orden de empezar. Los primeros soldados levantaron las culatas para derribar la pared. Esto fue una gran necedad, pues antes que ninguno pudiera entrar ya estaban los bandidos



avisados. Uno solo de los soldados pasó por el boquete de una manera más rápida. Apenas se hubo dado el primer golpe, corrió la tabla a un lado, sacó de allí mis cuchillos y penetró dentro. No se le veía ya cuando el oficial, a la cabeza de los demás, pasó por la improvisada brecha.

Yo tuve la idea de apostarme en la puerta, pero la rechacé, pues no estaba allí para enmendar las irreflexiones ajenas. Salté, pues, por el boquete entre el jefe y el capitán. En el aposento inmediato yacían seis o siete borrachos de opio. Saltamos sobre ellos hacia el cuarto de al lado y vimos que en el mismo instante desaparecía un hombre detrás de otra puerta.

Abajo reinaba ya mucho ruido. Los soldados habían penetrado en la casa.

El aposento donde entramos tenía dos puertas. Abrimos una de ellas y vimos una alcoba que no tenía otra salida, y estaba llena de jovencitas y niños echados en el suelo, en ademán suplicante.

—¡Un guardia a la puerta! —gritó el oficial.

Se dirigió a la otra y yo le seguí. Luego corrimos y encontramos a Omar, que venía en dirección opuesta.

—¡No está arriba! —gritaba—. ¡He de bajar!

La venganza le había conducido delante de todos, hasta el extremo posterior del piso alto.

—¿Quién hay arriba? —le preguntó el oficial.

—Más de veinte hombres. No conozco a ninguno.

Nos apartó a un lado y bajó a grandes saltos. Nosotros recorrimos varios aposentos, todos iluminados. El ataque había sido tan repentino que no habían tenido tiempo de apagar las luces. Luego supe que el portero, al ver a los soldados, había disparado un tiro y desaparecido en la oscuridad del corredor. Por los culatazos dados en las tablas nosotros no oímos el disparo, pero los habitantes de la casa sí lo habían oído, y como un tiro era la señal de gran peligro, apelaron a la fuga. Esta fue la causa de que al llegar nosotros a los aposentos anteriores, estuviesen estos vacíos.

Finalmente, llegamos a la puerta del último cuarto que estaba reciamente atrancada por dentro. Mientras los soldados se afanaban en derribarla, se oyó un fuerte estallido. Como la puerta estaba firme y resistía demasiado, corrí a nuestra casa para buscar mi carabina, ya que solamente llevaba el revólver y las pistolas, pues los cuchillos se los había llevado Omar.

Cuando volví, la puerta estaba solamente un poco resquebrajada. Era tan resistente sin duda para que sirviera de último refugio. Las paredes no eran de madera sino de ladrillo.

—¡Fuera! —grité a los soldados—. ¡Dejadme obrar a mí!

Mi «mataosos» daría sin duda mejores golpes que los ligeros culatazos de los servidores del Gran Señor. El primer porrazo de mi culata, reforzada de hierro, abrió una brecha en la puerta; tres buenos culatazos más y cayó hecha astillas; pero al mismo tiempo nos saludó una descarga de más de diez armas de fuego. Varios

soldados cayeron, pero yo, que al golpear la puerta me eché a un lado, quedé ileso. En el momento en que vi al oficial saltar a la habitación revólver en mano y me disponía a seguirle me detuve, pues oí la voz de mi criado.

—¡*Sidi*, socorro, de prisa, de prisa! —gritaba Halef desde el patio.

Esto demostraba que el bravo *hachi* se encontraba en grave peligro, y naturalmente tenía que acudir a él. Pasé rápidamente la hilera de habitaciones y salí al patio, pues saltar a nuestra vivienda hacía el camino demasiado largo y entretanto podían matar a mi buen Halef. Al oír por segunda vez y más apremiante su grito de socorro, me lancé a la tapia de madera que daba a nuestro patio y eché abajo a culatazos algunas planchas.

—¡Resiste, Halef, que aquí estoy! —le grité.

—¡De prisa, *sidi*, que ya lo tengo! —volvió a gritar.

Los podridos maderos volaban; abajo reinaba profunda lobreguez; pero los disparos relampagueaban y se oían maldiciones confusas y salvajes. No cabía vacilación. Saqué el cuerpo afuera y salté en la oscuridad. No era muy alto, pero di en un suelo no muy blando. Enseguida me repuse y grité:

—¿Dónde estás, Halef?

—¡Aquí, en la puerta!

El valiente Halef había oído la palabra que le dije al oficial y en lugar de seguirnos a la casa vecina se había apresurado a guardar nuestra puerta. Los bandidos que se habían refugiado en el aposento posterior habían derribado una pared y habían saltado a nuestro patio. La mitad se encontraban ya en él cuando logré derribar la puerta. Habían querido escapar por nuestra casa, pero se encontraron con Halef, quien, en lugar de apostarse detrás de la puerta, los había recibido en el vestíbulo a cuerpo descubierto, con valentía. Los disparos que había oído eran dirigidos contra él; no pude ver si estaba herido, pero sí que se mantenía en pie y se defendía con su largo rifle a modo de maza.

Ocurre algo muy extraño en todo combate nocturno trabado en un espacio tan pequeño. Los sentidos se aguzan hasta alcanzar doble potencia que la ordinaria; se ve lo que en otra ocasión no se vería, y un cierto instinto, que se sigue en tales trances y obra instantáneamente, vale lo mismo que la reflexión más serena. La culata de mi fusil sacó rápidamente de apuros al *hachi*, cuyos enemigos caían derribados bajo nuestros golpes o se hacían a un lado; pero yo solamente pensaba en una cosa, en el prisionero que había cogido mi buen Halef.

—¿Quién es ese que tienes, Halef? —le pregunté sin dejar de pelear.

—¡Abrahim Mamur!

—¿Dónde está?

—A mis pies; le he derribado de un culatazo.

—¡Al fin! ¡Bravo!

Los pocos hombres que nos atacaban se habían esparcido a derecha e izquierda. Sin preocuparme por ellos, me agaché para ver a Abrahim Mamur. Habría gran ruido

en el patio, pues iban bajando más hombres, huyendo de los soldados; pero no hice caso de ellos, pues Abraham Mamur era para mí lo más precioso en aquel instante. Saqué una cerilla, la encendí y la acerqué al rostro del que estaba tendido a nuestros pies.

—¡Oh, desgracia, Halef! ¡No es él!

—¿Cómo, *sidi*? ¡Imposible! ¡Le he conocido muy bien al resplandor de un disparo!

—Pues se ha escapado y el que has derribado es otro. ¿Dónde está él?

Me levanté y miré al patio. Los fugitivos trepaban por unas estacas, las cuales sostenían una especie de desván que daba a la casa de Baruch. Halef lo había observado ya.

—¡Sigámoslos, *sidi*! —gritó—. ¡Él está a la otra parte!

—Seguramente, pero no le cogemos así. Tiene que pasar por delante de la puerta de la calle. ¡Ven!

Penetré en el vestíbulo y abrí la puerta. Pasaban corriendo tres o cuatro hombres que salían de la casa de Baruch. Otro, que no nos había visto y los seguía, gritó:

—¡Alto! ¡Juntaos y esperad!

¡Era él! Era su voz, la misma voz con que la noche del rapto en el Nilo había llamado a sus criados, Halef la conoció también, y gritó con imprudencia imperdonable:

—¡Es él, *sidi*! ¡Sigámosle!

Pero Abraham le oyó y echó a correr sin mirar atrás; nosotros corrimos detrás de él. El bandido dio una vuelta para huir de nosotros, buscando las esquinas, y se deslizó por muchos callejones estrechos y tortuosos; pero yo iba siempre a lo sumo a cincuenta pasos detrás de él y Halef corría a mi lado. El salto que di en el patio me había lastimado un poco, y esto me impidió alcanzar a aquel hombre, que era buen corredor. Halef perdía ya el aliento.

—¡Detente, *sidi*, y pégale un tiro! —gimió Halef.

No me habría sido difícil; pero no lo hice. Había quien tenía sobre él derechos mayores que los míos, y yo quería cogerle vivo. Así, pues, seguimos la persecución. Entonces cesó el laberinto de los callejones y el mar, el Cuerno de Oro, se presentó a nuestra vista. No lejos de la orilla, a pesar de la oscuridad, se veía la hilera de islas que hay entre Baharive Keni y Sudludie.

—¡A la derecha, Halef! —grité al *hachi*.

Obedeció mi compañero y yo corrí hacia la izquierda. Así teníamos al fugitivo entre los dos, y enfrente el mar. Abraham Mamur se paró un instante para mirar atrás; luego, de un salto, se echó al agua, bajo cuya superficie desapareció.

—¡O *vaih*! —gritó Halef—. Pero no se nos escapará.

Se encaró el fusil pronto a disparar.

—¡No dispares! —le aconsejé—. El pulso te tiembla a causa de la carrera; voy a nadar tras él.

—*Sidi*, cuando se trata de un bribón no tiemblo —fue la respuesta.

En esto la cabeza del nadador salió a flote; el disparo salió, sonó un grito y la cabeza desapareció otra vez debajo del agua, sobre la cual se formaron grandes burbujas.

—¡Le he acertado! —gritó el *hachi*—. ¡Está muerto! ¿Ves, *sidi*, como no he temblado?

Esperamos un rato, pero Abrahim Mamur no volvió a la superficie y nos convencimos de que el tiro había dado en el blanco. Entonces volvimos al lugar del combate.

Durante la carrera no me había preocupado por la dirección que seguíamos, y así nos costó mucho orientarnos, de modo que pasó largo rato antes que pudiéramos llegar a nuestra vivienda.

Entretanto habían cambiado allí mucho las cosas. En el callejón se veía bastante, pues todo el vecindario había acudido con faroles de papel. Un grupo de soldados formaba cordón frente a las tres casas, y de los demás, unos buscaban a los fugitivos escondidos en los patios y otros guardaban a los prisioneros, que eran todos los que aquel día habían estado en casa del griego. Este había muerto. El capitán le había abierto la cabeza de un sablazo; pero su mujer estaba con los muchachos y las jovencitas, que habían sido atados codo con codo. A los borrachos los habían sacado también del aposento y en el tumulto del combate habían recobrado algo el sentido. Algunos soldados estaban muertos y otros heridos, y entonces vi también que mi valiente Halef tenía una rozadura de bala en el antebrazo y una puñalada al lado de la misma herida; por fortuna no eran heridas peligrosas. De entre los presos sólo había cuatro que con seguridad pudieran ser considerados como pertenecientes a la cuadrilla de bandidos. Seis de ellos habían muerto y los demás habían podido escapar. Omar, que era el que más se había arriesgado, estaba arrimado a la escalera, desesperado; no había encontrado a Abú En Nasr y eso que no se dedicaba más que a buscarle.

## CAPÍTULO 2

### Reaparece otro rastro

El viejo Baruch, que se había acostado ya, cuando empezaron los tiros, oyó que forzaban a golpes su casa y lleno de angustia se encerró en su alcoba. Después salió y cruzó las manos con admiración al saber lo ocurrido. Finalmente ataron en cuerda a los presos para llevárselos y el jefe dio permiso a sus soldados para saquear la casa del griego. No dejaron que se les repitiese la orden, y en diez minutos sacaron todo lo que no era de peso excesivo.

Entretanto yo busqué al capitán y le pregunté por su jefe.

—Está fuera; delante de la casa —me contestó.

Ya sabía yo esto, pero lo que me interesaba era indagar algo acerca de aquel hombre. Primeramente había respetado su silencio; pero luego no le había visto conmigo como era de esperar; y ahora, después del combate, no me hacía el menor caso y yo, por mi parte, juzgué conveniente hacer otro tanto.

—¿Qué categoría tiene? —pregunté al capitán.

—No lo preguntes —contestó con voz cavernosa—. Ha prohibido decirlo.

Precisamente por eso quería yo saberlo. Uno de los soldados estaba todavía ocupado en el patio de la casa de Baruch buscando fugitivos, mientras los demás saqueaban. Le habían enviado, por tanto, a mal sitio, y echando pestes quería salir al callejón. Allí le encontré.

—¿No te ha tocado a ti nada? —le pregunté.

—¡Nada! —me contestó colérico.

—Vas a ganarte algo ahora mismo si me contestas a una pregunta.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué grado tiene el jefe que os ha traído aquí?

—Nos está prohibido decirlo; pero puesto que no ha pensado él en mí, ¿me das veinte piastras si te digo lo que pides?

—Te las daré enseguida.

—Es un *miralai*<sup>[4]</sup> y se llama...

Me dijo el nombre de un hombre que ha desempeñado después un gran papel y es aún hoy dignatario muy conocido. No es turco de nacimiento, y de servidor favorito de su amo ha subido a su situación actual nada menos que por méritos intelectuales.

Pagué al soldado la cantidad convenida y fui a dar un vistazo al callejón. El *miralai* estaba precisamente delante de la puerta y no podía yo pasar sin que me viera.

Como yo esperaba, se acercó y me preguntó:

—¿Son todos los francos tan cobardes como tú? ¿Dónde estabas mientras

nosotros peleábamos?

¡Vaya una pregunta! Le habría abofeteado.

—También nosotros hemos peleado —repuse con indiferencia— con los que tú, sin necesidad, has dejado escapar. Los hombres prudentes hemos de enmendar las faltas ajenas.

—¿A quién he dejado yo escapar? —replicó.

—A todos los que han huido de aquí. Como no has querido escuchar mi consejo de que guardaras la salida de esta casa, mi criado y yo no hemos podido apresar a la mitad de los bandidos, mientras vosotros peleabais con los que restaban. ¿Qué vas a hacer con los presos?

—¡Alá sabe! ¿Dónde te hallarás mañana?

—Seguramente aquí.

—No vivirás ya más aquí.

—¿Por qué?

—Lo verás pronto. Dime, pues, dónde hay que encontrarte mañana.

—En casa del *bazirgián* Maflei, que vive en las cercanías de Jeni Yamí.

—Allí mandaré recado.

Dichas estas palabras, se volvió sin despedirse e hizo una seña. Los presos fueron encerrados entre las filas y la tropa se puso en marcha. Sin aguardar más volví al patio y comprendí cuál era la causa que me impediría volver a habitar aquella casa. El amable general había mandado pegar fuego a la de los bandidos y las llamas lamían ya el piso superior. Legítimo sistema musulmán de borrar para siempre un recuerdo poco honroso.

Subí rápidamente a nuestras habitaciones para llevarme las armas y otros objetos que teníamos allí y lo bajé todo al patio. Las llamas eran ya tan altas, que desde el callejón podían verlas. Entonces fue indescriptible el tumulto que se armó. Hay que haber presenciado un incendio en Constantinopla para formarse idea de lo que es el terror ocasionado por el fuego. Nadie cuida de extinguirlo y sólo se piensa en la huida; y como la mayoría de las casas son de madera, el incendio de una significa el de muchas.

El infeliz Baruch estaba mudo de terror y su mujer se hallaba como paralizada. Los consolamos de la mejor manera que pudimos, empaquetamos sus pocos enseres y les prometimos una buena acogida en casa de Maflei. Presentáronse muy pronto algunos faquines para ayudar a los vecinos a transportar sus efectos, y así salimos de una vivienda que no habíamos ocupado ni un día entero y cuyo alquiler había sido pagado por toda una semana. En cuanto al propietario, no perdió con el incendio gran cosa.

Como era natural a hora tan avanzada de la noche, encontramos cerrada la casa de Maflei, aunque al llamar nos abrieron enseguida. Los miembros de la familia se reunieron y se quedaron defraudados al saber que nuestra empresa había terminado tan sin provecho. Habrían preferido tener en sus manos a Abraham Mamur, pero al

cabo se conformaron con saber que había encontrado su merecido en las aguas del Cuerno de Oro.

Baruch y su mujer fueron bien acogidos y Maflei les prometió cuidar de ellos.

Finalmente, cuando nos dijeron que podíamos usar de nuestro departamento en el fondo del jardín, observó Isla:

—*Effendi*, durante tu ausencia hemos tenido un huésped que no esperábamos, pero muy querido. Adivina quién es.

—¡Quién es capaz de adivinarlo! ¿Le conozco yo?

—No le has visto nunca; pero yo te he hablado de él. Voy a llamarle y, una vez que le hayas visto, adivinarás quién es.

Picóme la curiosidad, pues seguramente el nuevo huésped debía de estar relacionado con nuestras aventuras. Al poco rato entró Isla con un hombre de edad avanzada, a quien en verdad yo no había visto nunca. Llevaba el traje turco corriente y no presentaba ninguna peculiaridad por la cual pudiera yo averiguar quién fuese. Sus facciones, tostadas por el sol, eran enérgicas y denotaban audacia, aunque las arrugas de su cara y la larga barba nevada le daban el aspecto de quien soporta una gran pena.

—Éste es el hombre, *effendi* —me dijo Isla—. Adivina ahora.

—No acierto.

—Con todo, vas a adivinarlo —insistió; y volviéndose al recién llegado le dijo—: Háblale en tu lengua.

El hombre me saludó inclinándose y me dijo:

—*Szluga pkoran wiszono pocchtowani.*<sup>[5]</sup>

Este cortés saludo me puso enseguida sobre la pista. Le tendí ambas manos y contesté:

—¡*Nubo otatz Osco, dobro, mi docschli!*<sup>[6]</sup>

Era realmente Osco, el padre de Senitza, y se alegró mucho de que le hubiera conocido por su saludo serbio-montenegrino. Naturalmente, ya no se trató de dormir aquella noche, pues antes que todo quería yo saber sus aventuras.

Desde la desaparición de su hija, único fruto de su matrimonio, había vagado sin descanso. En todas partes le parecía encontrar rastros de ella, pero pronto se convencía de que se había engañado. Durante sus viajes, en que principalmente había recorrido el Asia Menor y Armenia, no había pasado necesidad alguna, pues se había provisto de abundantes recursos. Según la costumbre oriental, había jurado no volver a su patria ni con su mujer hasta haber hallado a su hija; pero se vio forzado por sus fatigas a ir a Constantinopla. Odiseas tales sólo se llevan a cabo en Oriente. Puede el lector figurarse el gozo de aquel hombre al encontrar a su hija con su esposo, a quienes había buscado con tal afán; y al propio tiempo se encontró con su mujer, que también se había trasladado a Constantinopla con su hija.

Conocía ya todo lo ocurrido y sólo deseaba vengarse. Había determinado buscar al derviche Alí Manaj para obligarle a que diera noticias del paradero de su padre y

tuve que hacer grandes esfuerzos para que me cediera a mí este cuidado.

Por fin nos fuimos a descansar y puedo decir que después de las fatigas de aquel día caí en un sueño profundo, y no me habría despertado a la mañana siguiente si no me hubiesen llamado. Maflei me mandó aviso de que se había presentado un hombre manifestando que tenía gran necesidad de hablar conmigo. Como en Oriente se ve uno forzado a dormir vestido, estuve enseguida a punto de acudir a la entrevista, y encontré a un individuo que me preguntó por mi nombre y luego me dijo que acudiera con toda urgencia a la casa de San Dimitri donde había estado con el barbero de Jüterbogk, pues éste quería hablar conmigo.

—¿Qué se le ofrece? —le pregunté.

—No lo sé —me contestó—. Yo vivo allí cerca y el tabernero ha ido a encargarme que viniera aquí.

—Pues dile que voy enseguida.

Le pagué el recado y se marchó. Cinco minutos después estaba yo de camino con Omar. Ante la inseguridad de una taberna como aquella lo más acertado es no ir solo, y a Halef no quise llevármelo porque estaba herido. Sobre nuestros caballos de alquiler, detrás de los cuales trotaban sus amos cogidos de la cola, recorrimos rápidamente las callejuelas. Al llegar nos salió al encuentro el tabernero, que saludó muy humildemente y me preguntó muy cortés:

—*Effendi*, ¿eres tú el alemán que hace poco estuvo aquí con Hamsad el Yerbaia?

—Sí.

—Quiere hablar contigo.

—¿Dónde está?

—Arriba. Puedes ir y tu acompañante aguardará aquí abajo.

Estas palabras me hicieron recelar o que mi compatriota estaba enfermo o que le había ocurrido alguna desgracia. Mientras Omar entraba en la sala subí yo con el tabernero la escalera. Al llegar al piso alto se detuvo y me dijo:

—No te asustes, señor, si le encuentras enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Nada, sino que ha recibido una pequeña herida.

—¡Ah! ¿Quién le ha herido?

—Un extranjero que no había estado nunca en mi casa.

—¿Por qué?

—Estaban sentados uno junto al otro y discutían; luego jugaron y cuando le tocó a él pagar resultó que no tenía dinero. Entonces empezaron a disputar, sacaron los cuchillos, y, como estaba borracho, tu amigo llevó la peor parte.

—¿Es peligrosa la cuchillada?

—No, pues no murió enseguida.

Según la opinión de aquel hombre las heridas no son peligrosas si no van seguidas de muerte inmediata.

—Pero ¿has detenido al otro?



—¿Cómo iba a hacerlo? —me contestó muy confuso—. Tu amigo no tenía dinero y él fue el primero en sacar el cuchillo.

—Pero ¿le conoces siquiera?

—No, ya te he dicho que no había estado nunca en mi casa.

—¿Has enviado por un médico?

—Sí. Mandé llamar enseguida a un médico de mucha fama y le vendó. ¿Me pagarás tú lo que el enfermo me debe? He tenido que pagar también al extranjero lo que tu amigo le debía.

—Lo pensaré. Llévame a su lado.

—Entra por la puerta del fondo; yo tengo que hacer abajo.

Al entrar en el aposento indicado, que no contenía más que una especie de colchón, vi en él tendido al barbero, pálido como la muerte y con semblante abatidísimo. Tuve enseguida la convicción de que la herida era peligrosa y me incliné a su lado.

—Le agradezco su venida —me dijo penosamente.

—No sé si conviene que hable usted —le dije.

—No podrá ponerme peor de lo que estoy. ¡Todo se ha acabado para mí!

—¡Cobre ánimo! ¿No le ha dado el médico ninguna esperanza?

—Es un mal curandero.

—Haré que le lleven a usted a Pera. ¿No tiene usted documento de protección del embajador prusiano?

—No, yo no quería pasar por franco.

—¿De dónde era el hombre con quien peleó usted?

—¿Él? ¡Oh! ¿No lo sabe usted? ¿No me dio usted el encargo de buscarle? ¡Era Abraham Mamur!

Al oír este nombre retrocedí espantado.

—¡Es imposible! ¡Si ha muerto!

—¿Muerto? ¿Qué más quisiera yo?

En una cosa me fijé, en el lecho del dolor y seguramente de la muerte no me hablaba ya el barbero su dialecto, sino el alto alemán más puro. Esto me asombró en extremo.

—Cuenta usted —le supliqué.

—Vine yo aquí muy tarde y luego entró él, completamente mojado, como si se hubiera tirado al agua. Le conocí enseguida, pero él no me conoció a mí. Entablamos conversación y bebimos; luego jugamos y yo perdí. Yo estaba borracho y debí de decir algo que le hizo comprender que le conocía y le espiaba; como yo no tenía dinero reñimos; quise hacerle a usted un favor matándolo; pero él fue más listo que yo. Y nada más.

—No quiero reñirle a usted, pues no conduce a nada, y menos enfermo como está. ¿Notó usted si el tabernero y Abraham Mamur se conocen?

—Parecían conocerse muy bien, pues el tabernero le dio ropa para que se mudara

sin que él se la pidiera.

—Sea usted sincero; usted no es de Jüterbogk.

—Lo ha adivinado usted. Yo sé que mi herida es mortal y quiero serle sincero, soy de Turingia. Con esto basta; no tengo parientes y no puedo volver a mi patria. Sea usted bondadoso conmigo. ¿Quiere usted realmente llevarme a Pera?

—Sí; pero he de llamar a un médico inteligente que me diga si está usted en situación de llevarle. ¿Tiene usted algún deseo que pueda yo satisfacer?

—Mande que me traigan *cherbet* y no me olvide.

Había hablado con gran dificultad y muchas interrupciones, y cerró los ojos, como si se desmayara. Fui abajo, di las instrucciones necesarias al amo de la casa, y le prometí pagarle religiosamente sus gastos. Luego nos dirigimos a toda prisa a Pera. En primer lugar, fui a la embajada alemana, cuyo canciller, natural del mismo Pera, escuchó en silencio mi petición y se mostró enseguida dispuesto a encargarse del herido; también se encargó de llamar a un médico y solicitó únicamente de mí que le dejara a Omar como guía. Naturalmente, no por esto me consideré desligado del natural interés y cuidado por mi compatriota, pero podía volver tranquilo a casa, con la seguridad de que lo dejaba en buenas manos.

Fui enseguida a ver a Isla para notificarle que Abraham Mamur no había muerto del tiro de Halef, sino que vivía aún. Se encontraba el joven comerciante en un aposento lleno de libros y toda clase de muestras, que parecía ser su despacho. Se excitó mucho al oír mis noticias, pero luego le tranquilizó la idea de que aún nos sería posible coger vivo al bandido. Por lo que se refiere al barbero no mostró lástima alguna por él, y me dijo que le había echado de su compañía porque le había robado más de una vez.

Durante esta conversación había yo dirigido la vista repetidas veces al libro que Isla tenía abierto. Parecía ser un libro de cuentas cuyo contenido no me importaba ni poco ni mucho. Mientras hablaba, erraban los dedos de Isla como jugando con las hojas, que volvía a una y otra parte; hasta que una vez, mirando por casualidad, mi vista se fijó en un nombre que me hizo poner enseguida la mano sobre el libro para que no volviera la hoja. Decía aquel nombre, Henri Galingré, Schkodra<sup>[7]</sup>.

—¿Galingré en Schkodra? —pregunté—. Ese nombre me interesa extraordinariamente. ¿Estás en relación con un Galingré de Escutari?

—Sí, es un francés de Marsilia<sup>[8]</sup>, proveedor mío.

—¿De Marsella? Eso concuerda exactamente. ¿Le has visto y hablado alguna vez?

—Muchas. Ha estado en mi casa y yo en la suya.

—¿No sabes nada de su suerte ni de su familia?

—Tuve informes suyos antes de hacer el primer negocio y más tarde me ha contado él muchas cosas.

—¿Qué te ha contado?

—Tenía un pequeño negocio en Marsilia, pero como no le bastaba, vino a

Oriente, primeramente a Estambul y luego a Andrinópolis, donde yo le conocí. Pero desde hace un año vive en Escutari, donde es considerado como uno de los hombres más acomodados de allí.

—¿Y sus parientes?

—Tenía un hermano que, no contento tampoco con el negocio de Marsella, se fue primeramente a Argel y luego a Blidah, donde tuvo tanta suerte que su hermano, desde Andrinópolis, le envió a su hijo para que aumentara sus conocimientos comerciales al lado de su tío. Ese joven tomó por esposa a una muchacha de Marsella y volvió al lado de su padre, donde después de muchos años se encargó del negocio. Una vez tuvo que volver a casa de su tío en Blidah para contratar una gran compra y precisamente al encontrarse él allí, fue su tío asesinado y robada su caja. Se tuvieron sospechas de un comerciante armenio, y el joven Galingré salió para hacer indagaciones, pues le pareció que la policía no procedía con bastante diligencia. Y no ha vuelto más. Su padre ha heredado al tío, y con ello ha duplicado su fortuna, pero llora todavía a su hijo y daría cualquier cosa por encontrar un rastro suyo. Eso es lo que puedo decirte.

—Pues yo puedo ponerte enseguida sobre esa pista.

—¿Tú? —me preguntó Isla asombrado.

—Sí. ¿Cómo no me has preguntado antes algo acerca de eso? En Egipto te conté que Abú En Nasr, a quien busca Omar, mató en Vadi Tarfani a un francés, de cuyos objetos me apoderé. ¿No te dije también que ese francés se llamaba Paúl Galingré?

—No me dijiste el nombre.

—Todavía llevo su anillo de boda en el dedo; los demás objetos se perdieron cuando mi caballo se hundió en el Chot Cherid.

—*Effendi*, ¿estás dispuesto a dar esas noticias al pobre anciano? —me dijo en tono de súplica.

—Naturalmente.

—¿Le escribirás?

—Ya veremos. Por carta la noticia le llegaría demasiado de sopetón. El camino hacia mi patria me llevará quizá por aquella región. Esas cosas tienen que pensarse.

Después de esta conversación fui a ver a Halef, quien al principio no quería creer que hubiese errado el tiro; pero, finalmente, se convenció.

—¡*Sidi*, entonces temblaría mi brazo!

—Sin duda.

—Pero el hombre lanzó un grito, se hundió y no volvió a salir.

—Lo haría adrede; debe de ser buen nadador. Mi querido Halef Omar, fuimos unos grandísimos majaderos. ¿Crees tú que un hombre que recibe un balazo en la cabeza puede gritar?

—No lo sé —me contestó—, pues no he recibido ninguno todavía. Si alguna vez me da en la cabeza alguna bala —de lo cual, por amor a Hanneh, me guarde Alá—, probaré si me es posible gritar. Pero, sea lo que fuere, ¿crees tu poder encontrar de

nuevo rastro suyo?

—Espero que sí.

—¿Por medio del tabernero?

—Por medio del tabernero o del derviche, pues sospecho que éste le conoce. Hoy volveré a hablar con él.

Fui también a ver al viejo matrimonio judío, que habitaba en un aposento de nuestro pabellón en el jardín, con lo cual habían ganado tanto que no se quejaban ya de la pequeña pérdida que el fuego del día anterior les había ocasionado. Yo sabía que Maflei podía cumplir fácilmente su promesa de cuidar de ellos. Durante mi estancia en Dimitri y Pera había estado él en Baharive Keni y me dijo que muchas casas del barrio habían sido pasto de las llamas.

De esto hablábamos cuando vino un criado negro de Maflei para decirme que un oficial deseaba hablar conmigo:

—¿Qué graduación tiene?

—Es un *jusbachí*<sup>[9]</sup>.

—Condúcele al *selamlik*.

Tuve por conveniente no dar un paso por el oficial, y en lugar de salir a recibirle fui a mi habitación, donde me encontré a Halef y le manifesté la visita que me esperaba.

—*Sidi* —me dijo—, ese *jusbachí* fue grosero conmigo. ¿Serás tú más cortés con él?

—Sí.

—¿Crees, pues, que hay que avergonzarle? Bueno; seré cortés con él. Permíteme que le reciba yo como criado tuyo.

## CAPÍTULO 3

### La torre de Galata

Salió Halef del cuarto y se quedó junto a la puerta mientras yo, sentado en mi diván, encendía una pipa. A los pocos instantes percibí los pasos de dos personas que se acercaban y la voz de mi pequeño *hachi* que preguntaba al criado negro:

—¿Adónde vas?

—A presentar a este agha al *effendi* extranjero.

—¡Al *emir* de Chermanistán querrás decir! Puedes volverte por dónde has venido, pues tienes que saber que en casa de un *emir* no se entra como en casa de un *papuchi* o *tersi*<sup>[10]</sup>. El *emir* que Alá me ha dado por señor, está acostumbrado a que le traten con la mayor cortesía.

—¿Dónde está tu señor? —preguntó el capitán con voz de bajo.

—Permíteme, alteza, que te pregunte antes tu nombre.

—Ya se lo diré a tu señor.

—Es que no sé si le acomoda recibirte. Es un señor muy severo y no puedo dar entrada a nadie sin pedirle permiso.

Riéndome a solas me figuré el semblante humilde y amable que pondría el menudo socarrón ante la cara sañuda del oficial, quien tenía que cumplir las órdenes de su superior y por tanto no podía marcharse, lo cual sin duda habría hecho de buena gana. Le oí contestar:

—¿Es realmente un *emir* tan grande y tan notable tu señor? Tales personajes suelen vivir de manera distinta de como ayer le vimos.

—Lo hizo por su gusto. Se aburría y determinó divertirse viendo cómo sesenta guerreros apresaban a veinte niños y niñas y dejaban escapar a los hombres. Se divirtió mucho y ahora está sentado en su diván, tomando su *kef*, en lo cual no quiero estorbarle.

—Tú estás herido. ¿Te encontraste allí anoche?

—Sí. Era yo el que me puse a la puerta del patio donde propiamente debiera haber habido una guardia; pero veo que quieres divertirme conmigo. Permíteme, alteza, que te traiga un asiento.

—Espera, hombre; me parece que hablas en serio. Dile a tu señor que deseo hablar con él.

—¿Y si me pregunta quién eres?

—Dile que soy el *jusbachí* de anoche.

—Bien. Voy a rogarle que deje lucir su bondad sobre ti y te permita entrar, pues sé lo que puede hacerse por un hombre de tu categoría.

Entró, cerrando la puerta. Todo su semblante irradiaba de gozo.

—¿Le dejarás sentarse a tu lado? —me preguntó en voz baja.

—No. Ponle el cojín delante de mí, cerca de la puerta, pero con la mayor cortesía; luego le traes una pipa y café.

—¿A ti también café?

—No; yo no bebo con él.

Abrió la puerta y humilde dijo:

—El *emir* da su permiso.

Y dejó entrar al capitán. Este me saludó con una ligera inclinación de cabeza y empezó diciendo:

—Vengo para que la promesa que ayer...

Se detuvo, pues un rápido movimiento de mi mano le había ordenado silencio de manera inconfundible. Como no había tenido por conveniente saludar con más cortesía a un franco, tuve yo el gusto de enseñarle que los cristianos están acostumbrados también a que los respeten.

Estaba todavía junto a la puerta. Halef le acercó un cojín y se lo puso justamente a los pies; luego abandonó el cuarto. Constituía un verdadero espectáculo contemplar en la cara del *jusbachí* la excitación, asombro y vergüenza que le dominaban a un tiempo. Pero se acomodó a las circunstancias y tomó asiento. Al soberbio musulmán debió de costarle mucho sentarse junto a la puerta en casa de un cristiano.

Como, según la costumbre oriental, en toda casa acomodada hay siempre a la lumbre agua hirviendo para el café, al poco rato trajo Halef una taza de aquella bebida y una pipa. Tomó el oficial ambas cosas, se bebió el café y dejó que Halef le encendiera el *chibukí*. El pequeño *hachi* se quedó de pie detrás de él y la conversación empezó.

—Hijo mío —le dije en tono amable y casi paternal, aunque debió de sonarle muy extrañamente, pues no era yo más viejo que él—; hijo mío, te suplico pongas atención en algo que mi boca va a decirte. Cuando un hombre pisa la vivienda de un *bilichi*<sup>[11]</sup>, debe saludarle, pues de otro modo se le puede tomar por mudo o por ignorante. Tampoco debe comenzar la conversación, sino que tiene que aguardar a que se le invite, pues el amo de la casa es el que tiene que dar la señal de empezar. Quien juzga a otro antes de conocerle, corre gran peligro de equivocarse, y del error a la humillación no hay más que un paso. Agradece la buena intención que guía mis palabras, pues la experiencia tiene el deber de enseñar a la juventud. Y ahora puedes decirme qué quieres suplicarme.

El hombre había dejado caer la pipa y abrió la boca lleno de asombro al oírme; pero luego se rehízo:

—No vengo a suplicarte, sino a traerte una orden.

—¿Una orden? Hijo mío, conviene hablar pausadamente, pues sólo de esa manera puede uno evitar decir cosas que no ha reflexionado. No conozco en Estambul a nadie con autoridad para mandarme. Lo que querrás decir es que tú has recibido una orden

y para cumplirla vienes a mi casa; pues tú eres un subordinado, pero yo soy un hombre libre. ¿Quién te envía?

—El hombre que ayer nos mandaba.

—¿Quieres decir el *miralai*?

Añadí el nombre que el día anterior me había dicho el soldado. El *jusbachí* hizo un movimiento de sorpresa y exclamó:

—¿Conoces ya su nombre?

—Como lo oyes. ¿Tiene algo que comunicarme?

—Traigo la orden de que no indagues nada acerca de su persona y de que no digas a nadie lo que pasó anoche.

—Ya te he dicho que nadie tiene derecho a ordenarme nada. Dile al *miralai* que la relación de los sucesos saldrá en el próximo número del *Bassiret*. Como no tengo orden alguna que darte, nuestra conversación ha terminado.

Me levanté y me dirigí al cuarto contigo, dejando solo al *jusbachí*, que de puro asombro se había quedado sin palabra. Después de un buen rato vino Halef a decirme que el visitante se había marchado lanzando enérgicas maldiciones.

Era más que seguro que el *miralai* volvería a enviar nuevo recado enseguida; pero no me consideré obligado a aguardar al mensajero y me dirigí al convento de derviches para hablar con Alí Manaj. Le encontré, como el día anterior, en su celda, donde estaba rezando. Al oírme saludar miró hacia el techo y por su semblante colegí que no le era desagradable mi visita.

—¡*Salam!* —dijo—. ¿Traes quizá alguna nueva dádiva?

—No lo sé todavía. ¿Cómo he de llamarte, Alí Manaj Ben Barud el Amasat o En Nasr?

De un salto se puso en pie y se acercó a mí.

—¡Chist, calla! —cuchicheó lleno de angustia—. Sal afuera y vete al cementerio; dentro de poco iré yo.

Presumí que aquello daría juego y me dispuse a usar de muchos rodeos diplomáticos a fin de no descubrirme. Salí del convento, crucé el patio y por la puerta enrejada entré en el cementerio.

Allí yacían centenares de derviches. Habían vivido bailando y dormían el sueño eterno con una piedra sobre la cabeza, o sea el trono de su turbante. Su comedia había pasado. ¿Cómo llegarían al «puente del examen»?

Pero no había filosofado mucho acerca de aquellas tumbas cuando vi acercarse el derviche. Caminaba sosegadamente, hundido en piadosas contemplaciones, hacia un rincón retirado, y le seguí. Allí nos sentamos.

—¿Qué tienes que decirme?

Había que proceder con extraordinaria cautela y así le contesté:

—Primeramente quiero conocerte. ¿Puedo fiarme de ti?

—Pregúntaselo al *usta*<sup>[12]</sup>; él te lo dirá.

—¿Dónde puede encontrarse?

—En Dimitri, en casa del *rum*<sup>[13]</sup> Kolettis. Hasta ayer estuvimos en Baharive Keni, pero nos descubrieron y expulsaron. Por poco muere el *usta* y sólo nadando pudo salvarse.

Esto me demostró que Abraham Mamur era el jefe de los bandidos, no me había engañado, pues, en Baalbek; pero el derviche había dicho un nombre que me recordaba cierta aventura. Aquel griego que durante el combate en el Valle de las Gradas había caído en mis manos ¿no se llamaba acaso Alejandro Kolettis? Seguí informándome.

—¿Estamos seguros en casa de Kolettis?

—Completamente. ¿Sabes dónde vive?

—No, hace poco que he llegado a Estambul.

—¿De dónde vienes?

—De Damasco, donde vi al *usta*.

—Sí, estuvo allí; pero no consiguió lo que quería. Un hekim franco le conoció y el *usta* se vio obligado a escapar.

—Ya sé que sólo pudo robar al rico Chafai Ibn Jacob Afarah una parte de sus alhajas. ¿Las ha vendido?

—No.

—¿Lo sabes de cierto?

—Completamente, pues mi padre y yo somos sus hombres de confianza.

—Yo vengo para hablar con él de esas cosas. Conozco a un hombre seguro que lo compra todo. ¿Las tiene a mano?

—Escondidas en la torre de Calata, en sitio seguro. Quizá llegues demasiado tarde, pues el hermano de Kolettis ha encontrado un comprador que vendrá hoy.

Esto me disgustó, aunque no lo di a entender.

—¿Dónde se halla Barud el Amasat, tu padre? Traigo un mensaje muy importante para él.

—Se halla en Edreneh<sup>[14]</sup> con objeto de buscar al comerciante Hulam.

Me asusté en gran manera, pues era seguro que tramaban alguna fechoría.

—Ya sé —contesté convencido—. Ese Hulam es pariente de aquel Jacob Afarah de Damasco, y también del comerciante Maflei de aquí, de Estambul.

—Veo que estás enterado de todo, puedo confiar en ti.

—Pues dime dónde se encuentra tu tío Hamd el Amasat.

—¿También le conoces? —preguntó asombrado.

—Perfectamente. Estuvo en el Sahara y en Egipto.

Su asombro iba en aumento. Pareció tomarme por un miembro muy importante de su hermandad, pues me preguntó:

—¿Serás tú acaso el *usta* de Damasco?

—Ahora no preguntes, sino contéstame.

—Hamd el Amasat se halla actualmente en Escutari. Vive en casa de un comerciante franco, que se llama Galino o Galineh.



—Galingré, querrás decir.

—¡Señor, lo sabes realmente todo!

—Sí; pero me falta saber una cosa. ¿Cómo se llama ahora el *usta*?

—Se llama Abd el Myrrhatta, natural de Konieh.

—Gracias, pronto sabrás algo de mí.

Contestó a mi saludo de despedida con gran veneración, con lo cual comprendí que había conseguido engañarle. Pero no había que perder un momento, pues de lo contrario todo lo que había logrado averiguar sería en vano. Sin ir a casa de Maflei, tomé un caballo y me dirigí a Dimitri, para informarme en la taberna de la vivienda de Kolettis. No encontré al tabernero, pero sí a su mujer. Le pregunté primeramente sobre el barbero y me dijo que había ido un médico, quien le había vendado de manera distinta que antes. Luego, y de esto no hacía mucho, se lo habían llevado. Luego le pregunté por Kolettis. La mujer me miró muy sorprendida y dijo:

—¿Kolettis? ¡Ese es el nombre de mi marido!

—¡Ah, no lo sabía! ¿Dónde puede encontrarse a un hombre de Konieh, llamado Abd el Myrrhatta?

—Vive en esta misma casa.

—¿Dónde se halla ahora?

—Ha salido de paseo hasta la torre de Galata.

—¿Solo?

—Con el hermano de mi marido —me contestó.

Esto concordaba extraordinariamente. ¿Iban acaso en busca de las alhajas? Había que seguirlos. Supe también que hacía muy poco rato que habían salido y que Omar había estado en la taberna y había salido al mismo tiempo que ellos. El vengador estaba, pues, siguiendo ya al asesino. Monté a caballo y al trote y cuesta abajo emprendí el camino de Galata. En las sombrías calles de aquella parte de la ciudad hormigueaban los marineros, soldados de marina, alfareros sucios, hammaliks, barqueros importunos, judíos españoles y otros, de modo que nos costó no poco trabajo pasar por entre la multitud.

El hormiguero iba creciendo cuanto más nos acercábamos a la torre. Debía de haber sucedido algo extraordinario, pues noté un apretujamiento de la gente y unos empujones que amenazaban acabar de mala manera. Pagué al dueño del rocín el alquiler convenido y me acerqué para enterarme de lo que ocurría. Un *kaikchi* que pugnaba por salir de aquel caos, me dijo:

—Dos hombres han subido a la galería alta de la torre y se han caído abajo, ahí están en el suelo completamente destrozados.

Me llené de angustia, pues sabía que Omar había seguido a los dos bandidos. ¿Le habría acontecido alguna desgracia?

Avancé por entre el gentío a fuerza de codazos y sin el menor miramiento; hube de recibir muchos golpes, pero logré pasar y dentro de un círculo muy reducido, formado por la gente, vi dos cuerpos humanos en horrible estado. La galería de la

torre del Gozo en Galata tiene una altura de unos 140 pies, y así puede el lector figurarse cómo estarían los cadáveres. La cara de uno de ellos estaba intacta y en ella reconocí enseguida la de aquel Alejandro Kolettis, que se había vuelto a escapar de los Haddedín. Pero el otro ¿quién era? Imposible reconocerle. Había tenido una muerte horrorosa, como me hizo observar uno de los que estaban detrás de mí y había presenciado la escena. Al caer había conseguido coger con una mano el extremo inferior de una varilla de enrejado; pero no había podido sostenerse ni un minuto y había caído de nuevo.

Involuntariamente eché una mirada a las manos del cadáver. En la derecha, transversalmente, tenía un tajo. Con aquella mano, seguramente, se había sostenido; no había caído, pues, por desgracia, sino que le habían echado abajo. ¿Dónde estaría Omar?

Forcé el paso hacia la torre y entré. Una propina me consiguió el permiso para subir. Corrí por las cinco escaleras de piedra que llevan a los cinco pisos primeros; luego tres escaleras de madera hasta llegar al cafetuchó. El cafetero estaba solo. Hasta el café hay 144 peldaños y hay que subir 45 más para llegar hasta la plataforma de la campana, que está forrada de hojalata y es muy pendiente. Desde allí salté a la galería. Examiné los cincuenta pies de circunferencia que tiene, sobre poco más o menos, y en sitio correspondiente al punto de abajo donde estaban los cadáveres, encontré varias manchas de sangre. Allí había habido una pelea antes que fueran echados abajo. ¡Un combate en aquella altura, en suelo resbaladizo y pendiente, y sobre todo, de uno contra dos, como yo sospechaba, debió de haber sido horrible!

Bajé a saltos, sin detenerme en la taberna, y corrí hacia mi casa. El primero que me salió al encuentro en el *selamlík* fue Jacob Afarah, cuyo semblante brillaba de alegría.

—¡*Emir*, alégrate conmigo! —exclamó abrazándome—. ¡Vuelvo a poseer mis joyas!

—¡Imposible! —le contesté.

—Y, sin embargo, es verdad.

—¿Cómo las has recobrado?

—Tu amigo Omar me las ha traído.

—¿De dónde?

—No lo sé. Me ha dado el paquete, se ha marchado enseguida al pabellón del jardín y se ha encerrado en su habitación, sin querer abrir a nadie.

—Voy a ver si me abre a mí.

A la puerta del pabellón, en el jardín, encontré a Halef, que se me acercó y me dijo a media voz:

—*Sidi* ¿qué ha pasado? Omar Ben Sadek ha venido echando sangre, ahora se está lavando las heridas.

—Ha encontrado a Abrahim Mamur y lo ha arrojado de la torre abajo.

—¡*Machallah!* ¿Es cierto?

—Así lo presumo, aunque juraría que no me equivoco. Naturalmente, sólo nosotros hemos de saberlo. ¡Silencio, pues!

Llamé a la puerta del cuarto de Omar, el cual, al oír mi nombre, me abrió enseguida y dejó entrar también a Halef. Sin que se lo pidiésemos nos contó lo ocurrido.

Primeramente con el médico a quien acompañó a su regreso y luego con los que fueron a transportar al barbero, estuvo en la taberna de Kolettis, y allí vio sentados, hablando muy bajito, a Abraham Mamur y a otro, que debía de ser Alejandro Kolettis. No conocía él a ninguno de los dos, pero percibió alguna palabra suelta de la conversación y estuvo muy atento. Se levantó y salió de la taberna, pero volvió a entrar por otra puerta del vestíbulo y se metió en el cuarto de al lado; desde allí escuchó la conversación de aquellos hombres, quienes, juzgándose completamente a solas, hablaban más alto.

Hablaron de las alhajas de Damasco que querían sacar de la torre, uno de cuyos guardianes era de la cuadrilla de Mamur. Omar conocía la historia de las alhajas, pues Halef se la había contado, y pensó haber encontrado al ladrón. Lo que dijeron después le convenció de que su sospecha era cierta, pues Abraham habló de su fuga del día anterior por el Cuerno de Oro.

Omar volvió al cuarto y resolvió seguir a ambos a la torre. Había podido espiarlos sin que le viesen porque la tabernera estaba atareada en el patio. Los bribones permanecieron largo tiempo con uno de los guardias en el fangoso subterráneo de la torre, y luego subieron las escaleras. Omar los siguió. En el cafetucho bebieron una taza de café y luego subieron aún más, mientras el guardián bajaba las escaleras. Omar no los dejó. Al llegar a la plataforma de la campana estaban ellos de pie en la galería de espaldas a Omar, pero habían dejado el paquete en aquélla. El árabe se acercó más a ellos, salió a la galería, y entonces repararon en él.

—¿Tú qué quieres? —le preguntó Abraham—. ¿No estabas hace poco en casa de Kolettis?

—¿Y a ti qué te importa? —le contestó Omar.

—¿Vienes a espiarnos, perro?

Omar se acordó de que era hijo de los libres y valientes Uelad Merasig y en él despertaron el orgullo y el ánimo de un león.

—Sí; os he espiado —contestó valerosamente—. Tú eres Abraham Mamur, el raptor de doncellas y ladrón de joyas, cuya cueva despejamos anoche. La venganza se acerca. Te saludo de parte del *emir* de Frankistán que te tomó a Guitzela y te hizo huir de Damasco. ¡Tu hora ha llegado!

Abraham se quedó como de piedra. Omar aprovechó el momento y con velocidad de rayo cogió al bandido y lo lanzó en alto por la barandilla. Kolettis exhaló un grito y empuñó el cuchillo. Sólo un instante habían luchado, Omar, al sentirse herido en el cuello, redobló sus fuerzas, y Kolettis voló también por la barandilla. En esto observó Omar que Abraham se sostenía con una mano, y le hizo en ella un corte que le quitó

las fuerzas.

Todo esto había pasado en menos tiempo del que se necesita para contarlo. Volvió Omar a la plataforma, tomó el paquete y bajó la escalera. Al llegar abajo consiguió escurrirse, sin que le observaran, por entre los muchos hombres que se habían reunido alrededor de los dos cadáveres.

Omar nos contó su hazaña con tanta indiferencia como si hubiese llevado a cabo la cosa más natural del mundo. Tampoco gasté yo muchas palabras, y le vendé el rasguño que le había inferido Kolettis y que no presentaba peligro alguno. Luego nos lo llevamos a la parte anterior de la casa, donde la relación tuvo un efecto muy distinto. Lanzando enérgicas exclamaciones, Maflei, su hermano e Isla echaron a correr, a pesar de su gravedad musulmana, para ir a ver los cadáveres. Después de mucho rato volvieron y contaron que ya se los habían llevado al subterráneo de la torre. Nadie identificó a los muertos y tampoco los vivos dieron a conocer en su semblante que pudieran dar noticias respecto de aquel suceso.

## CAPÍTULO 4

### La despedida

**P**regunté a Halef si quería ir a ver a su antiguo conocido el intérprete griego Kolettis y contestó, encogiendo desdeñosamente los hombros:

—Si fuera un Kara Ben Nemsi o un Hachi Halef Omar, iría; pero ese griego era un sapo a quien no quiero ver.

Pasó mucho rato antes que Maflei y sus parientes se encontraran en la realidad, pues les parecía mentira todo lo que había ocurrido.

—Ese no es suficiente castigo para un hombre tan malvado —decía Isla—. Un instante de angustia no basta para todo lo que él ha hecho. ¡Debíamos haberlo cogido vivo!

—Quedan aún los dos Amasat —añadió su padre—. ¿Lograremos atrapar a alguno de ellos?

—Para vosotros uno es bastante, Barud el Amasat; el otro no os ha hecho mal alguno. Si me prometéis no proceder contra él con violencia, sino entregarlo al juez, lo tendréis.

Estas palabras causaron nueva excitación. Fui asaltado a preguntas y ruegos, pero yo me mantuve firme y no dije nada hasta que recibí la promesa exigida. Luego les conté mi conversación de aquella mañana con el derviche.

Apenas hube terminado, cuando saltó Jacub Afarah:

—¡*Allah kerihm!* Ya adivino lo que quieren esos hombres. Miran con malos ojos a toda nuestra familia porque Isla arrebató a Senitza de las manos de Abraham Mamur. En primer lugar querían arruinarme; pero no lo han logrado. Ahora se van a Andrinópolis y luego le tocará el turno a Maflei. Empiezan ya con sus proveedores. Hay que escribir para que Hulam y Galingré estén prevenidos.

—¿Escribir? —repuso Isla—. No basta. Nosotros mismos hemos de ir a Andrinópolis para echar el guante a ese Barud el Amasat. *Effendi*, ¿vienes tú?

—Sí —contesté—. Es lo mejor que puede hacerse y os acompaño, porque Andrinópolis me coge en el camino de regreso a mi patria.

—¿Vas a volver a tu casa, *effendi*?

—Sí. He estado alejado de ella más tiempo del que había pensado.

Debo decir que mi determinación no encontró más que contradictores, aunque al explicarles más por menudo mis motivos, me confesaron que tenía razón. Durante aquella pugna de amistades sólo uno quedaba sin pronunciar palabra; era Halef, en cuya cara encogida se podía ver, no obstante, que tenía que decir él algo más que todos juntos.

—¿Y cuándo partimos? —preguntó Isla, a quien el asunto apremiaba.

—Enseguida —contestó Osco—. No descansaré hasta tener a ese Barud el Amasat en mis manos.

—Es necesario hacer algunos preparativos —observé—. Si partimos mañana a primera hora no será demasiado tarde y en cambio tenemos por nuestro todo el día de hoy. ¿Iremos en el correo o a caballo?

—A caballo —dijo Maflei.

—Y ¿quién me va a acompañar?

—¡Yo, yo, yo, yo! —exclamaron todos.

Todos querían ir. Después de larga discusión acordamos que me acompañasen Chafai Ibn Jacub Afarah, el cual en rigor no tenía que liquidar ninguna cuenta con Barud, pero quería aprovechar ocasión tan imprevista para visitar a sus parientes; Isla, que no quería ceder a nadie la captura del que vendió a su mujer; Osco, para vengar a su hija, y Omar, que quería ir de Andrinópolis a Escutari para saldar con Hamd el Amasat. Sólo Maflei, después de muchos ruegos, se resignó a quedarse. Era necesario de todo punto, pues sus negocios no podían quedar abandonados, y como Isla venía con nosotros, él era el único que se quedaba.

Halef no había pronunciado palabra, y cuando le pregunté, me contestó:

—¿Piensas acaso que te dejaré ir solo, *sidi*? Alá nos ha juntado e iré adónde tú vayas —me contestó con rotundo acento.

—Pero piensa en Hanneh, la flor de las mujeres. Te alejas cada vez más de ella.

—¡Calla! Ya sabes que siempre hago lo que me propongo. ¡Voy contigo!

—Pero alguna vez hemos de separarnos.

—Señor, esa hora vendrá demasiado pronto, y Dios sabe si luego nos volveremos a ver en toda nuestra vida. Pero al menos no me separaré de ti antes que los otros, y hasta que sepa que te vas de esta tierra.

Se levantó y salió al jardín para cortar de raíz toda discusión, y así me vi obligado a aceptarle en mi compañía.

Mis preparativos de viaje eran fáciles de hacer. Con ensillar Halef y yo nuestros caballos, estábamos listos. Pero antes tuve que cumplir un deber, que era visitar a Lindsay para comunicarle lo sucedido y nuestro propósito. Al llegar a su habitación, acababa de llegar el inglés de una excursión a Buyukdere. Me dio la bienvenida, medio gozoso y medio enfurruñado, y dijo:

—¡*Welcome*, mala persona! ¡Ir a Baharive Keni sin llevarme a mí! ¿Qué busca usted en mi casa, eh?

—Vengo a comunicarle que ya no vivo en Baharive Keni.

—¿Ya no? ¡Ah! ¡Bien! ¿Vendrá usted pronto a vivir aquí, máster?

—Gracias. Mañana de madrugada me voy. ¿Quiere usted venir o se queda?

—¿Se va usted? ¡Ah! ¡Oh! ¡Broma pesada, yes!

—Le hablo a usted formalmente, se lo aseguro.

—¿Conque es cierto? ¿Por qué tanta prisa? ¡Pero si acaba usted de pisar este nido!

—Lo conozco ya lo bastante; y aunque la partida es más precipitada de lo que había pensado, no me contraría.

Le conté en pocas palabras lo que había ocurrido, y al terminar hizo él un movimiento de satisfacción con la cabeza y exclamó:

—¡Bravo! ¡Magnífico que ese sujeto haya recibido lo que merecía! Cogerá usted también a los otros. ¡Well! De buena gana iría, pero no puedo; estoy comprometido.

—¿Cómo es eso?

—Estuve en el consulado y me encontré con un sobrino, un Lindsay también, pero no David. Quiere ir a Jerusalén, pero no conoce el camino y me ha suplicado que vaya con él. ¡Lástima que no pueda usted venir! ¡Yes! Esa noche visitaré a Maflei y me despediré de ellos.

—Eso es lo que quería suplicarle a usted, *sir*. Durante unos meses hemos estado juntos y hemos experimentado lo que no experimentan otros en todo el tiempo de su existencia; y eso es una cadena. Le he tomado a usted gran afecto, y el separarnos me duele, pero hay que acomodarse a lo que no tiene remedio; sin embargo, nos queda la esperanza de volver a vernos.

—¡Yes! ¡Oh! ¡Ah! ¡Well! ¡Volvemos a ver! ¡Miserable separación! ¡No me gusta de ninguna manera! —decía con voz insegura, calmado con una mano el temblor de su nariz y con la otra llegándose a los ojos—. Pero ahora caigo en una cosa. ¿Qué será del caballo?

—¿De cuál?

—Del de usted, de Rih.

—¡Pues qué ha de ser! Lo monto yo.

—¡Hum! ¿Siempre? ¿Se lo llevará usted a Alemania?

—No lo sé todavía.

—Véndalo usted, *sir*; le producirá a usted un dineral. ¡Piénselo bien! Si lo necesita usted ahora, por lo menos llévelo después a Inglaterra. No negocio, sino que pago lo que usted quiera. ¡Well!

Este tema no era de mi agrado. ¿Qué iba a hacer yo, pobre escritor, con tal caballo? En mi país me encontraría en circunstancias que no me permitirían de todo punto tener caballo de silla. Pero ¿venderlo? ¿Vender el regalo del jeque de los Haddedín? ¿Y en qué manos había de poner a mi valiente potro? No, de ninguna manera podía conservarlo; pero tampoco podía venderlo. Ya sabía lo que había de hacer, al animal que me había ayudado a salir de tantos peligros debía yo darle un dueño que supiera manejarlo. No podía consentir que pereciese en el Norte helado; debía ir a los prados del Sur, volver a su tierra nativa, a los campos de los Haddedín.

Como por la noche debíamos reunirnos otra vez abrevié mi visita a Lindsay. Volví a la embajada prusiana donde encontré al canciller. Este me manifestó que no tenía que preocuparme más por el barbero de Jüterbogk, porque había muerto. Se le había tratado con todo miramiento; había confesado quién y qué era, y así se había llegado a averiguar que procedía de una aldea de Turingia y era un criminal fugado.

Compadecí al joven que, con sus habilidades no comunes, había tenido propósitos muy distintos que el de morir tan miserablemente en tierra extraña.

El canciller me acompañó hasta la puerta. Estábamos aún en ella cambiando algunas palabras, cuando acertaron a pasar dos jinetes. No les hice caso, pero uno de ellos detuvo su caballo y el otro se vio obligado a hacer lo mismo. El canciller entró después de despedirse y cuando me dispuse a salir a la calle oí exclamar a uno de los jinetes:

—¡*Machallah!* ¿Será cierto? ¡*Emir!*

Me volví y conocí que ambos eran oficiales. Uno de ellos era el *miralai* a cuyo mensajero había recibido yo aquel día con tanta ceremonia y el otro, de igual graduación, era el ayudante a quien había apresado yo al salir del baño cerca del pueblo de los Yesidis y que se me había mostrado tan agradecido.

Me acerqué a él, muy gozoso de volver a verle y le tendí la mano, que él estrechó con gran efusión.

—¡*Salam, effendi!* —exclamé—. ¿Te acuerdas de las palabras que te dije al despedirme?

—¿Qué dijiste?

—«Querría volver a verte como *miralai*». Y por lo visto, Alá ha cumplido mi deseo. De *Nasir Agasi* ha salido un jefe de regimiento.

—¿Y sabes a quién he de agradecerlo?

—No.

—A ti, *emir*. Los Yesidis se quejaron ante el Gran Señor y el gobernador de Mosul fue castigado, con otros muchos. El *anadoli kasi askeri* vino y examinó los asuntos; su sentencia fue justa, y como los Yesidis, por amor tuyo, se interesaban por mí, fui ascendido. ¿Me permitirás que te visite en tu casa?

—Serías cordialmente recibido; pero, desgraciadamente, es hoy el último día que paso en Estambul. Mañana por la madrugada me marchó.

—¿Adónde?

—A Occidente. He visitado el Oriente, he conocido sus usos y costumbres, y a los habitantes de Occidente les contaré muchas cosas que ellos tienen por imposibles.

Pronuncié estas palabras con algún retintín para que me entendiera su compañero, quien debió de sentir la punzada, pues dijo:

—He enviado por segunda vez a tu casa, pero habías salido. ¿Me permites que vaya yo?

La circunstancia de que su compañero me hablara con tanta afabilidad y respeto, pareció haberle hecho mella.

—Te recibiré, —le contesté fríamente—. Aunque tengo el tiempo muy contado.

—¿Cuándo?

—Dentro de una hora; más tarde no podría.

—¡*Allah akbar!* ¿También os conocéis? —dijo Nasir asombrado—. Pues bien, iremos juntos.



Me tendió la mano en señal de despedida y nos separamos. Poco había pensado yo encontrarle. Parecía como si en Constantinopla se estuviese recapitulando todo lo que me había ocurrido.

De regreso en mi casa tuve ocasión de adquirir algunas cosas que necesitaba para el próximo viaje. Estaba convencido de que el buen amigo en cuya morada estaba, se encargaría de los gastos que ocasionara la partida; pero no quería estar por completo pendiente de su gratitud.

Cuando conté a Halef mi encuentro con *Nasir Agasi* y le dije que éste me visitaría, se regocijó mucho. Empezó inmediatamente a limpiar las pipas y a preparar otras muchas cosas necesarias y hasta me dio a entender muy formalmente que debía tratar con amabilidad al *miralai* a cuyo mensajero habíamos hecho sentar junto a la puerta, ya que vendría con un amigo nuestro.

No había pasado aún una hora, cuando entraron los dos militares, que fueron recibidos cordialmente y tratados lo mejor posible. Noté que habían hablado de mí, pues el comportamiento del más viejo fue en extremo amable. Como es natural, la conversación giró principalmente sobre nuestras aventuras entre los «adoradores del diablo». Conté también mi encuentro con el *makrech* de Mosul y supe que había conducido a los soldados a Mosul y después había desaparecido. El *anadoli kasi askeri* sabía con seguridad en qué cárcel se encontraba el juez destituido.

Cuando íbamos a despedirnos, el otro *miralai* se resolvió a arreglar nuestros asuntos.

—*Emir* —me dijo—, he oído decir que mañana se leerá algo en el *Bassiret*. ¿No puede arreglarse eso?

Me encogí de hombros y contesté pausada y enérgicamente:

—Eres ahora mi huésped, *effendi*, y estoy acostumbrado a tributar a todos los hombres, y sobre todo a los que entran en mi casa, el respeto que merecen; pero permíteme que sea sincero contigo. Si no hubiera sido por mí, hoy no vivirías ya; lo que hice, lo hice como hombre y como cristiano, y por ello no exijo que me lo agradezcas; así has debido apreciarlo tú; pero en lugar de hacerlo, me trataste anoche como a uno de tus soldados y hoy hasta me has enviado a uno de tus *jusbachí* que se ha atrevido a querer darme órdenes. No puedes ofenderte, pues, si le he tratado como merecía. Creo que ayer hice más de lo que debía; pero si estás dispuesto a cumplir un deseo mío, todo quedará olvidado.

—Dime tu deseo.

—Tienes que agradecer tu salvación principalmente a un pobre judío, que vivía al lado de mi casa y fue quien me llamó la atención sobre la abertura por la cual te saqué de la taberna. Pegaste fuego a su casa y toda su hacienda se ha perdido. Si a ese pobre hombre le dieses una pequeña indemnización, le harías feliz, y yo te tendría por un caballero a quien podría consagrar un amable recuerdo.

—¿Judío es? ¿Sabes tú cuánto desprecia todo musulmán a los judíos, que tienen otras creencias? Le...

—¡*Effendi!* —le interrumpí en voz más alta y seriamente—. ¡Considera que tampoco yo soy musulmán! Tú mismo eres griego, de las islas, y hace poco has entrado en la doctrina de Mahoma. Si desprecias a los cristianos, te compadezco, pues yo no despreciaría ni negaría nunca lo que he sido tantos años.

—*Emir*, yo no me refería a ti. ¿Dónde está el judío?

—El pobre goza ahora de la hospitalidad de esta casa.

—¿Quieres mandarlo llamar?

—Enseguida.

Di el encargo a Halef y un instante después entraba Baruch. El *miralai* le contempló con fría mirada y le preguntó:

—¿Se quemaron ayer tus efectos?

—Sí, señor —contestó Baruch humildemente.

—Pues toma, cómprate otros.

Metió la mano en la bolsa y le alargó algo que no supe qué era; pero por la posición de los dedos comprendí que no podía ser gran cosa. El judío dio las gracias y quiso alejarse, pero yo le detuve.

—¡Alto ahí, Baruch Chebet Ben Baruch Creveb! ¡Enséñame lo que te ha dado! El *effendi* me perdonará la curiosidad, pues sólo quiero verlo para darle yo también las gracias.

Eran dos monedas de oro, una de cincuenta y otra de veinte piastras, en suma setenta piastras, o sea de quince a diecisiete pesetas. Esto más que economía y más que avaricia, era simplemente miserable. Me acordé de que la noche anterior, antes de dar la orden de saqueo, había recogido él todo el dinero que halló en casa del griego y seguramente había registrado los bolsillos de los muertos y los prisioneros. Esto no me había chocado, pues conocía la manera de obrar de ciertos *miralai*.

Por eso le pregunté:

—¿Recuperaste tus tres mil piastras, *effendi*?

—Sí.

—¿Y a este pobre, a quien se lo debes lo mismo que la vida, le das setenta por su propiedad perdida? Si le regalas mil nos separaremos como buenos amigos y mañana no saldrá nada en el *Bassiret*.

—¿Mil, *emir*? ¿Qué te figuras? ¡Es judío!

—Sea como tú quieras. ¡Baruch, devuélvele las setenta piastras! Luego iremos al *kadí*, tú como demandante y yo como testigo. Quien te ha privado de tus bienes tiene que resarcirte, aunque mande un regimiento y haya sido mi huésped. Por mediación del embajador de mi país haré que se enteren en el Diván y veremos si el sultán permite a sus oficiales que incendien impunemente calles enteras de Estambul.

Me levanté como despidiéndome; los dos visitantes se pusieron en pie también y el judío se acercó al *miralai* para devolverle el dinero; pero el militar le hizo seña de que se apartase y exclamó con furor mal reprimido:

—Guárdate eso; te enviaré lo que falta.

—Hazlo pronto, *effendi* —observé yo—, pues dentro de una hora nos presentaremos al juez.

La escena no fue muy agradable, pero aun hoy no me la he reprochado, pues si pasé al terreno de las amenazas y la violencia fue para castigar al oficial por su arrogancia y para que el judío obtuviera la debida indemnización. Mil piastras parecen una gran cantidad, pero no son en efecto más que unos cincuenta duros, con los cuales el pobre judío quedaba socorrido, aunque no fuera lo suficiente para fundar un negocio de «joyas y antigüedades».

El *miralai* salió de la habitación saludándome sólo con una arrogante inclinación de cabeza; pero Nasir se despidió de mí de la manera más amable.

—*Emir* —me dijo—, yo sé cuán penoso te es hablar como lo has hecho; pero en tu lugar no habría yo hecho menos. Es un favorito del *ferik-bajá*; pero nada más. Que te vaya bien y piensa en mí como yo te recordaré a ti.

Antes que hubiese transcurrido una hora un *ombachi*<sup>[15]</sup> trajo una bolsa que contenía lo que faltaba para las mil piastras. Baruch bailaba de gozo; su mujer me llamaba el *effendi* más bueno del mundo y prometió no olvidarme en sus oraciones de cada día. La alegría de los dos viejos me resarcíó del disgusto que tuve con el *miralai*.

Por la noche nos reunimos todos, y se preparó una cena de despedida, a la cual asistió Senitza. Ella, como cristiana, podía enseñarnos la cara, aunque Isla no le permitía salir de casa sin velo. Durante la cena nos ayudó a recordar los sucesos, el dolor que había experimentado en su cautiverio y el gozo que había sentido al salvarla nosotros de manos de Abrahim Mamur.

Al terminar, Lindsay se despidió. La bola de Alepo se había despedido de su nariz lo bastante para poderse presentar otra vez en Londres. Al marcharse le acompañé hasta el hotel. Allí destapó aún una botella de vino y me aseguró que me quería como a un hermano.

—Estoy completamente satisfecho de usted —me dijo—. Sólo una cosa me disgusta.

—A ver, ¿qué es eso?

—Me he dejado arrastrar por usted a todas partes sin encontrar un solo *fowling-bull*.

—Creo que en Inglaterra se los encuentra sin necesidad de excavar. ¡Corren por allí bastantes *John-Fowling-Bulls*!

—¿Eso va por mí?

—¡Ni soñarlo, *sir*!

—¿Ha pensado usted en lo que le dije del caballo?

—Sí, no lo vendo.

—Pues guárdelo; pero con todo tiene usted que ir a Inglaterra, dentro de dos meses estoy yo en casa. ¿Convenido? Y otra cosa; usted ha sido mi guía y yo no le he pagado a usted todavía su sueldo. ¡Tome!

Y me alargó una pequeña cartera.

—¡No gaste usted estas bromas, *sir*! —le dije rechazando la cartera—. He viajado con usted como amigo y compañero, no como criado.

—Pero, máster, yo creo que...

—Crea usted lo que quiera, pero yo no tomo dinero suyo —le interrumpí—. ¡Adiós!

—Pero ¿no tomará usted esta cartera?

—¡Adiós, *farewell*, *sir*!

Le abracé de prisa y me apresuré a ganar la puerta, sin atender a sus gritos de que me aguardara.

No hay necesidad de relatar la despedida de Maflei y Senitza al día siguiente. Cuando el sol apareció en el horizonte habíamos llegado casi a Chataldia, por donde pasa la carretera que por Inyigis y Visa conduce a Andrinópolis.

## CAPÍTULO 5

### En Edreneh

**A**ndrinópolis, que los turcos llaman Edreneh, es después de Constantinopla la ciudad más notable del Imperio Osmánico. En ella residieron los sultanes desde Murad I hasta Mohammed II, quien, en el año 1453 conquistó a Constantinopla y trasladó a ella su residencia. Más adelante fue estancia favorita de muchos sultanes, especialmente Mohammed IV, quien sentía por Edreneh gran predilección.

Entre las cuarenta y tantas mezquitas de la ciudad es la Selimdié, edificada por Selim II, la más notable. Es más grande aún que la Aja Sophia de Constantinopla y se atribuye su construcción al gran Sinam, el arquitecto de las mezquitas. Como un oasis en el desierto, se halla entre un montón miserable de casas de madera, cuyas abigarradas paredes se levantan desde la profunda capa de porquería y lodo de las calles. La soberbia cúpula de esta mezquita está sostenida en el interior por ocho columnas gigantescas y en el exterior flanqueada por cuatro maravillosos alminares, cada uno de los cuales tiene tres balcones para los almuédanos. Dentro del templo hay dos hileras de galerías construidas con los mejores mármoles y la luz penetra por más de doscientas cincuenta ventanas. En tiempo de Ramadán ardían en ella doce mil lámparas.

Veníamos de Kirkilissar y hacía rato que veíamos brillar los esbeltos alminares de la Selimdié. Desde lejos ofrecía Andrinópolis una vista magnífica; pero al llegar a la ciudad y atravesar sus calles me pasó lo mismo que en todas las demás ciudades de Oriente, de cerca pierden su encanto y no cumplen jamás lo que de lejos prometen.

Hulam, a cuya casa nos dirigíamos, vivía cerca de la Uch Cherifeli, la mezquita de Murad I, por donde pasamos de largo, atravesando el patio en forma de terraza y empedrado de preciosos mármoles. Las veinticuatro cúpulas, sostenidas por setenta columnas, se levantaron con los tesoros de los caballeros de San Juan, que fueron parte del botín en la conquista de Esmirna.

Nos metimos por una callejuela muy animada y nos detuvimos ante un muro de la altura de varios pisos, al cual daba acceso una puerta, que encontramos cerrada. El muro formaba la fachada exterior de la casa que nos había de recibir en hospedaje.

A la altura de un hombre tenía la puerta un agujero redondo al cual se asomó, al llamar Isla, una cara barbuda.

—¿Me conoces todavía, Malhem? —le preguntó el joven comerciante—. ¡Abre!

—¡*Machallah*, Dios obra maravillas! —se oyó desde adentro—. ¿Eres tú, realmente, señor? Entra enseguida.

La puerta se abrió y a caballo penetramos por un pasaje hasta un patio bastante espacioso, rodeado por las galerías interiores de una casa. Todo demostraba en ella

una riqueza no común. El número de criados que vimos pasar corriendo daba también una idea de ello.

—¿Dónde está el amo? —preguntó Isla a un hombre que le saludó con una gran inclinación, y que, como más adelante supe, era el mayordomo de la casa.

—En el *ichlik*<sup>[16]</sup> con sus libros.

—Guía a estos señores al *selamlık* y cuida de que sean bien atendidos. Los caballos deben también quedar bien alojados.

Tomó de la mano a su tío Jacub Afarah y se dirigió al gabinete del dueño de la casa. Los demás fuimos conducidos a un aposento que tenía las dimensiones de una pequeña sala. La parte anterior formaba una galería abierta, sostenida por columnas, y las tres paredes restantes estaban adornadas con máximas del Corán bordadas en oro sobre fondo azul.

No obstante el barro que cubría nuestros vestidos, nos sentamos en divanes de terciopelo verde y cada uno recibió su *narghileh* y el café en tacitas que en lugar de *fingans* estaban sostenidas por trípodes de plata. Todo ello tenía el aspecto de un lujo señorial que nos hizo suponer cuán grandes riquezas poseería el dueño.

Apenas hubimos tomado el café, se presentaron Isla y Jacub con su pariente. Era este hombre de figura muy venerable, majestuosa, con una barba que en lo larga y poblada se parecía a la de Mohammed Emín. La impresión que hacía nos obligó a levantarnos, más bien que la obligada cortesía.

—¡*Salam aaleikum!* —exclamó levantando las manos como para bendecir—. Sed bienvenidos a mi casa y pensad que estáis en la vuestra.

Fue de uno a uno estrechándonos la mano y luego se sentó junto a nosotros con sus dos parientes. Les sirvieron también café y pipas y luego hizo seña a los criados de que se retiraran. Entonces Isla hizo la presentación. Me contempló Hulam largo rato y me tendió nuevamente la mano, reteniendo la mía entre las dos suyas.

—Quizá no sepas aún que ya te conocía, *effendi* —me dijo—. Isla me había contado muchas cosas de ti. Él te quiere y por ese camino has conquistado también mi corazón, aunque no nos hemos visto hasta hoy.

—Señor, tus palabras levantan el espíritu —contesté—. No nos encontramos en el desierto ni en los prados de un pueblo árabe, y por eso no está cierto el viajero de ser bien recibido en todas partes.

—Es verdad, la hermosa costumbre de nuestros padres se va perdiendo cada día más; desaparece de las ciudades y se retira al desierto. El desierto es el lugar en que es natural la necesidad de ayuda; pero Alá hace crecer en él derecha la palma de la fraternidad. En la gran ciudad se siente uno más desamparado que en el Sahara, donde ningún techado roba la vista del cielo de Dios. Tú has estado en el Sahara según me han dicho. ¿No sentiste allí que mis palabras son ciertas?

—Alá está en todas partes cuando el corazón tiene fe en Él. Vive en las ciudades y mira a la *hammada*; vela sobre las aguas y susurra en la oscuridad de la selva; penetra en el interior de la tierra y en los altos espacios; gobierna a la luciérnaga y al

sol brillante; le oímos en el júbilo del placer y en los gritos del dolor; su ojo brilla en las lágrimas de alegría y resplandece en las gotas con que el dolor humedece nuestras mejillas. He visitado ciudades donde viven millones de seres, y he estado en el desierto que mantiene alejada toda vivienda, pero nunca he temido quedar solo, pues siempre he sabido que Dios me tenía de su mano.

—*Effendi*, eres cristiano, pero hombre religioso; merecerías ser musulmán y te honro como si tu doctrina fuese la del Profeta. Isla me ha dicho que venís para darme noticia de una gran pérdida. Habla tú por todos.

—¿No te ha dicho nada más?

—No, pues he querido venir apresuradamente a daros la bienvenida.

—Dime, pues, si vive en tu casa desde hace algún tiempo un extranjero.

—Aquí vive un extranjero, un hombre piadoso, de Konieh, pero que no se encuentra hoy en la ciudad. Ha ido de viaje a Hachi Berga.

—¿De Konieh? ¿Cómo se llama?

—Abd el Myrrhatta es su nombre. Visitó la tumba del gran santo Myrrhatta para cumplir un voto; por esto se llama «Servidor de Myrrhatta».

—¿Por qué vive en tu casa?

—Yo mismo le invité a quedarse conmigo. Quiere fundar en Brusa un gran bazar y hará aquí grandes compras.

—¿Vive algún otro extranjero en tu casa?

—No.

—¿Cuándo volverá?

—Esta tarde.

—Pues esta tarde le prenderemos.

—¡*Allah kerihm!* ¿Qué dices? Ese piadoso musulmán es un hombre como Alá quiere que sean los buenos. ¿Por qué vais a prenderle?

—Porque es un impostor y algo peor aún. Ha sabido que tú eres un piadoso servidor de Alá y para ganar tu confianza se ha puesto la máscara de la piedad. No es otro que el que sacó a Senitza, la mujer de Isla, de casa de sus padres. Que te lo diga él.

Hulam quedó aterrado e Isla le explicó las cosas. Cuando hubo terminado, el viejo comerciante no quería creer aún que se tratara de un gran criminal. No creía que pudiera simularse la piedad de manera tan perfecta.

—Vedle antes y hablad con él —dijo—. Así veréis que os engañáis.

—No necesitamos hablar con él —replicó Osco—; no necesitamos más que verle, pues yo le conozco y le conoce Isla también.

—No es preciso ni verle ni hablarle —añadí yo—. Estoy seguro de que es Barud el Amasat. Abd el Myrrhatta se llamó también Abrahim Mamur en Constantinopla y sospecho que también Hamd el Amasat ha tomado el mismo nombre en Escutari.

—¡Pero mi hospedado puede ser el verdadero Abd el Myrrhatta! —exclamó Hulam.

—Es sin duda posible, pero no probable. Esperaremos, pues, hasta que regrese.

No había nada más que decir ni que hacer. Según la antigua costumbre patriarcal nos dieron a cada uno una habitación y vestidos limpios, que nos pusimos después de tomar un baño. Luego nos reunimos para la comida, que fue proporcionada a la riqueza de la vivienda, y aguardamos con impaciencia la tarde, tratando de acortar el tiempo con la conversación y el juego de ajedrez. No era acertado salir, pues yo tenía por muy probable que Barud el Amasat no hubiera pretendido más que dar un paseo hasta Hachi Berga. Seguramente tenía camaradas en la ciudad, cuya presencia le era algo, más necesaria allí que en el pequeño lugar donde no había nada que hacer para ellos.

Finalmente atardeció y para estar reunidos nos retiramos a la habitación de Isla. Hulam nos había dicho que cenaría con su huésped en el *selamlik*, y acordamos que durante la cena entrarían por sorpresa Isla y Osco, mientras los demás cuidaríamos de que el bandido no pudiera escaparse.

Pasaron dos horas antes que se oyeran en el patio pisadas de caballo; y un cuarto de hora después un criado nos dijo que el señor se había sentado en el *selamlik* para cenar con su huésped. Nosotros bajamos inmediatamente.

La puerta estaba cerrada y el guardián de ella había recibido orden de no dejar salir a nadie. Nos acercamos sin hacer ruido al *selamlik*, alumbrado entonces por una lámpara, y nos situamos detrás de las columnas a cada lado. Allí podíamos oír todo lo que hablaran los dos comensales. Hulam, que estaba con mucha atención, había notado nuestra presencia y dio a su conversación un giro contrario a nuestro propósito. Hízola recaer sobre asuntos de Constantinopla y le preguntó con tal motivo:

—¿Has estado muchas veces en Estambul?

—Algunas —contestó el interpelado.

—¿Conoces algo la ciudad?

—Sí.

—¿Conoces el barrio que llaman Baharive Keni?

—Creo haber oído hablar de él. ¿No está más allá de Igub, a mano izquierda del Cuerno de Oro?

—Sí. Allí ha ocurrido últimamente una cosa interesante, han apresado a toda una banda de ladrones y asesinos.

—¡*Allah 'l Allah!* —exclamó espantado nuestro hombre—. ¿Cómo ha sido?

—Habitaban una casa a la que tenían acceso solamente los que decían la palabra En Nasr, y...

—¡Es posible! —interrumpió el huésped.

En el tono con que fueron pronunciadas estas palabras no se notaba el horror objetivo del oyente desinteresado, sino el espanto subjetivo del partícipe. Me convencí entonces de que aquel hombre era el que buscábamos y a mayor abundamiento me dijo Osco en voz baja:



—Es él; reconozco su cara.

—Pero alguien conoció el santo y seña —prosiguió Hulam— y con su ayuda entró en la casa.

Le contó luego lo acaecido, que el huésped escuchó con extraordinaria tensión. Cuando la relación hubo terminado, preguntó:

—¿Y el *usta* murió efectivamente?

—¿El *usta*? ¿Quién es ese? ¿A quién llaman así? ¡Nunca he oído pronunciar tal palabra!

—Me refiero al jefe, a quien tú has llamado Abraham Mamur.

Por el empleo de la palabra *usta* se había descubierto. Hulam sabía también qué significaba; pero no lo dio a entender, y contestó tranquilamente:

—No, no le mataron; fingió solamente que una bala le había acertado. Pero al día siguiente encontró su merecido, fue arrojado desde la galería de la torre de Calata.

—¿Realmente? ¡Horrible! ¿Y ha muerto?

—Sí, él y un griego llamado Kolettis, que también fue arrojado.

—¿Kolettis? ¡*Ia vaih!* ¿Quién los arrojó?

—Un árabe de Túnez, de la región del Chot Cherid, que tiene una venganza de sangre que cumplir contra un tal Hamd el Amasat. Este Amasat asesinó a un comerciante en Blidah, mató después al sobrino de éste y además al padre del árabe en el *Chot*. El hijo le busca ahora.

—¡*Allah kerihm!* ¡Qué mala gente hay en el mundo! Pero ¿cómo es que nadie sigue la doctrina del Profeta? ¿Encontrará ese árabe a Hamd el Amasat?

—Está sobre sus huellas. El asesino tiene un hermano llamado Barud el Amasat que también es un infame. Robó a la hija de un amigo mío y la vendió luego como esclava. Pero se la arrebataron al comprador, que no era otro que Abraham Mamur, e Isla Ben Maflei, pariente mío, la tomó por esposa. Isla se ha propuesto buscar a Barud el Amasat y castigarle.

Mientras decía todo esto, el huésped había estado cada vez con mayor angustia. Se acabó la cena y su mirada estaba todavía pendiente de los labios de Hulam.

—¿Le encontrará? —preguntó.

—¡Seguramente! No está solo. Están con él Osco, padre de la robada; un médico franco, que libertó a Senitza, un criado suyo y además aquel árabe que lanzó a Abraham Mamur por la torre abajo.

—¿Han encontrado ya sus huellas?

—Conocen el nombre que lleva ahora.

—¿Sí? ¿Cómo se llama?

—Abd el Myrrhatta. También el *usta* se hacía llamar así en Estambul.

—¡Pero ese es mi nombre! —exclamó espantado.

—Sin duda. ¡Alá sabrá cómo han ido a tomar precisamente el nombre de un hombre tan piadoso! ¡Su castigo será doblado!

—Pero ¿cómo han podido saber esas cosas?

—Voy a contártelo. Barud el Amasat tiene un hijo en el convento de los derviches bailadores de Pera. El médico franco se llegó a él y fingió ser uno de los *En Nasr*. El joven se dejó engañar, le dio su nombre y le dijo también que Hamd el Amasat estaba en Escutari, en casa de un comerciante francés llamado Galingré.

El hombre, no pudiendo soportar más la angustia, se levantó y se disculpó:

—Señor, todo eso es tan horrible que me ha quitado las ganas de oír más. Estoy muy cansado del viaje. Permíteme que vaya a acostarme.

Hulam se levantó también, diciéndole:

—Ya sé lo que te pasa. Al que le hacen tragar una relación de sus propias fechorías la angustia le cierra la garganta.

—¿Una relación de mis fechorías? No te comprendo. ¡A ver si vas a creer que porque uno ha tomado mi nombre soy yo ese Barud!

—No lo creo, sino que estoy convencido de ello, ¡infame!

El hombre se encolerizó al instante y exclamó:

—¿Infame me llamas? ¡No vuelvas a hacerlo, si no...!

—Si no ¿qué sucederá? —oí decir casi a mi lado.

Isla se había acercado de un salto a Barud.

—¡Isla Ben Maflei! —gritó éste lleno de confusión.

—Sí, Isla Ben Maflei, que te conoce y a quien no puedes engañar. Y ahora, mira a ese otro lado; también ahí hay otro que tiene que hablar contigo.

Se volvió y vio a Osco delante de él. Comprendió que estaba perdido irremisiblemente si no conseguía escapar a toda prisa.

—¡El chaitán os trae aquí! ¡Id al Gehena!

Diciendo estas palabras dio un empujón a Isla y echó a correr. Había alcanzado ya las columnas; pero Halef estaba allí y le echó la zancadilla, de manera que el criminal cayó de bruces al suelo. Naturalmente, enseguida le atamos y le llevamos otra vez al *selamlík*.

Aquel hombre era un cobarde. Al verse rodeado por tantos, no hizo el menor conato de defenderse y se dejó atar y sentar en el suelo.

—Señor ¿crees aún en la piedad de ese hombre? —preguntó Halef a Hulam—. Quería robarte y escaparse luego.

—Teníais razón —contestó el anciano—. ¿Qué hacemos con él?

Oско extendió la mano hacia el prisionero y dijo:

—Me robó a mi hija y me obligó a salir de mi patria para buscarla, con la rabia y el dolor en el corazón. Me pertenece a mí, pues esa es la ley de las Montañas Negras.

En esto intervine yo.

—Esa ley rige solamente en las Montañas Negras, pero aquí no. Además el príncipe de tu país ha abolido esa ley. Me habéis prometido entregarle al juez, y espero que mantendréis la palabra.

—*Effendi*, los jueces de esta tierra son conocidos —contestó el montenegrino—. Se dejarán sobornar y le darán ocasión para que se escape. ¡Lo reclamo para mí!

—¿Qué harás con él si te lo entregamos? —preguntó Hulam.

Oscó sacó su puñal y contestó:

—Ha de matarle este acero.

—¡No puedo yo permitirlo, pues no ha derramado sangre!

—¡En Estambul pertenecía a una banda de asesinos!

—Precisamente por eso mismo no puedes matarle. ¿Tiene que quedar su hijo sin castigo? ¿Tienen que huir todos los que no fueron apresados, aunque pertenecían a los que usaban la palabra *En Nasr*? Es preciso que éste quede vivo para que los delate.

—Pero ¿quién me asegura que realmente hallará su castigo?

—¡Yo! El hombre a quien llaman Hulam no es el inferior de los habitantes de esta ciudad. Ahora mismo iré al juez para que mande llevárselo y encarcelarlo, y te juro por Alá y el Profeta que cumplirá su deber.

—¡Hazlo, pues! —dijo Oscó con semblante sombrío—. Pero yo te digo que te tendré cogido por tu juramento hasta que esté vengado.

Barud el Amasat fue encerrado en una habitación donde se quedó también para guardarlo el iracundo Oscó. Hulam se fue a casa del juez y esperamos a ver qué contestación traería. Al volver le seguían varios kavases para llevarse al preso. Se hicieron cargo de él, y al vernos solos pudimos acostarnos con la conciencia tranquila por haber librado al noble Hulam de un gran peligro y haber hecho inofensivo a un mal sujeto.

Como las sentencias de los cadíes no se hacen esperar mucho, determinamos aguardar a que fuera pronunciada. Teníamos tiempo de recorrer la ciudad detenidamente.

Visitamos las mezquitas de Selim y de Murad e igualmente una *medrese* turca; luego vagamos por el renombrado bazar de Alí-bajá y finalmente hicimos una excursión en barca por el Maritza, junto al cual se asienta la ciudad. Al mediodía volvimos a casa y encontramos el aviso que nos daba el cadí para comparecer al juicio. A las nueve, hora turca, o sea a las tres de nuestro reloj, nos presentamos ante el juez.

## CAPÍTULO 6

### Otro sospechoso

La audiencia era pública y se había congregado mucha gente. Cada uno de nosotros tuvo que hacer su declaración teniendo al preso sentado en el banquillo. Cuando todos hubimos declarado, el *kadí* preguntó al acusado:

—Ya has oído lo que dicen estos hombres. ¿Es verdad o no?

El acusado no contestó; el *kadí* esperó un instante, y prosiguió luego:

—No tienes nada que decir para rechazar la acusación de estos hombres, y por tanto eres culpable de lo que te acusan. Como perteneces a la banda de criminales que cometió sus delitos en Estambul, allí te llevarán y allí sabrás también el castigo que mereces por el robo de la joven; mas por haber osado intentar la realización de un delito aquí, en Andrinópolis, te mandaré dar cien palos en la planta de los pies. ¡Y eso va a ser al instante!

Hizo señal a los kavases que estaban allí cerca y les ordenó:

—Traed la plancha y los palos.

Dos de ellos se alejaron para buscar los instrumentos de castigo.

Además de nosotros y los funcionarios había público muy numeroso, que se había congregado para presenciar la ejecución de la sentencia. En aquel instante se observó en el público un movimiento que, aunque no tenía importancia, no podía escapársele a un observador prevenido. Un hombre penetró pausada, aunque tenazmente, desde atrás hacia adelante. Mi mirada cayó sobre él. Era alto y seco y llevaba traje búlgaro, pero me pareció que no lo era. Su cuello largo, su nariz de halcón, su cara alargada y estrecha, con los bigotes caídos, el pecho extraordinariamente abombado, todo ello hacía sospechar que era armenio, más que búlgaro.

¿Por qué quería colocarse en primera fila aquel hombre? ¿Lo hacía por mera curiosidad o tenía quizá un objeto especial? Determiné observarle con atención sin que él lo notara.

Los kavases volvieron. Uno de ellos traía algunos de aquellos ominosos bastones para el apaleo de los pies; el otro un madero con lazos de cuerda de cáñamo para sujetar bien los brazos del condenado. En la parte posterior había un sencillo aparato para sostener levantadas las piernas, de manera que las plantas de los pies quedaran en posición horizontal.

—Quitadle el vestido y los zapatos —ordenó el *kadí*.

Los kavases se acercaron para ejecutar la orden y entonces el reo hizo señal de que quería hablar.

—¡Alto! —gritó—. ¡Yo no dejo que me apaleen!

El *kadí* contrajo las cejas.

—¿No? —preguntó—. ¿Quién me lo impedirá?

—¡Yo!

—¡Perro! ¿Así te atreves a hablar? ¿Quieres que te mande dar doscientos palos en lugar de cien?

—¡No me darás uno solo! Has dicho y preguntado muchas cosas; pero te has olvidado de lo más importante. ¿Te has enterado de quién soy?

—No me importa. Eres asesino y ladrón, con eso basta.

—Hasta ahora no he confesado nada; pero en ningún caso puedes ordenar que me apaleen.

—¿Por qué?

—Porque no soy musulmán, sino cristiano.

Mientras decía estas palabras yo había observado al extranjero que se acercaba. Se guardó muy bien de hacer ningún movimiento que le descubriera o suscitara sospechas de que estuviera en relación con el acusado; pero su semblante, su mirada y toda su actitud se dirigían a mostrarse a los ojos del reo y a inspirarle ánimo.

El *kadí* no ocultaba la impresión que le habían hecho las palabras del bandido.

—¿Conque eres yaúr? —preguntó—. ¿Acaso franco?

—No; soy armenio.

—¡Pues eres súbdito del Padichá a quien Alá conceda mil vidas! Por consiguiente, puedo mandarte apalear.

—Te equivocas —contestó el armenio, mientras se esforzaba en tomar un continente grave y dar a su voz una expresión orgullosa—. No estoy bajo el dominio del sultán ni bajo la protección del patriarca. Soy armenio de nacimiento; pero me he hecho cristiano evangélico y he sido intérprete en la embajada inglesa. En este momento soy ciudadano inglés, y te advierto la responsabilidad que cae sobre ti si me tratas como a un súbdito del Gran Señor y me mandas dar un solo palo.

En el rostro del *kadí* se manifestó gran desconsuelo. Se había propuesto complacer con todas sus fuerzas al influyente Hulam, tan considerado en Andrinópolis, y estimaba que la declaración del armenio le ataba las manos.

—¿Puedes demostrarlo? —preguntó.

—Sí.

—Demuéstralo, pues.

—Pregunta a la embajada inglesa de Estambul.

—No soy yo, sino tú quien ha de aprontar las pruebas.

—Yo no puedo, puesto que estoy preso.

—Pues enviaré un mensajero a Estambul; pero los cien palos se duplicarán si me has engañado.

—Yo digo la verdad; pero aun en el caso de que no pudiera demostrarlo, no me mandarías apalear ni pronunciarías sentencia contra mí. Tú eres un *kadí*; pero yo pido ser enviado ante una *mevlevit*<sup>[17]</sup>.

—Yo soy tu *mevlevit*.

—Eso no es cierto. Yo pido ser juzgado por el *Bilad i Kamse Mollatari*.<sup>[18]</sup> Y aun en caso de que tenga que declarar ante uno de los *kasi*<sup>[19]</sup>, no tiene que componerse éste de un solo hombre, sino de un *kadí*, un *muftí*, un *naíb*, un *ayak naíb* y un *bach kiatib*.

Los funcionarios que el armenio había mencionado eran, según el orden seguido por él: juez, fiscal, fiscal suplente, lugarteniente civil y escribano.

El *kadí* puso una cara realmente enojada, la rabia le hacía echar centellas por los ojos.

—¡Hombre! —exclamó—. Veo que conoces muy bien las leyes y el orden de los procesos y que has tenido trato con ellos. ¡Ya cuidaré yo de que el castigo sea tres veces mayor!

—Haz lo que quieras, pero verás como no lo logras. En nombre del embajador de la Gran Bretaña protesto contra los golpes que has intentado darme.

El confuso *kadí* nos miró uno a uno, y dijo luego:

—La ley me obliga a escuchar tus palabras; pero no creas que con eso tome tu causa un rumbo mejor. Eres un asesino y lo pagarás con la cabeza. Llévadle otra vez a la cárcel y guardadle diez veces más severamente que a los demás presos allí custodiados.

Mientras se llevaban al armenio lanzó éste una mirada de triunfo e inteligencia al extranjero, quien le contestó con otra semejante, sin que nadie, excepto yo, lo notara.

¿Había de llamar la atención del *kadí* sobre aquel hombre? ¿De qué me serviría? Aunque fuera para el preso algo más que simple conocido, no había razón alguna para detenerle. Y aunque esto pudiera hacerse, era de esperar que no se descubrirían uno al otro. Como no me parecía el *kadí* hombre muy apropiado para tratar con gente tan taimada, determiné yo encargarme en silencio de aquel hombre.

La audiencia terminó y los espectadores se alejaron. El *kadí* se acercó a Hulam para disculparse, y Osco, el montenegrino, se volvió a mí con enfado:

—¿No te he dicho, *effendi*, que sucedería así?

—No esperaba que las cosas tomaran ese giro —le contesté—. Es verdad que yo no soy *kadí* ni *muftí*, pero creo que el juez no podía obrar de otra manera.

—¿Ha de preguntar a Estambul si este hombre dice o no la verdad?

—Sí.

—Pero ¿cuánto tiempo durará esto?

—Sea el que fuere hay que conformarse.

—¿Y si realmente es súbdito inglés?

—Recibirá de igual modo su castigo.

—¿Y si no lo es?

—En tal caso habrá engañado al *kadí* y éste procurará que la sentencia sea lo más dura posible. Además, no creo una palabra acerca de la calidad de súbdito inglés que proclama.

—¡Oh, con todo, es posible! ¿A qué iba a inventar una mentira como esa?

—En primer lugar, para librarse del apaleo y luego para ganar tiempo. Hay que hacer entender al *kadí* que se debe vigilar a ese hombre del modo más estrecho. En casa de Hulam nos volveremos a ver luego.

El extranjero que yo tuve por armenio había salido entretanto. Quise averiguar quién era y le seguí. Andaba con pausa y reflexionando y así le seguí durante diez minutos.

En esto volvió la cara rápidamente y me vio. Naturalmente, durante el juicio había hecho yo un gran papel, y como me había visto allí me conoció enseguida. Siguió adelante, pero torció luego por una callejuela lateral muy estrecha.

Yo determiné no perderle de vista y adopté el andar y la actitud de un hombre que se ocupa únicamente en sus cosas y no fija la atención en nadie.

Había recorrido la mitad de la callejuela, cuando se volvió otra vez. Notó mi presencia y esto seguramente le llamó la atención. Así anduvo por varias calles y callejuelas, volviéndose varias veces, sin que yo le quitara ojo de encima. En el celo de la persecución me era indiferente ya que conociera que le perseguía. La circunstancia de que se recatara de mí reforzó mi convicción de que no podía alabarse de tener la conciencia muy tranquila.

Al fin revolvió una esquina y al llegar yo un instante después a ella, le encontré detrás de la misma. Me miró con ojos llameantes y me preguntó:

—¿Me persigues quizá?

Me detuve delante de él, le miré fijamente y contesté:

—¿Qué te importa a ti lo que hago yo?

—¡Mucho! Parece que sigues mi propio camino.

—Pues mejor para ti, pues el camino que yo sigo es honrado.

—¿Quieres decir acaso que el mío no lo es?

—Yo no conozco tus caminos ni tengo nada que ver contigo.

—Así lo espero —contestó con ironía—; por eso ahora irás tú delante.

—Me es igual —le contesté.

Seguí andando sin volverme a mirarle; pero mis oídos estaban bastante ejercitados para no dejarme engañar. Oí que andaba detrás de mí, y luego sus pasos se alejaron.

Cuando dejé de oírlos, me volví atrás corriendo. ¡Efectivamente! Le vi bajar a toda prisa la calle y torcer por una callejuela. Le seguí de manera que no pudiera verme y llegué a la próxima esquina en el momento preciso en que torcía él por otra calleja.

Naturalmente, segundos después estaba yo en ella y le vi que se dirigía de prisa hacia el *charchía*<sup>[20]</sup> de Alí-bajá.

El hombre pensaba, naturalmente, que entre la muchedumbre del bazar perdería yo sus pasos, si todavía le siguiera. Pero yo lo prefería así, pues el gentío me daría ocasión de acercarme mucho a él sin que lo notara.

Así sucedió. Permanecí siempre cerca de él, a pesar de que cambió más de diez

veces de dirección. Finalmente llegamos al bazar de ropas. Se dirigió a una posada de arrieros que había allí cerca y traspasó el portal. Allí no podía escapármese, pues era de suponer que la posada no tendría otra salida.

Lo que me faltaba saber era si vivía allí o si había entrado con otro objeto. Cuando me detuve para observarle me convencí de esto último. Se quedó detrás de la puerta y le vi que observaba la plaza sin duda para ver si yo pasaba.

En esto se me ocurrió una idea. Me acerqué al primer traficante, y le dije:

—¡*Salam aaleikum!*

—¡*Aaleikum!* —contestó cortésmente.

—¿Tienes un paño azul para turbante? —le pregunté.

—Sí, *effendi*.

—¿Y un *mahluta*<sup>[21]</sup>?

—Tantos como quieras.

—Llevo prisa. Quiero solamente que me prestes las dos cosas. Date prisa y dame solamente el manto y el paño. Aquí está mi reloj; aquí están mis armas; además te dejo mi caftán y quinientas piastras. Todo ello es garantía bastante de que te volveré estas prendas.

Me miró muy sorprendido. Una cosa así no le había pasado nunca.

—*Effendi*, ¿por qué haces eso? —me preguntó.

Para no perder tiempo se lo dije.

—Persigo a un hombre que me conoce, pero es preciso que no me reconozca —contesté—. ¡De prisa, que si no se me escapa!

—¡*Allah 'l Allah!* ¿Eres un *guizli aramdji*<sup>[22]</sup>? —me preguntó.

—¡No preguntes, sino date prisa! —le ordené—. ¿No sabes acaso que debes tus servicios al Gran Señor cuando se trata de perseguir a un delincuente?

Entonces creyó en efecto que era yo un kavás disfrazado. Me quité el caftán, me eché el manto sobre los hombros y me puse el paño en la cabeza como un turbante. Una vez que di como prenda los objetos mencionados, me acerqué a la puerta de la posada para aguardar allí.

No había perdido de vista al armenio, que estaba aún detrás de la puerta espiando. El *geyinchi*<sup>[23]</sup> siguió con los ojos la dirección de mi mirada. Notó en quién estaba fija y me preguntó:

—*Effendi*, ¿te refieres al hombre que está allí, en la puerta?

—Sí.

—¿El que hace un momento ha pasado por aquí y me ha saludado?

—No lo he visto. ¿Eres conocido suyo?

—Sí, le he comprado ropa. ¿Crees tú que es delincuente?

—Eso es lo que quiero saber. ¿Cómo se llama?

—Eres un servidor del Padichá y por eso quiero portarme fielmente contigo. Dime qué es lo que deseas saber.

—¿Eran nuevas las ropas que le compraste?



—No.

—¿Es decir que no es *tarzi*<sup>[24]</sup>?

—¡Oh, no! He tenido grandes pérdidas con él. Los trajes que le compré eran muy baratos, pero tuve que devolverlos casi todos, pues eran de hombres que habían sido asaltados en la calle y despojados.

—¿Y no se le ha castigado?

—Es extranjero y no se le encontró; y luego, cuando al volver a la ciudad se le detuvo, le dejaron libre sin castigarle, porque soltó dinero.

—¿Quién es?

—Viste como los búlgaros, pero es armenio y se llama Manaj el Barcha.

—¿Sabes dónde vive?

—En Uskub es el arrendatario del *charach*<sup>[25]</sup>. Los armenios se han apoderado de muchas contribuciones.

—¿Y cuando está aquí dónde para?

—Cuando está en Edreneh tan pronto vive en una parte como en otra; pero casi siempre en el *meham*<sup>[26]</sup> del *hanchía*<sup>[27]</sup> Doxati.

—¿Dónde está eso?

—En la casa de al lado del metropolitano griego.

Tampoco sabía yo donde estaba éste, pero tenía que fingir por lo menos que conocía un poco la ciudad. En aquel mismo instante el armenio salió del *serai* y yo le seguí después de despedirme del traficante con un breve saludo.

Era indudablemente una circunstancia feliz haber encontrado a alguien que conociera tan bien a aquel Manaj el Barcha. ¡Quién sabe cuánto tiempo habría tenido que buscar y preguntar antes que mis pesquisas hubieran dado con una pista!

El armenio siguió su camino volviéndose algunas veces; pero no se le ocurrió pensar que fuese yo el hombre que le perseguía y que incluso le había hablado. No necesitaba vigilarle tan de cerca como antes y vi finalmente que entraba en una casa con todo el aspecto de posada.

Cerca de allí tenía su puesto un castaño. Le compré un puñado de su mercancía y mientras me la daba le pregunté:

—¿Sabes quién vive en esa gran casa, la de la izquierda?

—El metropolitano griego, *effendi*.

—¿Y en la de al lado?

—Un hostelero búlgaro, llamado Doxati. ¿Quieres vivir en su casa? Es barata y se está muy bien.

—No; yo busco al hostelero Marató.

—A ese no le conozco.

Para que mis preguntas no le llamaran la atención le había dicho el primer nombre que me vino a los labios. Luego me alejé, pues ya sabía lo bastante. Lo que había que hacer después ya se vería, pues lo principal era que el preso no se escapara. Averiguar en qué relaciones estaba Manaj el Barcha con él no era seguramente cosa

fácil; pero tenía que intentarse de alguna manera.

Grabé bien en la memoria la posada del búlgaro para que en caso de necesidad pudiera hallarla aun de noche, y volví a casa de Hulam.

## CAPÍTULO 7

### La fuga del bandido

**h**acía ya mucho tiempo que me esperaban. El rumbo tomado por las actuaciones judiciales era muy desagradable para todos, y no se habían podido explicar mi repentina ausencia.

—*Sidi* —me dijo mi pequeño Hachi Halef Omar—, he pasado grandes cuidados por ti.

—¿Cuidados por mí? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Eso preguntas? —exclamó muy asombrado—. Pues ¿no sabes aún que soy tu amigo y defensor?

—Ya lo sé, mi buen Halef.

—Pues como amigo has de decirme siempre adónde vas, y como defensor tienes que llevarme contigo.

—No podía emplearte esta vez.

—¿Que no podías emplearme? —preguntó Halef, pasándose la mano por los trece pelos de su bigote—. Has podido hacerlo en el Sahara, en Egipto, en el Tigris, entre los «adoradores del diablo», en el Kurdistán, en las ruinas cuyo nombre no me acude ahora a la memoria, en Estambul y en todas partes, ¿y aquí no puedes utilizarme? No lo creo. ¿No sabes que aquí hay tantos peligros como en el Sahara o como en el valle de las Gradas, donde apresamos tantos enemigos?

—¿Por qué?

—Porque aquí, entre tanta gente, no sabe uno quién es su enemigo. ¿Es que tú te figuras que yo no sé qué te has ausentado por causa de un enemigo nuevo?

—¿De dónde te ha venido esa idea?

—Yo sigo siempre tus ojos y veo lo que hacen.

—Pues ¿qué han hecho?

—En casa del *kadí* se han fijado en un búlgaro que no es búlgaro. Al salir él te has marchado tú también al momento.

—En efecto, Halef, has observado bien.

—¡Oh, *sidi*! —exclamó con orgullo—. ¿Te acuerdas de cuando cabalgábamos por el Vadi Tarfani y tú observaste las *darb*<sup>[28]</sup> de los asesinos?

—Sí, me acuerdo.

—Yo me burlé de ti, porque querías leer en la arena. Entonces era yo lo que los turcos llaman un *ahmak*<sup>[29]</sup>; pero me tenía por extraordinariamente astuto.

—¡Ah! Desde entonces has aprendido mucho, ¿no es verdad?

Se confundió algún tanto. No quería confesar tan claramente que el protector había aprendido algo del protegido, y como al mismo tiempo no podía negarlo,

contestó para no dejar tan claramente descubierto su flanco:

—Nos hemos enseñado uno a otro, *sidi*. Lo que tú sabías lo he aprendido de ti y lo que yo sabía lo has aprendido tú. Así hemos venido a ser astutos, tan vivos, que Alá y el Profeta se gozan en nosotros. Si no fueras cristiano, sino creyente, ese gozo sería mil veces mayor.

—Lo que dices tiene que ser sometido a prueba. Hoy mismo vamos a ver si eres realmente tan astuto como te figuras.

Sus ojillos brillaban casi coléricos.

—*Sidi* —me dijo—, ¿quieres ofenderme? He sido para ti criado fiel, desde que te conozco. Te he protegido en todos los peligros de tu cuerpo y de tu alma. Soy tu amigo y tu protector, pues te quiero tanto que ya no sé a quién pertenece mi corazón, si a ti o a Hanneh, la flor de las mujeres. Contigo he sufrido hambre y sed, he sudado y me he helado; he combatido contigo y por ti, sin que ningún enemigo haya logrado verme la espalda, pues habría sido una vergüenza abandonarte. ¡Y ahora quieres poner a prueba mi astucia! Eso sólo ¿no significa ya una ofensa? ¡*Sidi*, un puntapié no me habría dolido más que tus palabras!

El bravo hombrecillo hablaba formalmente y observé que sus ojos se humedecían. Naturalmente, mi intención no había sido ofenderle ni agraviarle, y así le puse las manos en los hombros para tranquilizarle, diciendo:

—Nunca he tenido tal propósito, mi buen Halef. Quise decir que precisamente ahora se presenta una ocasión magnífica de poner en práctica tu talento.

Enseguida mudó de opinión.

—Dime cuál es el asunto, *sidi* —me contestó—, y verás si soy digno de tu confianza.

—Se trata del hombre a quien he estado observando durante el juicio. Juraría que es un...

—¡Un camarada del preso! —me interrumpió Halef para demostrarme que no solamente había adivinado mi pensamiento, sino que también él había hecho la misma observación.

—Así es —contesté yo.

—Quizá tenga intención de socorrerle.

—No tengo duda alguna. Ese Barud el Amasat sólo puede hallar su salvación en la fuga y quien quiera salvarle le ha de facilitar los medios de escaparse. Ese hombre le dirigía miradas tranquilizadoras para infundirle ánimo, y no lo ha hecho seguramente sin un objeto determinado.

—¿Le has seguido para saber donde vive?

—Sí. Sé también su nombre y su oficio.

—¿Qué es?

—Se llama Manaj el Barcha, es recaudador de contribuciones en Uskub y cuando viene a Andrinópolis se aloja en casa del *hanchía* Doxati.

—¡*Ia Allah!* Ya presumo de qué manera he de poner en práctica mi astucia.

—¿Lo has adivinado realmente?

—Sí, he de vigilar a ese Manaj el Barcha.

—¡Muy bien!

—Pero solamente puedo hacerlo viviendo en casa de Doxati.

—Irás allí tan pronto como anochezca. Yo iré contigo para enseñarte la casa.

En esto se nos acercó Osco, el montenegrino, y me dijo:

—También yo estaré de guardia.

—¿Dónde?

—Delante del *zindán*<sup>[30]</sup> donde se halla el preso.

—¿Crees que sea necesario?

—Lo mismo me da que lo sea como que no lo sea. Vendió a mi hija como esclava y me ha hecho padecer mucho. Ha merecido mi venganza. Tú eres cristiano y has dicho que la venganza pertenece a Dios, por lo cual he hecho tu voluntad entregando a Barud el Amasat en manos del *kadí*. Si quiere librarse del castigo de éste, yo he de vigilar para que no se me escape a mí. Os dejo aquí y os haré saber enseguida lo que observe si ocurre algo importante.

Dichas estas palabras se alejó sin atender poco ni mucho a nuestras advertencias.

Halef arregló sus cosas y montó a caballo. Quería aparentar que acababa de llegar a Andrinópolis. Yo fui a pie guiándole hasta cerca del mesón y aguardé hasta que hubo entrado en él. Luego volví al bazar para cambiar mi traje.

Al volver a casa de Hulam, había anochecido. Hulam nos propuso visitar un baño donde había un buen café, *karaschekler*<sup>[31]</sup> y los excelentes y famosos helados de Andrinópolis llamados *aisvasperverdesi*, y cumplimos su deseo.

Sobre los baños turcos se ha escrito tanto, que toda descripción estaría de más aquí. Las sombras chinescas que vimos después del baño no eran cosa del otro jueves y los helados podían ser excelentes, pero a mí no me gustaban.

Al salir del *hamam*<sup>[32]</sup> la noche era tan deliciosa que resolvimos dar un paseo. Dejamos la ciudad al Oeste y nos paseamos por la orilla del Avda, que desagua allí en el Maritza.

Era ya tarde cuando regresamos. Debía de faltar una hora para la medianoche, pero ésta era muy clara. No habíamos llegado aún a la ciudad cuando nos salieron al encuentro tres jinetes. Dos de ellos montaban caballos blancos y el otro uno castaño. Pasaron por nuestro lado al galope sin hacernos caso.

Uno de los jinetes hizo a los otros una observación que yo oí, y me quedé parado.

—¿Qué es eso? —me preguntó Isla—. ¿Sabes quiénes son?

—No; pero esa voz no me es desconocida.

—Seguramente te engañas, *sidi*. Hay voces que se parecen mucho.

—Es verdad y eso me tranquiliza. De otra manera creería que esa voz es la de Barud el Amasat.

—¡Entonces tendría que haberse escapado!

—Naturalmente; pero eso es imposible.

—Si fuera así habría tomado la ancha carretera de Filibé<sup>[33]</sup> y no habría elegido camino solitario e inseguro.

—Precisamente éste es un camino a propósito para un fugitivo, más seguro para él que la concurrida carretera de Filibé. Su voz era exactamente igual a la de ese bandido.

Me parecía como si una corazonada me dijera que no me había equivocado. Aceleré el paso y los demás tuvieron que seguirme. Al llegar a casa hacía rato que nos aguardaba Osco a la puerta.

—¡Por fin, por fin! —gritaba—. Os he esperado con ansiedad, me parece que ha sucedido algo.

—¿Qué? —le pregunté anhelante.

—Al oscurecer estaba yo a la puerta de la cárcel. En esto se ha presentado un hombre y ha pedido que le abrieran. Ha entrado y al poco rato ha salido con dos más.

—¿Los has conocido?

—No; pero he oído decir a uno: «¡Esto ha ido más de prisa de lo que yo pensaba!». He sospechado algo y los he seguido, pero al revolver una esquina los he perdido de vista.

—¿Y luego?

—Luego he venido aquí para contaros lo ocurrido.

—Bien; vamos a convencernos enseguida. Hulam conviene que venga; los demás podríais quedaros.

Fuimos a la calle donde Doxati tenía su posada. La puerta estaba abierta todavía y no hubo necesidad de llamar. Primeramente se encontraba una estancia común que daba al patio, pero que no tenía ventana alguna a la calle. Sin salir de allí ordené a un criado de los que allí estaban que llamara al hostelero.

Doxati era un hombrecito pequeño, de rostro griego muy marcado. Me hizo una gran reverencia y contestó a cuanto le fui preguntando.

—¿Ha venido esta tarde un huésped? —le pregunté.

—Varios, señor —contestó.

—Me refiero a un hombre bajito, que vino a caballo.

—Está aquí. Tenía la barba tan clara como la cola de una gallina vieja.

—Hablas de él con muy poco respeto; pero será el que yo busco. ¿Dónde está?

—En su *oda*<sup>[34]</sup>.

—Llévame allí.

—Vamos, señor.

Yendo yo delante salimos al patio y subimos después una especie de escalera. Arriba, a la luz de una lámpara, vi varias puertas. El huésped abrió una; pero el cuarto, donde ardía también una luz, y no contenía otra cosa que una estera vieja, estaba vacío.

—¿Es ésta su habitación? —pregunté.

—Sí.

—¡Pero no está!

—Alá sabe dónde estará.

—¿Dónde está su caballo?

—En el establo, que está en el segundo *avlu*<sup>[35]</sup>.

—¿Estaba esta noche con los otros huéspedes?

—Sí; pero luego ha estado mucho tiempo abajo, en la puerta.

—Además busco a otro hombre, que se llama Manaj el Barcha. ¿Le conoces?

—¿Por qué no he de conocerle? Hoy ha estado en mi casa.

—¡Hola! ¿Ha estado? ¿Ya no está, entonces?

—No; se ha marchado.

—¿Solo?

—Con dos amigos.

—¿A caballo?

—Sí.

—¿Qué caballos eran?

—Dos blancos y uno castaño.

—¿Hacia dónde han tomado?

—Hacia Filibé, para ir luego a Sofía.

—¿Has conocido a los otros dos?

—No; se ha marchado solo y ha venido luego con ellos.

—¿Había traído él los caballos?

—No, el castaño solamente. Los dos blancos se los he vendido yo casi al anochecer.

Entonces supe con certeza que mis oídos no se habían engañado, Barud el Amasat se había escapado, con ayuda de Manaj el Barcha. Pero ¿quién sería el tercero? Quizá un carcelero que habría dejado escapar al preso, y a causa de esto se veía obligado a huir. Seguí interrogando:

—El hombre por quien te he preguntado antes ¿no los ha seguido?

—No.

—¿Lo sabes de cierto?

—Muy cierto, yo estaba a la puerta al irse los otros.

—A ver, vamos a ver el caballo.

Volvimos al patio y desde allí por un corredor abovedado me condujo a un edificio de baja techumbre. El olfato me dijo desde luego que aquello era un establo, una de cuyas puertas abrió el mesonero. Estaba a oscuras; pero un ligero resoplido me indicó que había un caballo.

—Han apagado la luz —dijo Doxati.

—¿Es que la había?

—Sí.

—Los caballos de Manaj el Barcha ¿estaban también aquí?

—Sí; yo estaba cuando han venido a buscarlos.

—Encendamos, pues.

Saqué una cerilla y encendimos el viejo farol que colgaba de la pared. Reconocí el caballo de Halef y junto a él vi un envoltorio informe hecho con un caftán y atado fuertemente con cuerdas. Corté las cuerdas y separé el caftán. Dentro estaba mi pequeño Hachi Halef Omar, el cual, al verse libre, dio un salto y cerrando los puños gritó:

—¡*Allah 'l Allah! Sidi*, ¿dónde están los perros que me han asaltado, los hijos de perros y nietos de hijos de perro que me han envuelto y atado?

—¡Tú lo sabrás!

—¿Yo? ¿Cómo puedo saberlo si he estado atado, como el Corán sagrado que pende en Damasco de una cadena de hierro?

—¿Por qué te has dejado atar? —le pregunté.

Me miró muy sorprendido.

—¿Eso preguntas? Tú me has mandado aquí para...

—Para sufrir un examen de astucia —le interrumpí—. ¡No has salido muy airoso!

—¡*Sidi*, no me agravies! Si tú hubieras estado presente me dispensarías.

—Es posible, pero no probable. ¿Sabes tú que Manaj el Barcha se ha escapado?

—Sí, ¡el chaitán le devore!

—¿Y Barud el Amasat con él?

—Sí, ¡el Gehena se lo trague!

—¿Y que tú tienes la culpa de todo?

—¡No, eso no lo sé; eso no es verdad!

—Habla, pues.

—Voy enseguida. Al venir a este *hanchía* de Doxati, ese que está aquí, abriendo la boca como si fuera el chaitán que ha de tragarse a Manaj el Barcha, oí decir a éste que tenía tres caballos porque al caer la tarde había comprado dos. Le vigilé y vi que salía de la posada.

—¿Sospechabas tú lo que intentaba?

—Sí, *sidi*.

—¿Por qué no le seguiste?

—Pensé que iría a la cárcel, pero yo sabía muy bien que Osco estaba al acecho.

—¡Hum! Verdad es eso.

—¿Ves como me vas dando la razón, *sidi*?

En la voz del pequeño *hachi* se notaba que se le había quitado algo del peso que le abrumaba. Luego prosiguió:

—Yo sospeché que quería libertar al preso; pero sabía también que necesitaba sus caballos. Debía volver, pues, al establo, y aquí me he escondido para sorprenderlos.

—¿Escondido? No era necesario. Hubieses enviado por algunos kavases o los hubieses llamado tú mismo. Eso era lo más propio.

—¡Oh, *sidi*, lo más propio no es siempre lo más bonito y yo creía que lo más bonito era coger yo solo a los tres bandidos!



—Pues ahora hemos de sufrir las consecuencias.

—Alá los pondrá en nuestras manos. Yo esperaba, pues. Vinieron tres y me preguntaron qué se me ofrecía; pero apenas me vio Barud el Amasat me reconoció, pues en el juicio ante el *kadí* yo había declarado como testigo. Se entabló una pelea. Yo me defendí con todas mis fuerzas y llegué a romperle los vestidos a Barud; pero quedé agotado.

—¿Por qué no te has servido de las armas?

—Porque seis brazos me tenían cogido y yo no tengo más que dos. Si Alá me hubiese prestado seis brazos, me habrían quedado cuatro para las armas. Por fin, vencido me echaron al suelo, me envolvieron en mi caftán y me ataron. Desde entonces he estado aquí hasta que tú has venido. Eso es lo que ha pasado.

—¡Qué desgracia, Hachi Halef Omar, qué desgracia!

—*Sidi*, también yo querría gritar ¡*vai, vai!* Pero eso no remedia nada. ¡Se han escapado! Si eso hubiera pasado en el Desierto sería fácil encontrar sus huellas; pero aquí, en la gran Edreneh, será imposible.

—Yo conozco sus huellas; yo sé donde están.

—¡*Hamdulillah!* ¡Alabado sea Alá que te ha dado inteligencia, la que...!

—La que hoy no has tenido tú —le interrumpí—. Las huellas de un hombre no son el hombre mismo. Pero, a ver, acerca el farol. ¿Qué hay aquí?

Halef se agachó y levantó un jirón de ropa bastante grande. Lo miró y dijo:

—Es un pedazo del caftán de Barud el Amasat, que yo le he arrancado. Aquí está el bolsillo.

—¿Hay algo dentro?

Metió la mano y dijo:

—Un pedazo de papel, aquí está.

Lo examiné a la luz del farol y lo abrí. Había sido un trozo de carta pequeña pero provista de un gran sello. En el pedacito de papel había tres líneas cortas, escritas en árabe y con letra tan pequeña, que ni a la luz del farol pude leerlas. Me guardé, pues, la cartita en el bolsillo y busqué otros restos del combate; pero no había nada más.

Incomprensible era que aquellos hombres hubieran dejado a mi Halef el cuchillo y las dos pistolas que llevaba al cinto. El rifle lo había visto yo arrimado a la pared en un rincón de su cuarto.

—¿Había alquilado también una habitación en tu casa ese Manaj el Barcha? —pregunté al hostelero, que lleno de confusión miraba y escuchaba todo aquello.

—Sí —contestó.

—¿Ha estado a menudo en tu casa?

—Sí.

—Así ¿le conoces bien?

—Sí. Se llama como tú dices y es recaudador de contribuciones.

—¿Dónde reside?

—En Uskub; pero sale mucho fuera de su casa. Ha tomado en arriendo la

cobranza de muchos pueblos y por esa razón viaja mucho para cobrar las contribuciones.

—Llévanos al cuarto que ha ocupado.

Así lo hizo. Yo había esperado encontrar allí algún indicio, pero no se veía nada que permitiera hacer ninguna deducción. El encargo dado a Halef estaba cumplido, pero, infortunadamente, con escaso fruto; y así le envié a casa con su caballo. Se fue al trote, muy abatido y profiriendo maldiciones entre los pelos de lo que él llamaba barba. Hulam me indicó que fuéramos enseguida a ver al *kadí*. Hasta entonces el anciano no había pronunciado una palabra; pero luego exclamó:

—¡*Ketir, ketir!*<sup>[36]</sup> ¿Quién lo hubiera creído posible? Si no hubiéramos ido al baño y nos hubiéramos quedado en casa, Osco nos habría encontrado a tiempo de evitar la fuga de esos criminales.

—¿Qué le hemos de hacer? Tenía que ser así.

—Pero ¿qué haremos en casa del *kadí*? ¿Podrá remediarlo él?

—Debemos avisarle lo sucedido; además de que únicamente con su auxilio podremos probar que el preso no está en la cárcel.

—El *kadí* dormirá a estas horas.

—Le despertaremos.

—¿Lo consentirá él?

—Tendrá que consentirlo.

Según nos dijeron el juez dormía ya y tuve que valerme de algunas palabras fuertes para conseguir que fueran a llamarle. Luego nos hicieron entrar. Nos recibió el *kadí* con semblante amable y nos preguntó qué queríamos.

—Hemos entregado a Barud el Amasat en tus manos —contesté yo en tono no muy placentero—. ¿Has cuidado tú de que fuera bien vigilado?

—¿Has venido solamente para hacerme esa pregunta?

—Deseo conocer tu respuesta.

—El preso está bien custodiado, podéis iros.

—No somos nosotros los que podemos irnos; el que ha podido irse es el preso.

—¿Quién dices?

—El preso.

—¡*Allah akbar!* Dios es grande; Él te comprende sin duda; pero yo no comprendo tus palabras.

—Más claro, Barud el Amasat se ha escapado de la cárcel.

## CAPÍTULO 8

### Preso y maniatado

Saltó el *kadí* del cojín en que estaba sentado y sobre el cual seguramente había dormido.

—¿Qué dices? —preguntó—. ¿Qué se ha escapado?

—Sí.

—¿Escapado? ¿Se ha escapado el *zindán*?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque le hemos encontrado.

—¡*Ia Allah!* ¿Por qué no le habéis cogido?

—Porque no le hemos conocido.

—Entonces ¿cómo sabéis que era él?

—Lo hemos averiguado después. Le ha puesto en libertad un tal Manaj el Barcha.

—¡Manaj el Barcha! ¡Oh, a ese le conozco yo! Había sido recaudador de contribuciones y vivía en Uskub; pero ya no lo es. Ese vive en la montaña.

Vivir en la montaña significaba que había tenido que huir a ella. Por eso pregunté:

—¿Y no le has visto hoy en el juicio?

—No. ¿De dónde le conoces tú?

—Me he enterado de su nombre y de su posada por medio de un comerciante de ropas hechas. Estaba hospedado en el mesón de Doxati, donde ha comprado caballos, y esta noche, con Barud el Amasat y otro sujeto ha dejado la ciudad.

—¿Quién es el otro?

—No lo sé; pero sospecho que un carcelero o guardián de la cárcel.

Le contamos en pocas palabras lo ocurrido, y él mandó que le trajeran la espada y ordenó que diez kavases nos acompañaran, y nos dirigimos a la cárcel.

No quedó poco asombrado el *nazar-bachi*<sup>[37]</sup> al ver tal visita y a tales horas.

—Condúcenos a la celda del preso Barud el Amasat —le ordenó el *kadí*.

El empleado obedeció y fue enorme su espanto al ver que la celda que había ocupado Barud estaba vacía. El carcelero a quien se había encargado especialmente la vigilancia de aquel preso, no se hallaba en el edificio; había desaparecido también.

Es imposible describir la cólera del *kadí*. El honorable funcionario se deshacía en exclamaciones para las cuales no tiene palabras nuestra lengua y mandó encerrar al mismo carcelero mayor. Yo traté de apaciguarle, diciéndole que al día siguiente saldríamos nosotros a toda prisa en persecución del fugitivo, y él nos prometió enviar con nosotros a algunos kavases con la orden de arresto. Luego le dejamos y al salir a la calle encendimos los faroles, sin los cuales no podía uno arriesgarse por el interior

de la ciudad, pues corría grave peligro de encontrarse con la policía y ser llevado por ella a pasar una noche en muy ingrata compañía.

Poco habíamos caminado cuando al revolver una esquina tropezamos con un hombre que, como de momento creí yo, venía corriendo desde la otra. El hombre corrió hacia mí y retrocedió luego, diciendo:

—¡*Atsch gezini!*<sup>[38]</sup>

—Antes tenías que haberlo dicho —le contesté.

—¡*Amán, amán!*<sup>[39]</sup> Llevo mucha prisa y el farol se me ha apagado. ¿Me permites que lo encienda en el tuyo?

—De buena gana. Toma —le contesté.

Sacó un pedazo de vela de su farol, que era de papel oleoso, y lo metió en el mío. Entretanto decía, como para disculparse más:

—Busco con gran prisa un hekim, *berber* o *echzayi*<sup>[40]</sup>. Un huésped nuestro acaba de ponerse enfermo. No habla casi otra cosa que *nemcheye*<sup>[41]</sup>, porque es de Nemchistán.

Esto, naturalmente, excitó enseguida mi interés. ¡Un compatriota caído enfermo de repente, y sin conocer más lengua que la propia! ¿No tenía el deber de enterarme, por lo menos? Por eso pregunté al desconocido:

—¿De qué país de Alemania es?

—De Bavaristán.

¡Es decir, un bávaro! No pensé siquiera que aquello pudiera constituir una mentira, un engaño. ¿Qué se sabía de Baviera en aquellas regiones? Podía apostarse ciento contra uno a que allí sólo podía hablar de Baviera quien hubiese nacido en ella. Así fue que quise enterarme.

—¿Qué enfermedad tiene?

—*Sytma sinirün.*<sup>[42]</sup>

No se me ocurrió siquiera que no era probable tal enfermedad en aquella época. Sólo pensé que un alemán había sido atacado por una fiebre y que necesitaba auxilio.

—¿Sabes a qué se dedica? —pregunté a mi interlocutor.

—No lo sé. Vino a casa de mi amo, que es *tütrinchi*<sup>[43]</sup> para hacer compras.

—¿Vive lejos de aquí?

—No.

—Guíame entonces allá.

—¿Eres tú acaso médico o boticario?

—No; pero soy alemán y quiero ver si puedo serle útil.

—¡*Inich Allah!*<sup>[44]</sup> Ven, sígueme.

Mi compañero Hulam quería ir también, pero le rogué que siguiera su camino, pues en nada podía ayudarme. Le di el farol y seguí al desconocido.

En efecto, no tuvimos que andar mucho. A los pocos minutos se detuvo delante de una puerta a la cual llamó. Abrieron y yo, que estaba aún en la calle, detrás de mi

acompañante, oí decir adentro:

—¿*Hekim buldún my?*<sup>[45]</sup>

—No; pero viene conmigo un *hamchen*<sup>[46]</sup> del enfermo.

—¿Para qué lo traes?

—Puede servir de *terchimán*<sup>[47]</sup> al enfermo, ya que nosotros no le entendemos bien.

—¡Entre, pues!

Penetré en un estrecho vestíbulo, que desembocaba en un patio pequeño. La luz del farolillo apenas me permitía ver a tres pasos de distancia. No tenía la menor sospecha de que me amenazara un peligro, y así fue grandísimo mi asombro cuando oí una voz que ordenaba:

—¡*Onu tutyn! ¡Gucrtche dir!*<sup>[48]</sup>

Instantáneamente se apagó el farol y me sentí cogido por todas partes. Naturalmente, no pensé un instante en que pudiera ser víctima de un error. Gritar pidiendo auxilio no podía servirme de nada, pues el patinejo estaba cercado por sus cuatro lados por departamentos del mismo edificio. Había que rechazar a los que me atacaban y retroceder por el corredor hacia la puerta, para salir por ella a la calle. Afirmándome en mis piernas un poco abiertas extendí los brazos hasta donde permitía la resistencia que encontré y los encogí luego de pronto y con vigor. Esto produjo una sacudida por efecto de la cual dos me soltaron; pero por delante y por detrás había otros que me tenían agarrado, y los dos primeros se repusieron enseguida y volvieron a cogerme los brazos.

La encerrona había sido ideada contra mí; de esto estaba ya plenamente convencido. En casa del *kadí* me habían visto entrar y me habían atraído a aquella trampa. Como de nada podían servirme los gritos, se entabló una lucha sorda en la cual llegué a poner en tensión mis fuerzas de tal manera que mi pecho parecía que iba a estallar. ¡Todo en vano! Ellos eran muchos. Fui echado al suelo y aun así seguí defendiéndome como pude con pies y manos; pero luego me sentí envuelto por unas cuerdas.

¡Estaba preso y atado!

¿Por qué no había pedido auxilio? ¿Por qué no había soltado ni un grito? Para salvar siquiera la vida, ya que había perdido la libertad. Parecía que en lo primero, es decir, en matarme, no habían pensado por entonces, pues de lo contrario me habrían pegado un tiro o una puñalada. Pero si gritaba, como temerían que ello los descubriera, podía yo mismo procurarme la muerte.

Aun un hombre de moderadas fuerzas despliega en el peligro una resistencia no común. Yo me quedé sin aliento, pero mis adversarios jadeaban como yo. Desde el primer momento me quitaron del cinto la pistola y el cuchillo que llevaba.

Aquellos hombres maldecían en todos los tonos; pero yo no veía más que bultos, pues era el patio tan lóbrego que las manos no se veían ni a un palmo de los ojos.

—¿*Hazyr?*<sup>[49]</sup> —preguntó una voz.

—*Evet*.<sup>[50]</sup>

—Llévadle adentro.

Me asieron y me arrastraron. Podía mover el cuerpo y las rodillas y habría podido oponer aún resistencia, pero desistí de ello, pues no podía mejorar mi situación sino agravarla más todavía.

Noté que después de pasar por dos aposentos muy oscuros, me llevaron a otro, donde me dejaron sencillamente en el suelo y se alejaron. Al cabo de un rato entraron dos, uno de los cuales llevaba una lámpara.

—¿Me conoces? —preguntóme el otro.

Se puso de manera que el resplandor de la luz le diera en la cara. Puede figurarse el lector la que pondría yo al reconocer en él... a Alí Manaj Ben Barud el Amasat, el hijo del bandido escapado de la cárcel, el derviche con el cual había yo hablado en el convento de Constantinopla.

Al ver que no le contestaba, me dio un puntapié y repitió:

—Pregunto si me conoces.

El callar no podía reportarme ningún provecho. Si quería saber qué intentaban hacer conmigo, y esto era lo principal, debía hablar.

—Sí —contesté.

—¡Embustero! ¡No eras Nasr!

—¿Me hice yo pasar por tal?

—Sí.

—No. Lo que hice fue aprovecharme de tu error. ¿Qué queréis de mí?

—¡Queremos matarte!

—¡Por mi parte...! —contesté con la mayor indiferencia.

—¡No quieras aparentar que no amas la vida! Eres un yaúr, un cristiano, y esos perros no saben morir porque no tienen ni Corán, ni profetas, ni paraíso.

Al decir estas palabras me dio otro puntapié en un costado. ¡Si hubiera tenido libre una sola de mis manos, aquel derviche habría bailado de muy distinta manera de como bailaba días antes en Estambul!

—Pues ¿qué puedo hacer yo si vosotros queréis matarme? —dije—. Moriré con la misma serenidad con que recibo ahora tus puntapiés. Ningún cristiano sería tan cobarde que atormentara así a un hombre atado. Líbrame de estas cuerdas y después veremos qué profeta es el mayor y qué paraíso es el más delicioso.

—¡Perro! ¡No amenazas si no quieres conocer al *mezarchi*<sup>[51]</sup> aun antes de la mañana!

—¡Déjame, pues, en paz y márchate!

—No; tengo que hablar contigo. ¿Quieres tener la bondad de fumar entretanto un *chibuquí*?

Esto era una ironía de aquel chiquillo, que me habría enojado si no me hubiese causado alegría.

—Que eres un buen *chorachi*<sup>[52]</sup> lo he visto ya; pero que fueras un *chakachi*<sup>[53]</sup>,

no lo creía, pues a los «bailadores» les suele faltar *aulama*<sup>[54]</sup> para los chistes. Si realmente tienes que hablar conmigo, piensa bien con quién tratas. ¡Te advierto que no oirás mi voz si no muestras delante de mis barbas el respeto que Alá ordena!

Esto era una ofensa que le hacía yo con toda intención. Con la palabra *chora*, el baile, designa el turco aquellos movimientos sensuales que sólo están permitidos allí a las bailarinas, pero que los hombres se abstienen de ejecutar. El baile de los derviches era otro y pasa allí por sagrado. No había ofensa más grave para él que llamarle *chorachí*, y encima de esto negué a los pertenecientes a su orden el buen juicio. Me hice merecedor, por tanto, de nuevos puntapiés y fue grande mi asombro al ver que, aunque me lanzó una mirada de odio, acabó por sentarse tranquilamente en el suelo. El otro se quedó de pie.

—Si fueses musulmán sabría castigarte —dijo el derviche—; pero un cristiano no puede ofender a un verdadero creyente. ¿Cómo un sapo podría ensuciar el sol? Pero quiero saber de ti algunas cosas. Te preguntaré y tú contestarás.

—Estoy pronto a contestar siempre que las preguntas sean tan corteses como tengo derecho a pedir.

—¿Eres el mismo médico franco que en Damasco echó a perder los planes del *usta*?

—Sí.

—¿Encontraste después al *usta* en Estambul?

—Sí.

—¿Le disparaste después un tiro cuando él se echó al agua?

—Yo no, mi criado.

—¿Volviste a ver luego al *usta*?

—Sí.

—¿Dónde?

—Al pie de la torre de Calata, ya cadáver.

—¡Entonces es verdad lo que este hombre me dice!

Señaló con esto al que sostenía la lámpara.

—¿No sabías que el *usta* había muerto? —pregunté al derviche.

—No, había desaparecido. Se encontró a Kolettis muerto y a su lado un cadáver a quien nadie pudo conocer.

—Era el *usta*.

—¿Los arrojasteis de la torre?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Este hombre. Vine a Edreneh, donde me llamaba mi padre, sin saber nada. Le busqué en casa de Hulam sin descubrirme y allí me dijeron que estaba en la cárcel. Le han puesto en libertad sin saber yo nada. Este hombre es criado de mi padre y vivió con él en casa de Hulam. Tu amigo y protector Hachi Halef Omar se lo contó todo y así lo hemos sabido. Busqué a mi padre en casa del *hanchía* Doxati; pero había partido ya y vosotros estabais en el establo. Allí os vigilamos. Yo había sabido que

eras nemche y por eso uno de los nuestros te ha esperado detrás de una esquina y te ha dicho que había un paisano tuyo enfermo. Ahora estás en nuestro poder. ¿Qué piensas que vamos a hacer contigo?

Esta explicación daba mucho que reflexionar; pero con todo no me entretuve en ello y contesté enseguida:

—Por mi vida no tengo cuidado alguno. Todo lo haréis menos matarme.

—¿Por qué no? ¡Estás en nuestro poder!

—Entonces se os escaparía el rescate que puedo pagar.

Sus ojos centellearon. Yo había dado en el clavo. Una vez cobrado mi rescate podían deshacerse de mí. Por eso me preguntó:

—¿Cuánto darías?

—¿En cuánto tasas mi persona?

—Tu valor no es más grande que el precio de un *agreb*<sup>[55]</sup> o un *jylon*<sup>[56]</sup>. Los dos son venenosos y se los mata en cuanto se los descubre. Tu vida no vale la décima parte de un «para». Pero lo que has hecho exige un gran castigo y por eso tienes que pagar un rescate.

¡Ah, qué bien lo decía, el pago del rescate era solamente como castigo y luego mi vida no valdría un céntimo! Pero a lo menos podía ganar tiempo y así contesté gravemente:

—Me has comparado a los reptiles venenosos. ¿Es esa la cortesía que he puesto por condición? Matadme, no haré nada en contra. ¡No pagó ni una piastra si no me hablas en tono más cortés!

—Será como tú quieras; cuanto mejor trato exijas mayor cantidad pediremos.

—Di cuál.

—¿Eres rico?

—¡No regateo contigo!

—Aguarda, pues.

Se levantó y se alejó. El otro se quedó, observando el mayor silencio. Oí voces en el aposento inmediato, mas no pude comprender una sola palabra; no obstante noté que las opiniones estaban muy divididas. Pasó cosa de media hora antes que el bribón volviera, y no se sentó en el suelo, sino que de pie me preguntó:

—¿Pagarás cincuenta mil piastras?

—¡Eso es mucho, muchísimo!

Debía resistirme un poco. Hizo un gesto de impaciencia y exclamó:

—¡Ni una menos! ¿Quieres? ¡Contesta enseguida, pues no tenemos tiempo!

—¡Bueno, las daré!

—¿Dónde tienes el dinero?

—Naturalmente, no lo llevo encima y además me habéis tomado ya todo lo que llevaba en los bolsillos. Tampoco lo tengo en Edreneh.

—¿Cómo vas a pagarnos, pues?

—Os daré una orden para Constantinopla.



—¿Contra quién?

—Para el *elchi* de Farsistán.

—¿El embajador de Persia? —preguntó asombrado—. ¿A él tenemos que enseñarle la orden?

—Sí.

—¿La pagará?

—¿Crees tú que el representante del *cha-en-cha* no tiene dinero?

—Mucho tiene; pero ¿estará pronto a desembolsarlo por ti?

—Él sabe muy bien que todo lo que pague por mí lo cobrará.

No decía mentira alguna, pues estaba firmemente convencido de que el embajador persa nos tomaría, tanto al portador de la orden como a mí, por rematadamente locos. El hijo de la patria de Zoroastro no tenía menor sospecha de que bajo mi nombre existiese en la tierra un plumífero alemán.

—Si estás seguro de lo que dices, escribe la orden.

—¿Sobre qué? ¿Dónde? ¿En la pared quizá?

—Te traeremos lo necesario y te dejaremos libres las manos.

Esta afirmación me electrizó. ¡Las manos libres! Quizá me diera ocasión de escaparme, Podía agarrar al derviche y amenazarle con que le ahogaría. Podía tenerle del pescuezo hasta que me pusiera en libertad.

Pero ni siquiera ensayé la ejecución de esta romántica y excéntrica idea. El derviche, que por lo demás no llevaba entonces el traje distintivo de la orden, era cauteloso. Desconfiaba de mí y volvió con cuatro sujetos que, empuñadas las armas se sentaron a mi derecha y a mi izquierda. Sus semblantes no inspiraban, por cierto, mucha confianza, y el menor movimiento mío habría causado mi perdición.

Me dieron una hoja de pergamino y papel para envolverlo y escribí sobre mi rodilla una vez que me hubieron desatado las manos:

«A mi hermano Abbas Jesub Hamán Mirza, al rayo de sol del Farsistán que ilumina ahora a Estambul.

Entregad enseguida al indigno reflejo de tu amabilidad, portador de esta *mektub*<sup>[57]</sup> cincuenta mil piastras. Mi *sandykchi*<sup>[58]</sup> te las devolverá tan pronto como se las pidas. No preguntes al mensajero quién es ni de dónde viene ni adónde va. Soy la sombra de tu luz.

Hachi Kara Ben Nemsi».

Firmé con mi nombre, pues suponía que el criado de su padre se lo había dicho al derviche. Una vez puestas las señas en el envoltorio le di a Alí Manaj el papel y el pergamino. Leyó él en voz alta el escrito y fue muy agradable para mí observar el contento en los semblantes de la honorable cuadrilla. Pensaba yo en la cara que pondría el embajador, que debía de llamarse de muy distinta manera, pues no lo conocía. ¡Pobre del portador!

El derviche me miró satisfecho y me dijo:

—Está muy bien. Has hecho perfectamente en escribir aquí que no pregunte nada, aunque de todas maneras no sabría nada. Ahora atadle otra vez las manos. ¡El *kirachi* espera ya!

Tuve que aparentar que la renovación del desagradable vendaje no me disgustaba; luego, se marcharon todos y me dejaron a oscuras.

## CAPÍTULO 9

### Se vuelven las tornas

Empecé, una vez solo, por probar la firmeza de mis ligaduras. Observé enseguida que no conseguiría librarme de ellas, y así empecé a trabajar con el pensamiento en lugar de las manos.

¿Por qué se había trasladado el derviche a Andrinópolis? Seguramente no era para perseguirnos, pues no había sabido nada. Su padre le había mandado llamar. ¿Para qué? ¿Sería necesaria su presencia para el golpe que intentaba? ¿O acaso se trataría de una nueva empresa de la que yo no sospechaba ni sabía nada?

¿Dónde me encontraba? ¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Perteneían a la extendida banda del *usta* o estaban en relaciones con el fugado Hamd el Amasat y su libertador? Me inclinaba a suponer esto último. Los cuatro sujetos que me habían rodeado tenían facciones repulsivas y muy marcadas; yo los tomé por amantes.

Y el derviche acababa de decir que el *kirachi* esperaba ya. Los *kirachia* son recaderos que hacen sus viajes por toda la península de los Balkanes, poco más o menos como los antiguos trajineros con sus pesados carros de carga y caballos con guarniciones claveteadas, que arrastraban sus bienes por toda Alemania y los países limítrofes. El *kirachi* es la gaceta de los Balkanes; está en todas partes y en ninguna; lo conoce todo y a todos y tiene contestación para cualquier pregunta. Dondequiera que se detiene es bien recibido, pues sabe siempre qué contar, y en los abruptos desfiladeros de los Balkanes hay comarcas en que no entraría en todo el año una sola noticia del resto del mundo, si no fuera por el *kirachi* que acude para preguntar al pastor solitario si tiene bastante queso para toda una carga.

A esos hombres se les confían bienes de gran valor, sin que se les exija garantía alguna. La única garantía consiste en su honorabilidad. Vuelven al cabo de meses, y a menudo al cabo de años; pero vuelven y llevan el dinero. Si entretanto el interesado ha muerto, lo entregan al hijo o al yerno; pero siempre lo llevan.

Esta honorabilidad del *kirachi* es, desde tiempos muy antiguos, una bien guardada tradición; mas, por desgracia, es una tradición que empieza a perderse. Entre las antiguas familias de trajineros se han introducido ciertos individuos que se aprovechan de la tradicional confianza y recogen lo que gente de bien sembró. Así van echando a perder el buen nombre del *kirachi*, adquirido tras tantos años de labor honrada.

Uno de estos carreteros esperaba ya. ¿Era por mí? ¿Tenían que llevarme, acaso? Allí, en la ciudad, podía tener alguna esperanza de verme libre. Si por la mañana no me veían en casa de Hulam, mis amigos, y especialmente mi pequeño *hachi*, no dejarían de buscarme.

Al pensar en esto y en los seis kavasos que al amanecer me esperarían con el *tutemr* a la puerta de la casa, habría roto de pura rabia mis ligaduras; pero por desgracia eran demasiado fuertes.

Había reñido a Halef por su imprudencia; pero yo había obrado mucho más tontamente que él, pues había corrido a meterme con la mayor torpeza en una trampa. Lo que me servía de consuelo era que la culpa la tenía mi bondad de corazón. Había que tener paciencia para esperar con serenidad lo que viniera y aprovechar la primera ocasión para escaparme.

Luego volvieron los cuatro bandidos. Sin decir palabra me amordazaron con un paño en muchos dobleces, me envolvieron en una alfombra vieja y me arrastraron fuera de la habitación, sin que pudiera conocer yo adónde.

Iba perdiendo el aliento. El paño que me habían puesto hedía a ajos y a toda clase de ingredientes de cocina. Quería yo respirar y no encontraba aire. Tal debe de ser el ánimo de un enterrado vivo, cuando oye caer sobre la tumba la primera paletada de tierra. ¡Aquellos hombres parecían no haber pensado en la posibilidad de que quizá debajo del paño y de la sucia alfombra podía asfixiarme!

El movimiento que hasta entonces había notado, cesó. Sentí algo firme debajo de mí, por lo cual comprendí que me habían depositado en algún sitio pero sin saber dónde. Luego me pareció como si oyera el rechinar de unas ruedas y me sentí zarandeado como un bulto inerte. ¡Estaba en un carro; me sacaban de Andrinópolis!

No podía mover los brazos; pero si podía extender y encoger las piernas, lo cual hice y repetí tantas veces que el envoltorio se me aflojó un poco. Entonces respiré un poquito de aire más puro; la horrible angustia desapareció de mi pecho y empecé a preguntarme si mi situación sería tan desesperada que no hubiese ninguna esperanza de salvación para mí.

A pesar de que acechaba y escuchaba con la mayor atención, no oí hablar a nadie, y no sabía, por tanto, si me custodiaban uno o varios hombres. Di vueltas de derecha a izquierda y como el espacio libre no era mucho comprendí que el carro era estrecho y además, a un lado y otro encontraba una resistencia tan blanda, que supuse que me habrían cubierto de paja o heno.

Por los movimientos del vehículo comprendí que estaba yo echado con la cabeza hacia la parte trasera. ¡Si lograra a lo menos tirarme por allí abajo! Era de noche y esta oscura. Me echaría a rodar lo más lejos posible para que no me encontraran y luego estaría salvado.

Encorvé las piernas, apoyé los tacones y me eché hacia atrás; pero encontré fuerte resistencia, contra la cual todo esfuerzo sería inútil. Debía, pues, renunciar a mi proyecto.

Pasó un rato que me pareció componerse de varias eternidades. Luego, finalmente, observé que unas manos andaban palpando la alfombra y me hicieron rodar hasta que el envoltorio quedó desplegado. Estaba hundido en un montón de paja. Como había amanecido vi inclinarse sobre mí el semblante del criado de Barud

el Amasat.

—Si me prometes no gritar te quitaré la mordaza —me dijo.

Naturalmente asentí con un movimiento de cabeza y con gran ansiedad, de modo que aquel hombre me quitó de la boca el asqueroso lienzo y en mis pulmones empezó a entrar —¡loado sea Dios!— el aire fresco y puro; me pareció que me habían trasladado del infierno al cielo.

—¿Tienes ganas de comer? —me preguntó.

—No —le dije.

—¿Y sed?

—Tampoco.

—Te daremos de comer y de beber y no te atormentaremos mientras no grites ni intentes desatarte, pues de otro modo tengo orden de matarte.

Se apartó aquel hombre y yo pude moverme más fácilmente, pues ya no estaba envuelto en la alfombra, y logré sentarme. Entonces vi que me encontraba en la parte posterior de un carro estrecho, extraordinariamente largo y provisto de un toldo. Junto a mí estaba recostado mi guardián y en la delantera iban otros dos hombres sentados uno al lado del otro. A uno le había visto ya pues estaba entre los que me habían apresado, el otro era el carretero, el *kirachi* del cual había hablado el derviche. No vi de él más que la pelliza, que los *kirachia* llevan lo mismo en invierno que en verano, un sombrero de monstruosas alas y el látigo; pero el hombre que debajo de aquel sombrero descomunal iba metido en la grasienta pelliza tenía para mí una importancia incalculable.

No podía yo comprender que un *kirachi* de la antigua y honrada «escuela» anduviera aliado con criminales, y tampoco podía creer que aquella pelliza albergara a un carretero de la nueva clase. Había que esperar. Me arrimé, pues, al fondo del carro sin apartar la vista del *kirachi*.

Finalmente, después de largo rato volvió la cara y me miró. Sus ojos grandes y azules se fijaron en mí unos instantes y luego apartó nuevamente la vista; pero antes había tenido tiempo de levantar las cejas y luego hacerme un ligero guiño con el ojo izquierdo.

Entendí el gesto enseguida. El movimiento de las cejas me indicaba que tenía que estar alerta y el guiño del ojo izquierdo me indicaba el lado izquierdo del carro. ¿Habría allí algo que pudiera serme útil?

Examiné el interior del vehículo, pero sólo pude descubrir un cordón, que estaba atado a la parte superior de los adrales y por el otro extremo se perdía en el heno. Estaba muy tirante y parecía que algo pendía de él. ¿Era el cordón lo que me indicaba aquel hombre?

Haciendo como quien se halla en postura incómoda me eché hacia adelante, y me arrimé al lado izquierdo, de manera que mis manos, aun atadas, pudieran reconocer lo que había allí; tuve que hacer un esfuerzo para no lanzar un grito de alegría, pues del cordón pendía... un cuchillo. El bravo *kirachi* lo había colocado expresamente para

mí, y por fortuna había sido tan listo que no lo anudó sino que se sostenía solamente con un nudo corredizo, fácil de soltar.

Un instante después lo había yo desatado y metido en una de mis botas de manera que la hoja, dirigida hacia afuera, saliera de la misma. Doblé la rodilla hasta llegarme con las manos al cuchillo y como era muy afilado bastó pasar por el filo tres o cuatro veces las cuerdas, como aserrando, y las ligaduras se rompieron. El desatarme los pies fue obra de un instante.

Respiré profundamente. No estaba ya atado y en las manos tenía un arma en la que podía confiar. Todo esto lo hice cubierto de medio cuerpo abajo por el heno y nadie pudo notar que estuviera yo libre.

Me decidí a levantar un brazo y separar un poco el toldo para ver lo que había afuera. Allí, cabalgando estaba... Alí Manaj Ben Barud el Amasat, el derviche. Era de suponer que al otro lado del carruaje hubiera otro.

Tracé rápidamente mi plan. Mis secuestradores del carro llevaban armas de fuego, por lo cual tenía que evitar todo combate y fiar más en mi astucia que en mis fuerzas. Me hice nuevamente atrás, sin sacar las manos de debajo del heno, y empecé a cortar la vieja estera de mimbre que servía de pared; y al cabo de un cuarto de hora había practicado una abertura bastante grande para dar paso a un hombre.

Pero esto no era tan fácil como se dice, pues la alfombra me estorbaba mucho y mi vigilante me dirigía de cuando en cuando miradas investigadoras. Por fortuna, el ruido que hacía mi cuchillo al cortar los mimbres se confundían con el pataleo de los caballos, el rechinar de las ruedas y el traqueteo de todo el vehículo.

Aguardé a que hubiera acabado de echarme una de aquellas miradas, y entonces me moví debajo del heno, saqué las piernas por delante y me eché por el boquete. Toqué el suelo con los pies y saqué la cabeza fuera.

Mi salvación se había conseguido y lo que había que hacer era tomar un caballo.

Nos encontrábamos en una comarca llana y en un camino al parecer poco frecuentado, donde a cada lado había bosque. A la izquierda del carro cabalgaba el derviche y a la derecha otro jinete, como yo había sospechado. El caballo del primero no era grande, pero me pareció mejor que el del otro. Tenía el pelo brillante, la crin magnífica y la cola le llegaba al suelo. Su andar era vigoroso y con todo muy ligero. ¡Ah, pensaba yo, si pudiera llevar dos hombres!

Este pensamiento me seducía. ¡Primero yo prisionero del derviche y luego él prisionero mío!

Me puse el cuchillo entre los dientes. El jinete no tenía la menor sospecha de lo que ocurría detrás de él. Trotaba distraído a un lado del carro y no podía ser visto por el otro jinete. Sólo apoyaba las puntas de los pies en los estribos, aunque es verdad que iba sentado cómodamente, pues montaba en silla turca; pero un golpe en la cerviz le haría caer hacia adelante, de manera que sacara los pies de los estribos. Luego había que sacarle de la silla. Lo principal para mí era tenerme firme sobre el caballo para no ser derribado.

Algunos pasos rápidos me llevaron junto al caballo. Entonces di un salto y quedé arrodillado sobre la grupa del animal, detrás del jinete. El caballo, al sentir el peso de mi cuerpo se trastornó y se quedó parado. Eso bastaba. Un puñetazo en la cerviz hizo sacar al jinete los pies de los estribos. Varié mi posición agarrando a aquel hombre por la garganta, y levantándole me senté en la silla, pero sin soltarle. Esto ocurrió en un segundo, el preciso, pues el caballo se encabritó luego, pero aún me dio tiempo de coger las riendas; luego hice dar media vuelta al animal y le obligué a ponerse al paso, a fin de no hacer ruido, y a tomar el mismo camino por donde habíamos venido, y que allí cerca trazaba una curva. Al llegar a ella miré atrás, y vi que el carro seguía avanzando tranquilamente. No habían notado nada, lo cual se debía únicamente al ruido infernal que hacían las ruedas de madera metidas en un eje de madera también, y a la circunstancia de que el carro ocultaba la vista al otro jinete, amén de que a éste no se le había ocurrido mirar a su alrededor.

Gran gusto me habría dado presenciar la confusión y atolondramiento que se apoderaría de aquella gente al notar que su jefe y el prisionero habían desaparecido al mismo tiempo. No me habría sido muy difícil esconderme y espiarlos; pero no quería poner a prueba mi fortuna y pensé también en mis amigos, que se encontrarían entonces en gran cuidado.

Así fue que, después de colocar al derviche transversalmente sobre el arzón de la silla hostigué al caballo y emprendí el galope.

A Alí Manaj le había sorprendido de tal manera mi asalto, que no se le ocurrió siquiera lanzar un grito. Después le apreté de tal modo la garganta que ya no le había sido posible gritar. Un ronquido fue lo único que yo le oí; pero al verle delante de mí callado e inmóvil creí haberle ahogado.

El caballo galopaba tan vigorosamente, con tanta igualdad y tan sostenido, que desde luego no tuve ya miedo de que me persiguieran mis secuestradores. Además no temía ya el combate con ellos, pues tenía armas de fuego. Alí Manaj llevaba en el cinto dos pistolas cargadas, de las cuales, naturalmente, me apropié.

Durante la carrera le registré los bolsillos y le encontré mi reloj y mi bolsa, cuyo peso me convenció de que estaba tal como me la habían quitado la noche antes. Al lado de la silla pendía un saco de lienzo. Metí dentro la mano y noté que había municiones y víveres, por lo cual comprendí que el viaje que habían proyectado había de ser largo.

Terminó el bosque y se abrió delante de mí una llanura abierta, compuesta en su mayor parte de campos de maíz y jardines de rosas. Al cabo de un rato miré a mi alrededor y vi a un jinete que a galope venía hacia mí. Indudablemente sería el que iba al otro lado del carro. Al fin habían notado mi fuga y volvía atrás para informarse.

Aunque mi caballo llevaba doble peso, corría tan velozmente como el suyo, por lo cual no tenía nada que temer, y cuando al poco rato vi que me acercaba a una carretera concurrida hacia la cual me llevaba el camino, pude considerarme del todo seguro. En efecto, aquel hombre empezó a refrenar su caballo y poco después le perdí

de vista.

Entonces me detuve y me apeé, tanto para dar descanso al caballo como para cerciorarme del estado del derviche. Le puse en el suelo y le examiné. El corazón le latía acompasadamente y su respiración era también normal.

—¡Alí Manaj, no finjas! —le dije—. Yo sé que has recobrado los sentidos. ¡Abre los ojos!

En realidad se había desmayado; pero luego fingía estarlo, ya para rehuir mis preguntas y reflexionar, ya para tener ocasión de escaparse. No obstante, no abrió los ojos.

—Bueno —añadí—. Estás muerto, pero quiero convencerme, te clavaré el cuchillo.

Saqué el arma; pero apenas sintió la afilada punta en el pecho, abrió los ojos con espanto y gritó:

—¡Ah, wai! ¡Espera! ¿Quieres de veras matarme?

—A un viviente no se le mata por gusto; pero a un muerto una cuchillada no puede hacerle daño. Si quieres que aparte de ti este acero, no me hagas sospechar otra vez que estás muerto.

Había estado mucho tiempo tendido en el suelo; pero entonces se sentó, y yo le dije:

—Contesta, Alí Manaj, ¿adónde querías llevarme?

—A lugar seguro —me contestó.

—Esa contestación tiene dos sentidos. ¿Quién había de estar seguro? ¿Para quién la seguridad? ¿Para vosotros o para mí?

—Las dos cosas.

—Explícate, que yo te comprenda.

—No queríamos hacerte nada malo, *effendi*. Queríamos llevarte a un lugar de donde no pudieras escaparte, a fin de dar tiempo a mi padre para huir. Luego con el rescate te habrías libertado.

—Sois gente muy amable. ¿Qué lugar es ese?

—Es un *karaul* de la montaña.

—¡Ah, una torre de atalaya! ¿Conque creísteis que tu padre escaparía con más seguridad si me encontraba yo en vuestro poder?

—Sí, *effendi*.

—¿Por qué?

—Porque tú habrías descubierto quizá sus huellas.

—¿Cómo podía descubrirlas? Yo no lo sé todo.

—Tu criado ha dicho que sabes descubrir todos los rastros.

—¡Hum! ¿Cómo había de encontrar en Edreneh las huellas de tu padre?

—No lo sé.

—Ahora, Alí Manaj, tengo que decirte que conozco ya su camino. Tu padre ha huido a caballo por la orilla del Arda, con Manaj el Barcha y el carcelero, hacia



Poniente. Montan dos caballos tordos y uno negro.

El espanto se manifestó en su rostro.

—¡Te equivocas! ¡Te equivocas! —se apresuró a decir.

—No me equivoco, y espero que pronto sabré algo más. ¿Dónde está el papelito que me habéis quitado?

—¿Qué papel?

—Tú mismo lo sacaste de mi bolsillo. Espero que lo tengas todavía.

—Lo he tirado, no había nada de particular.

—A mí me parece, al contrario, que había algo muy importante. Voy a buscarlo. ¡A ver, tus bolsillos!

Se puso en pie como para que yo le registrara mejor; pero apenas me acerqué a él dio un salto atrás y corrió hacia el caballo. Yo lo tenía previsto; de manera que no había puesto aún el pie en el estribo cuando le cogí y le eché al suelo.

—¡Quieto aquí, si no quieres que te meta una bala en los sesos! —le dije amenazándole—. Tu destreza es buena para bailar en tu convento de Estambul; mas para huir de mí no basta.

Examiné sus bolsillos sin que opusiera la menor resistencia; pero no encontré nada. Busqué también en las bolsas de la silla, pero inútilmente. Entonces se me ocurrió mirar mi portamonedas. Lo saqué y vi que contenía algunas monedas de oro que yo no había puesto en él, y entre ellas el pedazo de papel con las tres líneas escritas en *nestaalik*, es decir en el carácter un poco inclinado hacia la izquierda que es un intermedio entre la escritura árabe corrida *neskhí* y el *taalik*, muy oblicuo.

Estaba satisfecho. Mas como no era el momento oportuno para descifrar el escrito, volví a meter el papel en el portamonedas y dije:

—Espero encontrar en estas líneas algo de importancia. Tú sabes, indudablemente, dónde se encuentra tu padre.

—No lo sé, *effendi*.

—¿Eso quieres hacerme creer?

—Cuando yo llegué, anoche, a Edreneh, se había marchado ya.

—Sin embargo, te has enterado de dónde iba. Seguramente va a Iskenderieh donde le esperaba su hermano y tío tuyo Hamd el Amasat.

Al decir estas palabras hice como si desviara la vista de su rostro; pero no sin notar que su semblante expresaba la satisfacción. Su padre no iba, por tanto, a Iskenderieh. Entonces me dijo:

—Es posible; yo no lo sé; pero ahora dime, *effendi*, ¿qué piensas hacer conmigo?

—¿Qué te imaginas tú?

—¿Dejarás que siga mi camino en mi caballo?

—¡Ah, no está mal! Yo, por lo visto, tendré que ir a pie y tú montado.

—Ese caballo me pertenece.

—Y tú me perteneces a mí; por consiguiente, también es mío tu caballo. Me guardaré muy bien de dejarte marchar.

—¡Pero tú ya estás libre y yo no te he hecho nada malo!

—¿A qué llamas tú no hacer nada malo? Me acompañarás a Edreneh y a la casa adónde me llevasteis anoche con engaño. Deseo saber quién vive allí. Naturalmente, el *kadí* irá conmigo.

## CAPÍTULO 10

### El Kadí y el Derviche

**A**l oír estas palabras, el bribón palideció más aún y exclamó:  
—¡*Effendi*, no harás eso! He oído decir que eres cristiano e Isa Ben Marryam, vuestro Redentor, os manda amar a vuestros enemigos.

—¿Declaras, pues, que eres mi enemigo?

—Tú lo has sido mío antes que yo lo fuera tuyo. Espero que como buen cristiano obedecerás el mandato de Dios.

—Y lo cumpliré.

—Entonces ¿por qué no me dejas libre, *effendi*?

—Precisamente porque quiero cumplir ese mandato, Alí Manaj. ¡Te amo tanto, que no puedo separarme de ti!

—¿Te burlas? ¡Estoy dispuesto a pagarte un rescate!

—¿Eres rico?

—Yo no; pero mi padre lo será muy pronto.

—Habrá robado a alguien, ese dinero no lo toco yo.

—Pues te daré otra cosa, te devolveré lo tuyo.

—¿Lo mío? ¿Acaso tienes tú dinero mío?

—No; pero el mensajero ha salido para Estambul donde cobrará el dinero que ordenaste tú para tu rescate. Si me dejaras libre, te lo devolvería tan pronto como lo tuviera.

—¡Oh, Alí Manaj Ben Barud el Amasat, de tanto bailar en Estambul se te ha trastornado el juicio! Vuestro mensajero no recibirá una sola piastra. ¡El nombre que escribí en el pergamino no existe y el persa a quien acudirá vuestro enviado no me conoce!

—¡Nos has engañado entonces, *effendi*! ¿No habríamos recibido dinero alguno?

—No.

—¡Pero tú estabas perdido!

—Ya lo sabía; pero me habría ocurrido lo mismo si os hubiese dado dinero. Además no os temía y está demostrado que hacía bien; ya estoy libre.

—¿Entonces vas a llevarme preso a Edreneh?

—Sí.

—Pues devuélveme el dinero que he añadido a tu bolsa.

—¿Para qué?

—Porque me pertenece, y lo necesito. Aunque esté preso, necesito comer y beber en la cárcel.

—Allí te darán lo necesario, no serán golosinas, naturalmente. Además a un

bailarín no le sienta mal adelgazar un poco.

—¿Es que quieres robarme?

—No. Mírame, cuando me asaltasteis me rompisteis la ropa y tengo que comprarme otra. Tú tienes la culpa, y sin cometer robo alguno, puedo apoderarme de tu dinero. Sin embargo, no lo haré, sino que lo entregaré al *kadí*. ¿Puede poseer dinero un monje bailarín? Yo creo que todos tus ingresos pertenecen a la orden.

—Ya no soy bailarín, he permanecido poco en el convento.

—Seguramente irías para algún negocio. Pero eso no me importa. Vamos a partir. Extiende las manos.

Al decir esto saqué una cuerda que antes había tomado de una bolsa de la silla.

—¿Qué vas a hacer, *effendi*? —preguntó espantado.

—Atarte a la silla.

—¡No puedes hacerlo! Tú eres cristiano y yo soy un hijo del Profeta. No eres kavás y no tienes derecho a tratarme como preso.

—No lo niego, Alí Manaj. Aquí está la cuerda. Si no tiendes las manos enseguida, te daré tal golpe en la cabeza que perderás el sentido.

Esto hizo su efecto. Aquelseudoderviche carecía de ánimo y energía. Alargó los brazos y le sujeté por las muñecas. Luego até el otro extremo de la cuerda a la silla y monté a caballo.

—¿Qué harás de mi caballo? —me preguntó Alí Manaj.

—Lo entregaré al *kadí*. ¡Adelante!

Nos pusimos en marcha, y alcanzamos pronto la carretera real, la misma que llevaba a la famosa posada o *serai* de caravanas, de Mustafá-bajá. Encontramos muchos viajeros que nos miraban asombrados, maravillándose al vernos; pero nadie se tomaba el trabajo de decirnos una palabra.

Al paso que nos íbamos acercando a la ciudad se animaba más la carretera. Al meternos en la primera callejuela vi a dos kavases, y después de darles una breve explicación, los invité a que me acompañaran, como en efecto lo hicieron. Mi propósito era ir en primer lugar a casa de Hulam para tranquilizar a los amigos, y con auxilio de los policías encontré la casa.

En una de las calles del trayecto, entre los muchos transeúntes vi a un hombre que al fijarse en Alí Manaj se quedó parado con muestras de espanto y luego siguió su camino a grandes pasos.

¿Conocía aquel hombre a mi prisionero? Estuve por mandar a uno de los kavases que le siguiera para detenerlo. ¿Qué ocurriría si aquel hombre avisaba a los camaradas del preso? Mas por una simple sospecha, por una mera suposición no quise privar de libertad a una persona quizá inocente. Además, yo, cristiano, me encontraba en tierra musulmana.

Llegados a casa de Hulam llamé a la puerta. El portero miró por el ventanillo y lanzó un grito de alegría al conocerme.

—¡*Hamdulillah!* ¿Eres tú, *effendi*?

—Sí, abre, Malhem.

—¡Enseguida, enseguida! ¡Qué angustia has causado a tus amigos, que pensaban si te había sucedido alguna desgracia! Ahora será todo contento.

—¿Dónde está Hachi Halef Omar?

—En el *selamlik*. Allí están reunidos todos, llorando tu desaparición.

—¡*Alargha!*<sup>[59]</sup> —gritó uno de los kavases—. ¿Eres tú realmente Kara Ben Nemsi?

—Sí, así me llamo.

—¡*Peh ne gizel!* ¡Muy bien, perfectamente! ¡Hemos ganado, pues, las trescientas piastras!

—¿De qué piastras hablas?

—Nos enviaron a buscarte. Quien encontrara tus huellas debía recibir esa cantidad.

—¡Hum! En realidad soy yo el que os ha encontrado a vosotros; pero se os dará lo que se os ha ofrecido, entrad.

Trescientas piastras eran sobre poco más o menos sesenta y cinco pesetas, ¡en esto me habían tasado! Podía estar, pues, orgulloso. El portero había abierto la puerta de par en par y puso cara de estupefacción al ver al derviche, cuya presencia no había notado hasta entonces. Apenas sonaron en el patio las pisadas de mi caballo acudieron mis amigos a toda prisa.

Delante de todos llegaba mi pequeño Hachi Halef Omar, el cual, dando un gran salto en la escalera y salvando muchos peldaños, con arranque del todo ajeno a la dignidad oriental, se me acercó corriendo y me tomó la mano.

—¡*Allah 'l Allah!* ¿Eres tú, *sidi*?

—Sí, soy yo, mi querido Halef. Deja que me apee.

—¿Cómo vienes montado? ¿Es que has estado fuera de la ciudad?

—Sí; me he visto muy apurado; mas al cabo he salido con bien.

Los demás me tendían las manos. En medio de las exclamaciones de alegría sonó una de asombro. Era Isla.

—*Effendi*, ¿qué es eso? —me preguntó—. ¿A quién traes ahí? ¡Si este es Alí Manaj, el bailarín!

Sólo se habían cuidado de mí y no habían reparado en el derviche; pero el grito de Alí llamó sobre él la atención general, y vieron todos que estaba atado.

—¡Alí Manaj, el hijo del fugitivo! —exclamó Hulam.

—Si —contesté—. Es prisionero es mío. Vamos dentro, que tengo mucho que contaros.

Fuimos al *selamlik*, donde nos llevamos al derviche; y no nos habíamos sentado aún cuando se abrió otra vez la puerta. Era el *kadí*, el cual, al verme, tuvo tanta alegría como asombro.

—¿Vives, *effendi*? ¿Tú aquí? —preguntaba—. ¡Gracias a Alá! Te dábamos por perdido, aunque enviamos en tu busca. ¿Dónde has estado?

—Toma asiento y lo sabrás todo.

El preso se había agachado en un rincón y Halef estaba sentado junto a él. El menudo *hachi* sabía lo que tenía que hacer aun antes que hablara yo.

Conté mi aventura y fui interrumpido muchas, muchísimas veces antes de llegar al fin. Luego empezaron las preguntas y las exclamaciones. Halef, el único que mostraba serenidad, exclamó en alta voz:

—¡Silencio, señores! No es hora de hablar, sino de obrar.

El *kadí* dirigió a mi criado una mirada represiva, pero le preguntó:

—Entonces ¿qué piensas tú que hay que hacer?

—Interrogar enseguida a este pájaro y luego buscar la casa donde fue asaltado mi *sidi* y perseguir el carro que se lo llevaba al *karaul*.

—Tienes razón, voy a mandar que se lleven a éste a la cárcel y luego le interrogaremos.

—¿Por qué no aquí, y ahora mismo? —dije yo—. Debiéramos salir enseguida en persecución de su padre, pues ha pasado ya un tiempo precioso; pero no será malo saber lo que contesta el hijo.

—Si lo deseas, se hará así.

Adoptó una actitud digna, puso un rostro severo y preguntó al derviche:

—¿Tu nombre es Alí Manaj Ben Barud el Amasat?

—Sí —contestó el prisionero—. Tu padre ¿se llama Barud el Amasat?

—Sí.

—¿Es él el hombre que se ha escapado de la cárcel?

—De eso yo no sé nada.

—¿Intentas engañarme? ¡Mira que te mandaré apalear! ¿Conoces al que era antes recaudador de contribuciones y se llama Manaj el Barcha?

—No.

—¿Atrajiste ayer a este *effendi* a cierta casa para secuestrarle?

—No.

—¡No mientas, perro! El *effendi* mismo lo ha contado.

—Se equivoca.

—¡Pero le ataste y esta mañana le has sacado de la ciudad en un carro!

—Tampoco eso es cierto. Yo iba a caballo por la carretera y alcancé un carro. Hablando estaba con el *kirachi* que lo conducía, cuando de improviso recibí un golpe en la cabeza; perdí el sentido y al recobrarlo me encontré preso por este hombre, a quien yo no he hecho nunca nada.

—Tu lengua derrama mentiras; pero eso no mejorará tu causa, sino que la empeorará mucho. Sabemos que eres un *nasr*.

—¡No sé lo que es eso!

—Bien lo sabías cuando hablaste con este *effendi* en el convento de bailadores.

—¡Yo no he estado nunca en ningún convento de bailadores!

El criminal creía poder salvarse negándolo todo. El *kadí*, encolerizado por tal

actitud, le contestó:

—¡Por Alá, vas a probar el apaleo si sigues ocultando la verdad! ¿Eres acaso tú también súbdito de los ingles, como tu padre?

—Mi padre no es súbdito inglés. Ese Barud el Amasat de quien me habláis debe de ser otro completamente distinto de mi padre, y habrá tomado ese nombre sin derecho alguno.

—¿Pues si no eres derviche, qué eres?

—Soy *chaiyad es semek*<sup>[60]</sup> y hago un viaje.

—¿De dónde vienes?

—De Inada, junto al mar.

—¿Adónde ibas?

—A Sofía, a visitar a unos parientes. Apenas estuve una hora en Edreneh, llegué aquí por la noche, atravesé la ciudad a caballo, y salí por la parte opuesta. Después alcancé el carro.

—Tú no eres pescador, sino un embustero. ¿Puedes probar que vives en Inada?

—Manda un mensajero allí y te dirán si es la verdad.

Esta frescura estuvo a punto de sacar de sus casillas al *kadí*, que se volvió a Isla y le preguntó:

—Isla ben Maflei, ¿has visto tú realmente a este hombre en el convento de bailadores de Estambul?

—Sí —contestó el joven comerciante—. Es él, lo juro por la barba del Profeta y por las barbas de mis padres.

—Y tú, Kara Ben Nemsi, ¿le viste también allí, en el convento?

—Sí —contesté—, y hasta hablé con él.

—¿Y sostienes que es el derviche?

—Es él, y no me lo ha negado ni esta mañana ni anoche. Sólo miente porque cree que va a poder salvarse negándolo.

—No conseguirá otra cosa que contribuir a su perdición. Pero ¿cómo demostrarle que tenemos razón?

¡Vaya una pregunta en boca de un juez!

—Él es el que ha de demostrar que no la tenemos —contesté.

—Es verdad, tendré que enviar un mensajero a Inada.

—¿Me permites que te haga una pregunta?

—Habla —contestó el *kadí*.

—¿Viste el papelito que encontré ayer en el establo del *hanchía*?

—Sí, *effendi*.

—¿Lo reconocerías?

—Seguramente.

—¿Es éste?

Saqué el papelito del bolso y se lo entregué al *kadí*. Este lo miró detenidamente y me contestó:

—Éste es. ¿Por qué lo preguntas?

—Vas a saberlo, Hachi Halef Omar, ¿conoces tú la bolsa en que llevo el dinero?

—Tan bien como la mía propia —repuso Halef.

—¿Es ésta?

—Sí.

Era seguro coger al derviche y me volví a él preguntándole:

—Alí Manaj, dime a quién pertenecen las monedas de oro que se encuentran en este bolso.

—Son mí... son tuyas seguramente, pues la bolsa es tuya —contestó.

Faltó poco para caer en la trampa; pero inmediatamente se dio cuenta de su inadvertencia y procuró salir de ella.

—¿Entonces no tienes derecho alguno a este dinero?

—¿Qué tengo yo que ver con tu dinero?

El *kadí* movió la cabeza.

—*Effendi*, si yo no le cojo —me dijo—, no le cogerá nadie. Voy a mandar que lo metan en la cárcel y ya vendrá la hora de que confiese sus faltas.

—Es que no podemos aguantar tanto tiempo. Llémosle a la casa donde fui asaltado. Los moradores de ella tendrán que confesar que es el hombre que decimos.

—Tienes razón; los encarcelaremos a todos. Alí Manaj, ¿en qué calle se encuentra esa casa?

—No la conozco —contestó el interpelado—. No he estado nunca en Edreneh.

—Tus mentiras son mayores cada vez. *Effendi*, ¿encontrarías tú mismo la casa?

—Con seguridad. Me he fijado en ella.

—Vamos, pues. Mandaré por kavases para que nos sigan y apresen a todas las personas que se encuentren en la casa; pero tu amigo Hulam ha ofrecido dar trescientas piastras a quien te encuentre. Esos dos hombres te han encontrado. ¿Se les dará el dinero, *effendi*?

—Sí, voy a dárselo enseguida.

Metí la mano en el bolsillo; pero Hulam me detuvo el brazo y dijo en tono ofendido:

—Alto, *effendi*, estás hospedado en mi casa. ¿Quieres afrentarme, no permitiéndome cumplir lo que he prometido?

Vi que tenía que cederle la primacía. Sacó su bolso y se disponía a dar el dinero a los kavases, que llenos de júbilo estaban al acecho en la entrada, cuando el *kadí* tendió la mano.

—Espera —dijo—. Soy el jefe de los funcionarios de policía de Edreneh. Di tú mismo, *effendi*, si te han encontrado.

Quise que los pobres recibieran su gratificación y contesté:

—Sí, ellos me han descubierto.

—Tus palabras son muy sabias, pero di también si te habrían descubierto si los hubiese tenido en mi casa en lugar de enviarlos en tu busca.



—¡Hum! En tal caso, claro está que no me habrían descubierto.

—¿A quién tienes que agradecer, pues, que te hayan visto?

Me vi forzado a seguir su lógica. Por lo demás, no nos convenía rozar con él, y así contesté como él quería:

—En principio, a ti.

Inclinó la cabeza, amablemente, y continuó preguntando:

—¿A quién pertenecen, pues, esas trescientas piastras, *effendi*?

—A ti.

—Pues que me las pague a mí Hulam. A todos debe hacerse justicia y todo *kadí* tiene obligación de cuidar de que se la hagan a él.

Recibió el dinero y se lo guardó. Los dos policías pusieron una cara muy triste; pero sin que lo notara nadie me acerqué a ellos y sacando de la bolsa dos monedas de oro di una a cada *kavás*. Lo hice a escondidas, pues de haberlo visto el *kadí* habría reclamado otra vez que se le hiciera justicia.

Los dos policías quedaron muy contentos con el regalo, que a mí no me perjudicaba, pues lo había sacado del dinero de Alí Manaj.

Entonces envió el *kadí* por más policías, que no tardaron en venir; pero antes de ponernos en camino me hizo seña de que me acercara a él. Tuve curiosidad por saber qué confianza iba a hacerme.

—*Effendi* —me dijo—, ¿estás seguro de que es ese el derviche de Estambul?

—Segurísimo le contesté.

—¿Estaba él presente cuando te cogieron?

—Sí, y él fijó el importe del rescate que yo tenía que pagar.

—¿Y le quitó lo que llevabas en el bolsillo?

—Sí.

—¿Tu bolsa también?

—También.

Al fin empecé a sospechar lo que quería. Al contar yo lo ocurrido había manifestado con toda sinceridad que en la bolsa había encontrado más dinero del que tenía antes en ella. En eso había puesto él la mira, y quería sin duda confiscarlo. En el tono más amable y confidencial continuó inquiriendo:

—¿Tenía él tu bolsa?

—Sí; yo se la he tomado.

—¿Y has hallado más dinero que antes?

—Había unas monedas de oro que yo no había metido en ella. Esta es la verdad.

—Concederás, por tanto, que no te pertenecen.

—¡Ah! Entonces ¿de quién son?

—¡Suyas, naturalmente, *effendi*!

—No acabo de entenderlo. ¿Por qué motivo puso él su dinero en mi bolsa?

—Porque tu bolsa le gustaría más que la suya; pero nadie puede quedarse con lo que no le pertenece.

—Tienes mucha razón. Con eso quieres decir que yo conservo algo que no me pertenece.

—¡Naturalmente! Las monedas de oro que él metió ahí.

—¡*Walahí!* ¿No has oído tú mismo de sus propios labios que no puso dinero alguno en mi bolsa?

—¡Pero eso es una mentira!

—Hay que demostrarlo. Yo no sé nada de ese dinero.

—Tú mismo has dicho que no se encontraba antes en la bolsa.

—Y lo confieso. Nadie puede decir cómo ha ido a parar el dinero a mi bolsa; pero ahora que está dentro de ella es propiedad mía.

—Yo no puedo consentirlo. La autoridad tiene que apoderarse de esas monedas y devolverlas al verdadero dueño.

—Dime antes a quién pertenece el agua que llueve de noche sobre este patio.

—¿Por qué haces esa pregunta?

—¿Busca la autoridad el agua para devolverla a su propio dueño? De noche ha llovido dentro de mi bolsa; esa agua me pertenece a mí, ya que el único a quien podía pertenecer ha declarado que no es suya.

—Veo que eres un franco, que no conoces las leyes de esta tierra.

—Puede ser; pero por eso mismo sigo yo mis propias leyes. *Kadí*, el dinero se queda conmigo. No lo guardarás tú.

Diciendo esto me aparté de él, y no intentó hacerme mudar de parecer. No era mi intención guardar para mí el dinero; pero yo tenía derecho a darle mejor destino que si llegaba a caer en el pozo sin fondo del digno funcionario.

Echamos todos a andar, ordenando a los kavases que nos siguieran de lejos para no llamar demasiado la atención de la gente.

## CAPÍTULO 11

### Otra vez en marcha

Llegamos a la esquina en la cual la noche anterior habíamos topado con el hombre del farol. Hulam se acordaba muy bien del sitio; pero a partir de allí yo fui el guía, y no me resultó difícil hallar la casa, cuya puerta encontramos cerrada. Llamamos; pero nadie salió a abrir.

—Nos temen —dijo el *kadí*—. Nos han visto venir y se habrán escondido.

—No creo que sea así —contesté—. Al venir con Alí Manaj he encontrado a uno de la banda. Como ha visto que llevaba atado al derviche y que el golpe se había malogrado, habrá avisado a los demás y se habrán apresurado a huir.

—Hay que entrar, pues, a la fuerza.

Los transeúntes se detenían para ver lo que ocurría. El *kadí* mandó a los kavases que despejaran el lugar; luego la puerta, que no ofreció gran resistencia, fue derribada.

Recordé enseguida el corredor, largo y angosto. En mi instante los kavases registraron todos los aposentos, pero no encontraron a nadie. Diversas señales hacían suponer que los habitantes habían escapado precipitadamente.

Busqué el cuarto donde estuve encerrado. Cuando volví al patinejo, el *kadí* había empezado un nuevo interrogatorio de Alí Manaj. Este mostró en sus contestaciones mayor aplomo que antes. Debió de haber pasado gran angustia por miedo a ser descubierto por los moradores de la casa.

Esta angustia había desaparecido de la misma manera que sus camaradas. Tuve que repetir mi narración; tuve que enseñar el sitio donde él se había sentado a mi lado; enseñé también el lugar donde en el patio me había defendido contra los que me sujetaban.

—¿Y pretendes no conocer esta casa? —le preguntó el *kadí*.

—No la conozco —contestó Alí Manaj.

—¿No has estado nunca aquí?

—¡Nunca, en mi vida!

Luego se volvió a mí el funcionario.

—¡*Effendi*, de esa manera no puede mentir ningún hombre! Empiezo a creer que realmente te equivocas.

—Pues también se equivocaría Isla, que le vio en Estambul.

—¿Acaso no es posible? Hay muchos hombres que se parecen. Este pescador de Inada puede muy bien ser inocente.

—¿Quieres acercarte un momento a mi lado, oh *kadí*?

—¿Para qué?

—Querría decirte algo que los demás no necesitan oír.

Se encogió de hombros y contestó:

—¡Todo el mundo puede oír lo que tengas que decirme, *effendi*!

—¿Quieres que oigan palabras desagradables para tus oídos?

Reflexionó un poco y me dijo en tono altanero:

—No puedes pronunciar una sola palabra que no oiga yo de buena gana; pero seré bondadoso y seguiré tu deseo. Ven y habla.

Se apartó algunos pasos y yo le seguí.

—¿Cómo es que de repente cambias de manera de pensar, *kadí*? —le pregunté—. ¿Cómo crees de pronto en la inocencia de este hombre, de cuya culpa parecías estar antes tan convencido?

—He visto que te equivocas.

—No —repuse yo en voz baja—. No has visto que yo me equivoque, sino que tú eres el equivocado.

—¿En qué lo estoy? ¿Respecto de este pescador?

—No, sino respecto de mí. Creías poder entrar en posesión de mi bolsa, y como no lo has logrado, el criminal se ha convertido para ti en inocente.

—¡*Effendi*!

—¡*Kadí*!

Puso un semblante muy irritado y dijo:

—¿Sabes que puedo mandarte atar por tu ofensa?

—No lo harás. Soy huésped de esta tierra y de su gobernador; no tienes sobre mí ningún poder. Yo te aseguro que Alí Manaj lo confesará todo si preparas las cosas de manera que se convenza de que vas a apalearle. No he de hacerte advertencias a ti; pero querría poder contar en Germanistán que los jueces del Gran Señor son funcionarios rectos y probos.

—Lo soy; voy a probártelo enseguida.

Se acercó otra vez al derviche y le preguntó:

—¿Conoces al *hanchía* Doxati, de Edreneh?

El preguntado palideció y contestó en tono muy inseguro:

—No. ¿No sabes que no he estado nunca en Edreneh?

—¿Ni tampoco te conoce él?

—¿Dónde iba a haberme visto?

—¡Miente! —exclamé—. En su semblante se lee la mentira, *kadí*. Pido que le carees con Doxati, para... ¡Fuera! ¡Por amor de Dios, atrás!

Por feliz casualidad, mientras hablaba había levantado los ojos. Nos encontrábamos en el patinejo, rodeado de edificios por sus cuatro lados. En el punto donde me fijé había una especie de azotea con un enrejado de madera, por cuyos agujeros vi dirigirse a nosotros dos cañones de fusil, uno me apuntaba a mí y el otro al preso, o así me pareció. Di un salto de costado y me apresuré a refugiarme en la entrada para ponerme a salvo. En el mismo instante sonaron dos tiros y tras ellos un

gran grito:

—¡Allah ia Allah! ¡Ma una!<sup>[61]</sup>

Lo había lanzado uno de los kavases al caer al suelo, junto con otro de los circunstantes, que manaba sangre a borbotones.

Una de las balas iba dirigida a mí. Un segundo más y habría sido cadáver. El tirador apretaba ya el gatillo al dar yo mi salto de costado, y como no había podido detener la bala, ésta había penetrado en la cabeza del infeliz kavás que estaba detrás de mí.

El otro tiro había hecho blanco y Alí Manaj yacía muerto.

No vi más que esto y enseguida volví al patio, y me lancé a una escalera angosta de madera que conducía al sitio donde estaba el enrejado. Mi impulso fue momentáneo.

—¡Arriba, *sidi*! ¡Yo te sigo!

Era la voz de mi pequeño y bravo *hachi*, que me siguió al momento. Llegué a un corredor estrecho adónde daban algunas habitaciones, que más bien podían llamarse agujeros, y que desembocaba en el enrejado. Registramos los cuartos y tampoco encontramos nada. Era incomprensible cómo podían haberse escapado los asesinos, que eran dos, pues yo había visto los cañones de sus escopetas.

En esto, a la otra parte del edificio oí unos pasos que me parecieron de dos personas. La pared era de madera y en ella vi un agujero. Miré y en efecto, por el patio vecino corrían dos hombres, cada uno con un fusil turco en la mano.

Corrí a la galería y grité a los de abajo:

—¡A la calle, *kadí*! ¡Los asesinos huyen por la casa de al lado!

—¡No es posible! —contestó desde abajo.

—¡Yo los he visto! ¡De prisa, de prisa!

Se volvió a su gente y ordenó con toda calma:

—Id a ver si es verdad.

Dos kavases se destacaron a paso lento; al ver esto me fue indiferente que cogieran o no a los dos criminales, y así bajé otra vez al patio. Al llegar abajo me preguntó de pronto el *kadí*:

—*Effendi*, ¿eres *hekim*?

El oriental ve en todo franco o un médico o un jardinero, y el sabio *kadí* tenía la misma noción de las cosas.

—Sí —le contesté para abreviar—. Mira, entonces, si esos dos están muertos del todo.

Respecto de Alí Manaj no había lugar a dudas, la bala le había entrado por la sien. El policía estaba herido en la frente pero vivía aún, aunque era seguro que moriría también al poco rato.

—¡Padre mío, padre mío! —gritaba otro de los kavases, que se había echado sobre él.

—¿De qué te quejas tú? —le dijo el *kadí*—. Era su *kismet*, estaba escrito que

había de morir de esa manera. ¡Alá sabe lo que hace!

En aquel instante volvieron los dos kavases que tan calmamente habían salido a perseguir a los criminales.

—¿Qué? ¿Tenía razón este *effendi*? —le preguntó el *kadí*.

—Sí.

—¿Habéis visto a los asesinos?

—Sí, los hemos visto.

—Pues ¿por qué no los habéis cogido?

—Tú no nos lo habías ordenado. Sólo nos has dicho que viéramos si este *effendi* decía la verdad.

—¡Sois unos perros sarnosos! ¡Corred todos y ved si los alcanzáis!

Salieron todos atropelladamente; pero yo estaba seguro de que apenas estuvieran fuera del alcance de los oídos del *kadí* moderarían su velocidad.

—¡*Allah akbar!*<sup>[62]</sup> —refunfuñaba Halef colérico, fuera de sí—. ¡Esos dos perros querían matarte, *sidi*, y ahora se escapan!

—¡Déjalos que corran, mi buen Halef! No vale la pena de dar un solo paso.

—¿Y si te hubieran acertado?

—Entonces estarían perdidos; tú no los habrías dejado escapar.

El *kadí* contemplaba el cadáver del derviche, y me dijo:

—¿Puedes pensar tú por qué le habrán matado?

—Naturalmente. Pensaron que los descubriría. No era un carácter fuerte y entero y habríamos conseguido que lo declarara todo.

—Ha recibido su castigo. Pero ¿por qué han disparado contra este otro?

—El tiro no iba dirigido a él, sino a mí; pero como yo he dado un salto a un lado, ha herido al que estaba detrás de mí.

—Por lo visto han querido vengarse de ti.

—¡Claro! ¿Qué destino darás al cadáver?

—Yo no me contaminaré con él. Ese hombre ha recibido su merecido, mandaré que hagan un hoyo y le entierren. Esto es todo lo que puedo hacer. Su caballo está todavía en casa de Hulam y mandaré que lo recojan.

—¿Y su padre? ¿Habrá de escaparse?

—¿Quieres perseguirle aún, *effendi*?

—¡Naturalmente!

—¿Cuándo?

—¿No nos necesitas ya?

—No; podéis marcharos.

—Dentro de dos horas estaremos ya en camino.

—¡Alá vaya con vosotros y os conceda lo que deseáis!

—Sí; Alá nos ayudará; pero no desisto de tu ayuda.

—¿Qué ayuda quieres?

—¿No me habías prometido una orden de arresto y seis kavases?

—Sí. Al amanecer estarán en casa de Hulam. ¿Necesitas seis?

—No, me bastan tres.

—Dentro de dos horas estarán en tu casa. Pero ¿cumplirás tú la palabra que me has dado?

—La cumpliré, como tú la tuya.

—Que vaya bien, pues. Alá te permita llegar sano y salvo a la tierra de tus padres.

Dicho esto se marchó. Desde el punto y hora en que me negué a darle el dinero había cambiado por completo. Sus subordinados habían desaparecido todos. Sólo el kavás hijo estaba arrodillado junto a su padre y daba grandes voces de dolor. El herido daba las últimas boqueadas. Saqué mi bolsa, conté el dinero que había pertenecido a Alí Manaj y lo di al joven. A pesar de su pena me miró asombrado:

—¿Todo esto es mío, *effendi*?

—Sí, tuyo. Manda con ello enterrar a tu padre; pero no digas nada al *kadí*.

—Gracias, señor. Tu bondad vierte bálsamo en la herida que Alá ha abierto en mi corazón. Mi padre ha obedecido a su llamamiento. Yo soy pobre; pero ahora podré poner una piedra y un turbante sobre su tumba, para que los visitantes del *mezarjane*<sup>[63]</sup> vean que allí yace un hijo fiel del Profeta.

Así yo, cristiano, había procurado sin quererlo una lápida al cadáver de un musulmán. ¿No estaba así el dinero mejor empleado que entregándolo en las ávidas manos del *kadí*?

No habíamos llegado aún a la casa de Hulam cuando encontramos a dos kavases que habían ido por el caballo de Alí Manaj.

Se había realizado lo que la noche anterior habíamos tenido por imposible. Yo había preguntado: «¿No merece también un castigo Alí Manaj?». La justicia no había tenido necesidad de ir a buscarle a Estambul; él mismo había corrido hacia ella.

Con estos sucesos había transcurrido toda la mañana y había que recuperar el retraso.

Celebramos consejo. En primer lugar hizo Hulam una pregunta sobre qué clase de gente sería la que habitaba la casa donde el derviche había encontrado la muerte. Creía él que estarían en relación con los *nasr* de Constantinopla, lo cual no era improbable; pero yo pensaba más bien que serían de los que en la península de los Balkanes dice la gente que «se han ido a la montaña».

Entonces me acordé del papelito cuyas tres líneas hasta entonces no había tenido ocasión de descifrar.

—¿Podrás leerlas, *effendi*? —me preguntó Isla.

No obstante lo que me devané los sesos tuve que contestar con un «no». El papelito pasó de mano en mano sin que ninguno pudiera descifrar su contenido. Cada una de las letras estaba escrita muy claramente; pero formaban palabras incomprensibles tanto para mí como para los demás.

Deletreé las más breves; pero no tenían sentido. Entonces Halef demostró ser el más sagaz de todos nosotros.

—*Effendi* —me preguntó—, ¿de quién será la carta?

—Seguramente de Hamd el Amasat.

—Pues bien; ese tiene motivos para que lo que escribe quede oculto. ¿No crees tú que esa escritura tiene un secreto?

—Debes de tener razón. Hamd el Amasat debía de prever que la carta podría llegar a otras manos. Esta escritura no es secreta; pero la composición de las sílabas no es regular. *Sa ila ni*; esto no lo comprendo. *Al* es una palabra, pero *nach* no es vocablo oriental... ¡Ah, sí se vuelve al revés dice *chan*!

—Quizá esté escrita al revés —dijo Hulam—. Has leído *ila*, que, al revés dirá *Alí*.

—Es verdad —dije yo—: eso es un nombre, y al mismo tiempo una palabra serbia que significa pero. Ni al revés es *in*, eso es rumano, y vale lo mismo que mucho.

—Lee las tres líneas de izquierda a derecha en lugar de derecha a izquierda —indicó Isla.

Lo hice así, pero exigió gran trabajo antes que lograra agrupar las sílabas de manera que resultaran palabras concordantes. El resultado fue:

*In pripeh beste la Karanormán-Chan ali sa panajir Menelik.*

Esto era seguramente una mezcla de rumano, serbio y turco, hecha con intención, y decía:

«Muy pronto noticias en Karanormán-Chan; después de la feria de Menelik».

—¡Eso es, eso debe de ser! —exclamó Hulam—. Dentro de pocos días empieza la feria de Menelik.

—¿Y Karanormán-Chan? —pregunté yo—. ¿Quién conoce ese lugar? ¿Dónde se encuentra?

Nadie lo conocía. Las palabras significan Casa del bosque lóbrego o del bosque negro. El lugar era seguramente pequeño y estaría en el bosque, en la espesa floresta; pero ¿en qué región?

Se hicieron muchas suposiciones respecto de la situación de aquel lugar misterioso; pero ninguna parecía llevar a una solución.

—No forcemos ahora las cosas —dije yo—. Lo principal es que la noticia no tiene que ser llevada hasta después de la fiesta de Menelik a Karanormán-Chan. La palabra *sa* significa *después* y *detrás*, de lo cual deduzco que el receptor de la carta irá primero a la feria y después a Karanormán-Chan; y precisamente a Menelik conduce el camino que anoche tomaron los tres jinetes, ¿no?

—Sí —contestó Hulam—, tienes razón, *effendi*. Este Barud el Amasat va a Menelik. Allí le alcanzaremos, seguramente.

—No perdamos tiempo, pues, y partamos lo más pronto posible; pero será



conveniente, al mismo tiempo, enviar un mensajero a Henri Galingré, de Iskenderieh, para que esté sobre aviso.

—De eso cuidaré yo; pero antes que partáis comeremos juntos y además habéis de permitirme que cuide de vosotros.

Dos horas después nos encontrábamos en el patio, dispuestos a partir, Osco, Omar, Halef y yo. Los demás tenían que quedarse.

—*Effendi* —me preguntó Isla—, ¿por cuánto tiempo nos despedimos?

—No lo sé. Si alcanzamos pronto a los fugitivos volveré para traer preso a Barud el Amasat; pero si pasa mucho tiempo es posible que no volvamos a vernos jamás.

—¡Alá no lo permita! Y si vas a tu patria, tornarás algún día a Estambul, para que volvamos a vernos; pero a tu Hachi Halef Omar nos lo enviarás desde luego.

—Yo voy adónde vaya mi *effendi* —dijo Halef—. No me separaré de él hasta que me eche.

A la puerta de la calle estaban los tres kavases que nos enviaba el *kadí*. Estuve a punto de soltar la carcajada al verlos. Montados sobre rocines, ninguno de los cuales valía una piastra, iban armados hasta los dientes; pero tenían el aspecto más benigno y pacífico del mundo.

Uno de ellos se acercó a mí con su caballo, me examinó de arriba abajo y me preguntó:

—*Effendi*, ¿eres tú Kara ben Nemsí?

—Sí —le contesté.

—He recibido orden de avisarte que estamos aquí. Soy el kavás-bachí.

Esto significaba que era el jefe de todos ellos.

—¿Traes la orden de arresto? —le pregunté.

—Sí, *effendi*.

—¿Podéis cabalgar bien?

—Cabalgamos como el diablo. Mucho tendrás que esforzarte para seguir nuestro paso.

—Así me gusta. ¿Os ha dicho el *kadí* cuánto cobraréis diariamente?

—Sí. Has de darnos diez piastras diarias por persona. Aquí lo llevo escrito.

El escrito decía realmente que tenía que pagar diez piastras por día y kavás, cosa muy distinta de lo que el *kadí* me había dicho. Tuve intención de devolverle a los tres héroes que cabalgaban como diablos, pero una mirada a sus personas me bastó para comprender que no tendría que pagarles eternamente la soldada. El kavás-bachí estaba encima del caballo como un murciélago en el alero de un tejado, y sus dos subordinados parecían copias del mismo modelo.

—¿Sabéis de qué se trata? —les pregunté.

—¡Naturalmente! —contestó el jefe. Tenemos que apresar a tres sujetos que vosotros no podríais coger y transportarlos luego a Edreneh.

Era una maravillosa manera de expresarse; pero he de confesar que los tres me parecieron muy del caso para divertirnos con ellos, aunque Halef se incomodó mucho

con el *kadí*, por haberse atrevido a enviarnos una escolta de aquella ralea.

Por fin nos despedimos. La despedida fue a la pomposa manera oriental; pero con completa y sincera cordialidad. No sabíamos si nos volveríamos a encontrar o no; era, por tanto, una separación incierta; no un adiós para siempre, pero tampoco una separación por poco tiempo.

Verdaderamente, dejaba allí a amigos queridos; pero el más querido de todos, mi fiel *hachi*, venía conmigo; esto suavizó el amargor de la tristeza que es imposible evitar en toda despedida.

Yo había pensado salir de Edreneh en dirección a Filibé; pero las cosas se habían presentado de muy distinta manera. Nos encaminamos hacia el Oeste, siguiendo la orilla del Arda, para afrontar fatigas y peligros mayores de lo que en un principio sospechábamos.

**FIN DE «LA PISTA DE UN BANDIDO»**

VÉASE EL EPISODIO SIGUIENTE:  
**«LOS CONTRABANDISTAS BÚLGAROS»**

# COLECCIÓN DE «POR TIERRAS DEL PROFETA I»

**P**or Tierras del Profeta es el título genérico de las series de aventuras ambientadas en Oriente, escritas por Karl May. Están protagonizadas por Kara Ben Nemsi, el mismísimo Old Shatterhand (protagonista de la serie americana del mismo autor) ahora visitando un Imperio Otomano en plena decadencia.

## **A.- A través del Desierto (*Durch die Wüste*, 1892).**

1. El rastro perdido (*Die verlorene Fährte*).
2. Los piratas del Mar Rojo (*Die Piraten des Roten Meeres*)
3. Los ladrones del desierto (*Die Räuber der Wüste*).
4. Los adoradores del diablo (*Die Teufelsanbeter*).

## **B.- A través de la salvaje Kurdistán (*Durchs wilde Kurdistan*, 1893).**

5. El reino del Preste Juan (*Das Reich des Prester Johannes*).
6. Al amparo del sultán (*Unter dem Schutz des Sultans*).
7. La venganza de sangre (*Die Blutrache*).
8. Espíritu de la caverna (*Der Geist der Höhle*).

## **C.- De Bagdad a Estambul (*Von Bagdad nach Stambul*, 1894).**

9. Los bandoleros curdos (*Die kurdischen Banditen*).
10. El príncipe errante (*Der irrende Prinz*).
11. La caravana de la muerte (*Die Todeskarawane*).
12. La pista del bandido (*Die Spur eines Banditen*).

## **D.- En las gargantas de los Balcanes (*In den Schluchten des Balkan*, 1895).**

13. Los contrabandistas búlgaros (*Die bulgarischen Schmuggler*).
14. El mendigo del bosque (*Der Waldbettler*).
15. La hermandad de la Kopcha (*Die Bruderschaft der Koptscha*).
16. El santón de la montaña (*Der Eremit vom Berge*).

## **E.- A través de las tierras de Skipetars (*Durch das Land der Skipetaren*, 1896).**

17. En busca del peligro (*Auf der Suche nach der Gefahr*).
18. La cabaña misteriosa (*Die geheimnisvolle Hütte*).
19. En las redes del crimen (*Im Netz des Verbrechens*).
20. La Torre de la Vieja Madre (*Der Turm des alten Mutter*).

**F.- El Schut (*Der Schut*, 1896).**

21. Halef el temerario (*Halef, der Tollkühne*).
22. La cueva de las joyas (*Die Juwelenhöhle*).
23. El fin de una cuadrilla (*Das Ende einer Bande*).
24. El hijo del Jeque (*Der Sohn des Scheiks*).



KARL «FRIEDERICH» MAY. (25 de febrero, 1842 – 30 marzo, 1912) fue un escritor alemán muy popular durante el siglo xx. Es conocido principalmente por sus novelas de aventuras ambientadas en el Salvaje Oeste (con sus personajes Winnetou y Old Shatterhand) y en Oriente (con sus personajes Kara Ben Nemsí y Hachi Halef Omar).

Otros trabajos suyos están ambientados en Alemania, China y Sudamérica. También escribió poesía, una obra de teatro y compuso música (tocaba con gran nivel múltiples instrumentos). Muchos de sus trabajos fueron adaptados en series, películas, obras de teatro, audio dramas y cómics.

Escritor con gran imaginación, May nunca visitó los exóticos escenarios de sus novelas hasta el final de su vida, punto en el que la ficción y la realidad se mezclaron en sus novelas, dando lugar a un cambio completo en su obra (protagonista y autor se superponen, como en «La casa de la muerte»).

# Notas

[1] ¡Gracias a Dios! <<

[2] Oficial. <<



[3] Soldados. <<

[4] General. <<

[5] Soy su fiel servidor, muy honorable señor mío. <<

[6] ¡Hola, padre Osco, bienvenido! <<

[7] Escutari. <<

[8] Marsella. <<

[9] Capitán. <<

[10] Zapatero o sastre. <<



[11] Hombre ilustrado, de experiencia. <<

[12] Maestro señor. <<

[13] Griego. <<

[14] Andrinópolis. <<

[15] Sargento. <<

[16] Gabinete de trabajo. <<

[17] Audiencia. <<

[18] Juez de las «cinco ciudades». <<



[19] Juzgado inferior. <<

[20] *Charchía* significa bazar o mercado y se deriva de la palabra eslava *charchit*, que significa encantar. Debe de referirse esto a la impresión que obran las mercancías sobre el espectador. <<

[21] Manto. <<

[22] Agente de policía secreta. <<

[23] Vendedor de ropas. <<

[24] Sastre. <<

[25] Capitán de los no musulmanes. <<

[26] Posada. <<



[27] Hostelero búlgaro. <<

[28] Huellas. <<

[29] Tonto. <<

[30] Cárcel. <<

[31] Sombras chinescas. <<

[32] Baño. <<

[33] Filipópolis. <<

[34] Aposento. <<



[35] Patio. <<

[36] ¡Esto es demasiado, más que demasiado! <<

[37] Carcelero mayor. <<

[38] ¡Ten cuidado! <<

[39] ¡Perdona, perdona! <<

[40] Médico, barbero o boticario. <<

[41] Alemán. <<

[42] Fiebre nerviosa. <<



[43] Negociante de tabaco. <<

[44] ¡Dios te envía! <<

[45] ¿Has encontrado un médico? <<

[46] Paisano. <<

[47] Intérprete. <<

[48] ¡Cogedle! ¡Él es! <<

[49] ¿Listos? <<

[50] Sí. <<



[51] Sepulturero. <<

[52] Bailarín. <<

[53] Burlón. <<

[54] Talento. <<

[55] Escorpión. <<

[56] Serpiente. <<

[57] Carta. <<

[58] Cajero. <<



[59] ¡Hola! <<

[60] Pescador. <<

[61] ¡Dios, oh Dios, ayúdanos! <<

[62] ¡Dios es grande! <<

[63] Cementerio. <<